

LA LISTA

de

Claudia



MÓNICA BENÍTEZ

Contents

LA HISTORIA

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

LA HISTORIA

Este libro es una adaptación de una novela propia que publiqué hace años bajo el título de "Por si me muero" protagonizada por un chico y una chica.

Esa historia la retiré de la venta porque no me sentía cómoda y ahora la he recuperado poniendo como protagonistas a dos mujeres: Claudia y Moira.

Hago esta aclaración porque existe la posibilidad de que en su día leyese la versión anterior, para que no te asustes si te suena la historia o para que no leas este si no te apetece repetir.

Dicho esto, espero que disfrutes el libro si decides leerlo :)

LA LISTA DE CLAUDIA
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2024 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2406268394185

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

Capítulo 1

Es viernes, uno de esos pocos viernes a lo largo del año en los que la estirada de mi jefa me ha dejado salir temprano, ¿y qué he hecho yo para celebrarlo? Pues lo que toda buena española haría, me he echado una siesta de tres horas y me he despertado con los ojos hinchados como un sapo. Pero joder, qué bien he dormido. Son casi las nueve de la noche y, cuando todavía estoy pensando en qué hacer para divertirme, me suena el teléfono.

Dudo si contestar o no, porque no soporto que me hablen cuando acabo de despertarme. Es algo que me irrita mucho, pero es mi amiga Manuela y pienso que tal vez me va a proponer algo interesante, ya que su novia, Adriana —que también es mi amiga— trabaja esta noche ayudando a su hermano en el bar y digamos que Manuela no tiene nada que hacer y se siente muy ociosa.

Contesto su llamada todavía con la mente jodidamente espesa y, en cuanto Manuela me habla, recuerdo un motivo más por el que no debería haberle cogido el teléfono; su voz de pito. Lo embotada que siento la mente y las ganas de salir y desfogarme que tengo me han hecho olvidar que mi amiga tiene la voz como si acabara de tragarse una flauta mal afinada, y ese irritable tono a través del teléfono, se intensifica considerablemente. Se me mete por el oído y recorre toda mi cabeza aturdiéndome y haciendo que me sacuda como un perro cuando sale del agua. Madre mía, si al menos hablase bajito; pero es que encima grita como si la persiguiera una manada de leones hambrientos.

—Hola, Claudia, ¿te apetece un cine? —pregunta en cuanto descuelgo.

¿En serio? He descolgado el teléfono recién levantada y aguantado esa voz que me retumba para que su gran oferta sea ir al cine un viernes por la noche. Perfecto. Si es que a veces soy gilipollas. Como digo, me irrita que me hablen cuando acabo de levantarme, y como su propuesta me ha desilusionado, me agarro un berrinche de niña de ocho años y le digo que no salgo.

—Yo no necesito un cine, Manuela, necesito un lugar en el que pueda encontrar a alguien que apague la llama de mi volcán, joder. Para hacer eso, me quedo en casa y me pongo una peli —refunfuño malhumorada.

—Desde luego, qué bruta eres —contesta sonriente.

Yo más que bruta, diría que soy sincera. Tengo veintisiete años, estoy soltera y llevo sin sexo casi tres semanas, se me eriza el vello de la nuca solo de pensarlo.

Soy consciente de que soy una chica del montón sin nada que destacar, pero con un poco de maquillaje, mis pantalones negros y mi top azul me convierto en una chica del montón bonito, y la verdad, no suelo tener ninguna dificultad para ligar. Supongo que eso se debe también a que me cuesta mucho mantener la boca cerrada, digo lo primero que se me pasa por la cabeza y por lo visto eso divierte mucho a las mujeres.

—O le pongo remedio o entro en erupción —insisto todavía protestando.

—Yo no he visto un volcán más activo que el tuyo —se ríe mi amiga—, deberían hacer un documental sobre tu apetito sexual, empiezo a pensar que no hay nadie que pueda aplacar ese fuego que te nace de dentro.

¡Qué poeta es mi Manuela!, ¿no? Me gusta su comentario y sonrío, lo hago porque

tiene razón. Últimamente me siento insaciable, tengo mucha hambre de sexo y me cuesta controlarme. Es ver a una mujer atractiva y mi mirada se vuelve lobuna.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —pregunta con paciencia.

En ese momento, mi estómago ruge como si la tierra se estuviera abriendo bajo mis pies. Hasta yo me asusto pensando que igual me ha provocado un desgarro por dentro.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta con asombro.

¿De verdad lo ha escuchado? No me extraña, casi he hecho eco por todo el comedor, solo espero que no crea que ha sido un pedo. Una ola de calor recorre mi cuerpo al contemplar esa posibilidad y noto como se me encienden las mejillas. Tengo que aclarar eso cuanto antes; mi dignidad y poder seguir mirando a mi amiga a la cara sin morir de la vergüenza durante el resto de mi vida, dependen de ello.

—Es mi vecina de arriba, ha sacado a la decoradora que lleva dentro y lleva dos días moviendo muebles.

No me contesta. ¿No se lo ha creído? Claro que no, menuda mierda de respuesta.

—Pues vaya horas —dice de pronto.

Ay, menos mal. Respiro aliviada porque la inocente de Manuela se lo ha tragado y rezo para que cambie de tema.

—Bueno, ¿entonces qué? —repite incansable—. ¿Tienes algo en mente para esta noche aparte de saciar tu hambre de sexo? ¿Algo que quieras tachar de la lista?

Vamos a hacer un breve inciso aquí para hablar de mi maravillosa y extraña lista.

Dicen que cada persona tiene su propia manera de afrontar una pérdida y esa lista es la que me está ayudando a superar y aceptar la muerte de mi mejor amigo; Raúl.

Éramos amigos desde que tengo memoria. Nos criamos juntos ya que nuestros padres eran vecinos y fuimos al mismo colegio. También íbamos a la misma clase porque éramos de la misma edad, y al mismo instituto, a la misma universidad a pesar de que no estudiábamos lo mismo y, por si fuera poco, perdimos la virginidad el mismo día, aunque no juntos.

Raúl y yo éramos un pack, él era mi confidente y yo la suya. Podíamos hablar de cualquier cosa, aunque para ser sincera, el tema estrella entre nosotros siempre era el sexo, a ambos nos encantaba. Bueno, a mí me sigue gustando, claro, y tener a alguien con quien hablar de sexo sin censuras y tratándolo como lo que es, algo natural, es sumamente agradable.

Hace dos meses, un martes por la mañana mientras estaba trabajando, mi móvil sonó. No suelo cogerlo nunca en el trabajo, pero era mi madre y, como ella solo llama cuando es algo importante; contesté.

Tuvieron que llamar a una ambulancia para atenderme porque, cuando mi madre me dijo que Raúl había tenido un accidente de coche y había muerto esa mañana, me desmayé. Después del entierro me pasé el siguiente mes vagando como un espíritu fantasmagórico y llorando a todas horas.

Raúl tenía muchos planes, era un chico activo al que le gustaba hacer de todo y nunca decía que no a nada, siempre estaba dispuesto para una nueva aventura y se había ido demasiado pronto. Ni lo entendía ni me parecía justo.

Manuela y Adriana venían mucho a mi casa y me hacían compañía unas horas, me consolaban mientras lloraba, e intentaban convencerme de que tenía que salir de casa, intentar volver a mi vida poco a poco, pero yo no podía; me sentía demasiado triste.

Creo que, tras la muerte de mi amigo pasé por tres fases. La primera fue la de

aceptación: asumir que había muerto, esa me duró más o menos una semana. En cuanto lo acepté, llegó la segunda: la de las emociones. Sentía tristeza, rabia e impotencia a partes iguales hasta que llegué a la tercera, que es en la que me encuentro ahora, la de la superación.

Hace tres semanas, estaba tirada en mi sofá llorando a moco tendido por mi amigo cuando, de pronto, me vino una pregunta a la cabeza cuya respuesta me llevó a otra de inmediato. ¿Y si hubiera sido yo la que hubiera muerto de repente? ¿Cuántas cosas me hubieran quedado por hacer?

Dejé de llorar y me puse a pensar y, en cuanto lo hice, un aluvión de cosas que deseaba hacer y todavía no había hecho me acribillaron la cabeza. Eran demasiadas, así que, con la cara empapada en lágrimas y probablemente algún moco, me levanté y me puse a buscar algo donde apuntar con desesperación. ¿Por qué siempre que necesito un puto bolígrafo nunca pinta ninguno?

Al final, cogí un lápiz y una libreta y escribí como título para mi lista: “por si me muero”. Y como si mi mano estuviera poseída, empecé a apuntar todas las cosas que me gustaría hacer antes de pasar a mejor vida. Al principio escribí y escribí con una facilidad asombrosa, las ideas me salían como churros, pero cuando ya llevaba casi una hoja, tenía que detenerme a pensar demasiado para encontrar cosas que quisiera hacer, y decidí que ese era el momento de buscar ayuda.

Cogí mi ordenador y escribí en el buscador: cosas que hacer antes de morir. Madre del amor hermoso, había opciones para dar y vender, algunas ya las tenía apuntadas, otras me las copié, otras las descarté porque no me motivaban en absoluto y otras me arrancaron la primera sonrisa después de la muerte de Raúl, porque hay gente que quiere hacer cosas muy raras.

Tras dar por finalizada mi lista, algo dentro de mí se activó. De pronto, tenía una motivación, un objetivo, debía hacer todas esas cosas cuanto antes, por si acaso. Me fui directa a la ducha y descubrí con asco que, en efecto, tenía un moco, me puse roja de vergüenza pese a saber que nadie me había visto.

Capítulo 2

Cuando salí de la ducha, toda limpia y preparada para comerme el mundo, me senté y leí la lista de nuevo. Había apuntado treinta y seis cosas, eran demasiadas y me estresé porque no sabía ni por dónde comenzar, así que la cogí y me presenté en casa de Manuela y Adriana.

—¡Claudia! —exclamó Adriana sorprendida de verme al abrir la puerta.

—No habré interrumpido un polvo, ¿verdad?

Lo pregunté más que nada porque Adriana tan solo llevaba puesta una camiseta y las bragas y, además, tenía el pelo un tanto alborotado y parecía sofocada.

—No, mujer, yo, si follo, no abro la puerta aunque el edificio esté ardiendo, ya lo sabes. Pasa, anda —respondió con una sonrisa divertida que hubiese puesto roja a Manuela.

Me encanta Adriana y la facilidad y la naturalidad con la que habla de sexo, en ese aspecto se parece mucho a mí y a Raúl, Manuela, sin embargo, se pone roja como un tomate cuando salen ciertos temas de índole sexual. Me senté en el sofá mientras Adriana me traía un refresco y Manuela salía de la ducha, yo sigo pensando que las pillé follando, pero tampoco iba a insistir en el tema.

—Necesito ayuda —solté estresada—. Esta es la lista de las cosas que tengo que hacer antes de morirme y no sé ni por dónde comenzar —jadeé dejándola sobre la mesa.

Las dos se miraron espantadas.

—No vas a morirte, Claudia, no digas gilipolleces, ¿por qué has escrito algo así? —me regañó Manuela enfadada.

Me la quedé mirando mientras buscaba una respuesta. ¿Por qué? Pues yo qué sé, quizá como terapia encubierta por la muerte de mi amigo o simplemente porque se me ocurrió hacerlo, la cuestión era que la había escrito. ¿No querían que hiciera algo y dejara de compadecerme de mí misma? Pues ahí lo tenían.

—¿Y por qué no va a escribirla? —me apoyó Adriana cogiendo la lista—, nosotras también deberíamos hacer una, todo el mundo debería hacerla, Manu, no tiene nada de malo y te da un propósito.

¡Si es que esta chica es adorable, en serio! Su argumento convenció a Manuela y ambas se pusieron a leer en silencio mientras yo las observaba con expectación, atenta a cada gesto y cada mueca que hacían conforme avanzaban en los puntos de la lista. Del mismo modo que a Adriana se le escapaba la risa con algunas cosas, a Manuela se le arqueaban las cejas con una mezcla de asombro y espanto que nos hacía reír. ¡Ay, qué ver lo recatada que es esta mujer, joder!

—Es una lista muy interesante, ¿te importa que me apunte algunas cosas? —me pidió Adriana sonriendo.

—Para nada. Bueno, a ver, ayudadme a decidir —les rogué con prisas—, no sé por dónde comenzar.

—Bufff —suspiró Manuela—, es que es muy larga, Claudia, son muchas cosas.

—Es todo lo que quiero hacer —refunfuñé cruzándome de brazos como una niña pequeña.

—Creo que deberías reducirla —propuso Adriana extendiéndome la hoja de nuevo.

Se levantó, abrió un cajón del mueble del comedor y sacó una libreta y un bolígrafo que sí que pintaba. Qué suerte tienen algunas.

—No quiero reducirla, quiero hacer todo lo que pone —me quejé otra vez cuando plantó la libreta ante mí.

—No digo que no lo hagas todo, solo que hay muchas cosas y obviamente no las vas a hacer todas de golpe. Yo haría lo siguiente, de esas treinta y tantas cosas que has apuntado, escogería diez o quince, las que más te gusten o las más factibles de hacer en poco tiempo.

—O las más baratas y sensatas —la interrumpió Manuela—, está claro que no vas a viajar a Egipto a corto plazo, ni a dar la vuelta al mundo con una mochila. Ahí hay cosas que, además de caras, requieren un tiempo que ahora no tienes. A lo que Adriana se refiere es a que te centres en lo que sí que puedes hacer por ahora y dejes para el final lo que es más difícil y requiere preparación y ahorrar mucho dinero.

—Claro, mujer —insistió Adriana otra vez—, tómatelo como un reto y elige solo diez, y cuando las hayas cumplido, eliges otras diez, y así hasta que acabes —zanjó satisfecha con su plan.

No contesté, cogí la libreta y el bolígrafo y empecé a escoger de mi lista lo que más me apetecía hacer teniendo en cuenta mis posibilidades de conseguirlo, tal y como me propuso Manuela.

—Ya está —dije después de un buen rato.

—A ver, dame.

Le entregué la hoja a Adriana y a Manuela y ambas la leyeron de nuevo.

—¡Por Dios! —exclamó Manuela.

Adriana comenzó a reírse y yo las miré a ambas algo desconcertada.

—¿Qué pasa? —pregunté un poco mosqueada.

—¿Te das cuenta de que casi el cincuenta por ciento de las cosas que has escrito tienen que ver con el sexo? —preguntó Manuela espantada.

—Pues no he mirado el porcentaje, pero me parece muy bueno —contesté con sinceridad.

—Estoy de acuerdo —sonrió Adriana.

—¡Madre mía! Siempre pensáis en lo mismo, sois unas salidas —se quejó Manuela tapándose la cara con las manos.

—Claro, ahora nosotras somos las raras, ¿no? Porque a ti no te gusta follar, ¿verdad, cariño? —la señaló Adriana divertida.

Por poco me meo de la risa tras el apunte de Adriana, porque la cara de asombro mezclado con la vergüenza de Manuela no tenía desperdicio.

—Vale, vamos a repasar esta lista punto por punto para ver si todos son viables —propuso Adriana—, por cierto, me parece bien que en lugar de diez hayas elegido doce cosas, pero ¿por qué has numerado del cero al once y no del uno al doce? —cuestionó extrañada.

—Porque la cero no cuenta.

Las dos arquearon las cejas.

—A ver, me explico, la cero es algo que tengo que ir haciendo mientras hago todas las demás, solo está ahí para que no se me olvide.

—Dudo mucho que tú te olvides de follar —apuntó Manuela poniendo los ojos en blanco.

¿Es que hay alguien que se olvide de algo así?

—De acuerdo, la primera, es decir, la cero: follar mucho —leyó en voz alta Adriana —, esta es viable además de necesaria, no hay nada más que decir. La uno: follar en un ascensor —dijo mirándose con media sonrisa.

—Está claro que para ella también es viable —contestó Manuela haciendo una mueca de obviedad.

—Sigamos, la dos: plantar un árbol. ¿Con esto te refieres a cagar en el bosque o a plantar un árbol de verdad? —preguntó Adriana divertida.

—Ya he cagado en un bosque varias veces —apunté para que no albergaran dudas—, quiero plantar un árbol de verdad, contribuir a la reforestación y esas cosas, ya sabéis.

—¿De verdad has cagado en un bosque? —preguntó Manuela con los ojos muy abiertos.

—Pues claro, ¿nunca te ha venido un apretón estando de excursión?

—No —confesó sofocada solo de pensarlo—, ¿y con qué te limpias?

—Con la hoja de un árbol —se rio Adriana con sarcasmo—, joder, cariño, existen los pañuelos de papel, las toallitas húmedas y esas cosas. Recuérdate que no te lleve nunca a un bosque sin un rollo de papel higiénico.

Me meaba de la risa, Adriana y Manuela parecían de dos mundos diferentes y, aun así, congeniaban a la perfección.

—Tres: escribir un libro. Bueno, esta es de las complicadas —opinó Manuela.

—No veo el motivo, puedo escribir un libro mientras hago todas esas cosas, de hecho, la historia podría ser esa, como hice cada una de las cosas de mi lista.

—Buena idea —apuntó Adriana—, uy, aquí llega la que me ha dejado más sorprendida, la número cuatro: acostarte con una mujer mayor. Tendrás que aclararme esto porque me están entrando escalofríos.

Me dedicó una mirada de susto y me hizo sonreír.

—No sabía que te iban las momias, Claudia —añadió.

—Y no me van, con una mujer mayor me refiero a una mujer madura, ya sabéis, de las que rondan la cincuentena y tienen una larga y amplia experiencia a sus espaldas —dije encogiéndome de hombros.

—Visto así no suena mal. Hay algunas maduritas por ahí que ya me gustaría a mí llegar así a su edad. Igual después de acostarte con una decides que nadie de tu edad tiene esa pericia y te quedas con ella.

—Déjate de rollos, Adri, yo solo quiero echar un polvo, no casarme.

—Sois muy raras las dos, ¿sabéis? —se quejó Manuela escandalizada.

—Bueno, ¿lo veis viable o no?

—Claro que sí, estoy segura de que no tendrás mucho problema con eso, quién dice que no a un polvo con una chica más joven.

—¿Cuando me haga mayor me la pegarás con alguien más joven? —ladró Manuela soltándole un capón.

—Ya sabes que no —se defendió Adriana divertida—, bueno, no veo problema con esto, tengo amigas de todas las edades, ya te presentaré a alguna —dijo sin más.

Me puse un poco nerviosa ante su solución, una cosa era pensarlo y otra que pasara. Estuve a punto de tachar ese deseo de la lista, pero al pensar en hacerlo con una mujer madura; me excitó, así que el deseo número cuatro se quedaba.

—Número cinco: hacerte un tatuaje, es viable —afirmó Manuela—, ¿has pensado qué te harás y dónde?

—Tal vez una brújula o algo así, por si alguna vez pierdo el norte —bromeé—, pero no sé dónde, ya veremos.

—Número seis y otra de mis favoritas: hacer un trío. ¿Alguna preferencia? ¿Hombre y mujer? ¿Dos tías? —preguntó Adriana señalando a Manuela y a ella con una sonrisa.

—¡Adri! —la regañó Manuela.

—¿Qué pasa, Manu? ¿No te acostarías conmigo? Sé hacer muchas cositas —dije tocándole una teta de broma.

—Quita, guarra —se quejó Manuela apartando mi mano de un guantazo.

—Mmmm, qué interesante —apuntó Adriana riendo.

—De verdad que no entiendo por qué no estáis juntas, sois tal para cual —soltó Manuela también entre risas—. Siete: ver la aurora boreal. Viable es, viajar a Noruega, por ejemplo, no es tan caro —siguió Manuela.

—Ocho: saltar en paracaídas, a esta me apunto yo también si no te importa —dijo Adriana.

—Para nada, prefiero ir con alguien, ¿tú, te animas, Manuela?

—No sé, me lo pensaré y cuando llegue el momento decido. Nueve: donar sangre. ¿Nunca has donado sangre? —preguntó alarmada.

—Pues no. Siempre he querido ir, pero me da cosa ir sola por si me mareo, no sé.

—Bueno, pues a eso iremos las tres —confirmó Manuela—. Diez: mirar mientras alguien está follando. Esta es una broma, ¿no?

—No, no lo es. ¿Tú no te excitas cuando ves a una pareja follar en una peli?

Mi maravillosa pregunta desarmó a Manuela por completo, puso cara de circunstancias mientras Adriana se reía y al final contestó afirmando con un movimiento rotundo de cabeza.

—Pues imagínate en directo, tiene que ser la hostia, me caliento solo con pensarlo —confesé.

—Bueno, eso también es viable, puedes hacerlo cuando hagas el trío, miras mientras las otras dos follan y resuelto —concluyó Adriana—, bueno, y la once no tiene desperdicio: bañarte en una playa nudista. La verdad es que con lo que te gusta desnudarte me sorprende que no lo hayas hecho ya.

—¿Vosotras lo habéis hecho? —pregunté con mucha curiosidad.

—Sí —afirmó Adriana.

—¿Las dos? —insistí sorprendida.

Porque de Adriana me lo esperaba, pero de Manuela ni de coña.

—Las dos —confirmó.

—Vaya, vaya, Manuela, qué calladito te lo tenías, ¿eh?, cochinota. ¿Qué se siente? ¿Da mucha vergüenza?

Siempre he pensado que la sensación de estar completamente desnuda dentro del agua tiene que ser impresionante, pero me da un poco de apuro.

—A mí me encanta estar desnuda en el agua —dijo Adriana—, antes iba mucho, ya sabes que yo no conozco la vergüenza, pero a Manuela le da mucho corte, se siente observada y con ello incómoda, así que solo hemos ido una vez juntas y ya no he vuelto.

—Bueno —dije zanjando el tema—, ¿entonces aprobáis mi lista?

—Por supuesto, y en lo que podamos ayudarte, cuenta con nosotras —dijo Adriana.

—Menos en lo del trío —matizó Manuela haciéndonos reír.

Y así fue como quedó mi lista:

0. *Follar mucho*
1. *Follar en un ascensor*
2. *Plantar un árbol*
3. *Escribir un libro*
4. *Acostarme con una mujer madura*
5. *Hacerme un tatuaje*
6. *Hacer un trío*
7. *Ver la aurora boreal*
8. *Saltar en paracaídas*
9. *Donar sangre*
10. *Mirar mientras alguien está follando*
11. *Bañarme desnuda en una playa*

Y volviendo a la pregunta de Manuela sobre si tengo planeado algo para esta noche. No puedo pensar cuando tengo hambre, así que decido ir solucionando los temas uno por uno.

—Lo pensaré mientras ceno y te vuelvo a llamar.

—De acuerdo, no tardes mucho que ya sabes que me entra sueño y me apalanco.

Cuando buscas la palabra perezosa en Wikipedia no hay definición, hay una foto de Manuela alcachofada en su sofá.

Capítulo 3

Voy directa a la cocina y abro la puerta de la nevera con la absurda esperanza de encontrar algo, o al menos algo que no esté caducado. La cierro desolada y decido que la mejor opción será bajar a la pizzería que hay al lado de mi portal y pedirme una para llevar.

Se me hace la boca agua solo de pensarlo. Me doy una ducha rápida para despejarme y que mis ojos vuelvan a un estado en el que no asuste a nadie al verme. Me pongo unos vaqueros rotos y una sudadera ancha, mis zapatillas de deporte y me recojo el pelo con una pinza. Y ya está, ya estoy lista para ir a buscar mi exquisito manjar.

Cuando entro en la pizzería hay bastante cola, así que primero me entretengo un rato mirando el móvil; pero como me aburro, decido guardarlo y echar un vistazo a la gente que hay a mi alrededor.

Es algo que suele distraerme bastante en momentos como este donde los minutos pueden ser eternos. La mayoría de la gente normalmente echa un vistazo rápido a su alrededor y salvo que haya algo que despierte su curiosidad en exceso, no prestan atención a los pequeños detalles. Yo sí, yo me tomo mi tiempo y, al final, siempre encuentro cosas que me hacen gracia. Por ejemplo, la chica que hay sentada en la mesa de la esquina junto al que me imagino que debe de ser su novio. Ella va conjuntada —demasiado para mi gusto— lleva una falda oscura que le roza la rodilla, a medio camino entre lo provocativo y lo puritano, me gusta. Botines del mismo color que el bolso que hay colgado en la silla y una camisa azul claro, ajustada y pensada para marcar el busto que tiene, ya lo quisiera yo para mí. Madre mía, lo que tiene que disfrutar ese chico metiendo la cara entre ellas, en fin, que pienso en sexo y me pierdo. A lo que iba, no lleva muchas joyas, tan solo un reloj de pulsera, un par de anillos en la mano derecha y unos pendientes brillantes que reflejan el color de la camisa. El pelo suelto y planchado le cae a cada lado del cuello, lleva un maquillaje fino y elegante y sonríe y gesticula como una auténtica dama.

Se acaban de levantar y se dirigen hacia la barra para pagar. La chica camina sabiendo que está monísima y sintiéndose la reina de la fiesta, pero si supiera que lleva pegado al tacón de su botín derecho más de un metro de papel higiénico, seguro que le daría un pasmó del que tardaría muchos meses en recuperarse.

La cola avanza y dejo de mirar a la chica, me duele la mandíbula de aguantarme la risa y mis tripas siguen rugiendo cual fiera que lleva dos días sin comer, suerte que el ruido del local aplaca los estruendos. Estiro el cuello como una jirafa para ver por encima del hombro de la mujer que hay delante de mí, tiene la espalda tan ancha que no veo nada más allá del tatuaje de su nuca. Hay tres chicos atendiendo tras el mostrador, yo soy la tercera en la cola y, de repente, las tres personas a las que atendían cogen sus bolsas y se marchan, así que ya me toca.

La mujer se mueve por fin y se coloca frente al chico que queda a mi izquierda, liberando mi campo visual y dejando ante mi mirada lobuna a otra mujer de espaldas que se ha colocado frente al chico de más a la derecha, como cuando se dé la vuelta sea tan jodidamente sexy como de espaldas, van a tener que reanimarme.

Por un instante me quedo parada observando su culo, lleva unos vaqueros de esos un

poco cagados que nunca me han gustado, pero joder, a ella le quedan de miedo; dejan ver parte de sus bragas con una goma elástica en la que pone Clavo Kain, pero no se lo tengo en cuenta. Calza unas deportivas y una sudadera ancha como la mía. Su pelo es castaño oscuro y brilla con el reflejo de la luz, tiene media melena con unas ondulaciones marcadas en las que me perdería enroscando los dedos. Pienso en cuánto me gustaría agarrar esos mechones mientras me corro y me pongo enferma de excitación. Me entra mucho calor al pensar en eso e intento centrarme, pero entonces los ojos se me van a su trasero de nuevo, me encanta ese estilo un poco masculino de su vestimenta.

—¿Va a pedir algo?

Tengo los ojos clavados en su culo y escucho al chico del mostrador hacerme la pregunta, sin embargo, aunque mi mente me ordena que me centre y le conteste, mi volcán encendido me obliga a seguir babeando sin apartar la vista de ella.

—Señorita —me llama un poco más alto.

Esta vez lo miro, pero no porque haya conseguido captar mi atención, es porque mis tripas han rugido de nuevo y lo han hecho con tanta fuerza, que realmente parece que tengo pedorretas. Miro a cada lado sonrojada para asegurarme de que nadie ha escuchado semejante escándalo y le pido mi pizza con rostro famélico para ver si le doy pena y me la hace más rápido.

El chico toma nota casi sin mirarme y me dice que me haga a un lado mientras me lo preparan. Yo, que soy muy obediente, le hago caso y ¡tachan! Me topo con la chica del culo perfecto de frente. Suelto un suspiro profundo y noto cómo mis piernas se cierran solas para calmar el torbellino de hormiguitas que se pasean por mi bajo vientre. ¡Qué guapa es, y qué alta, no me había fijado!

Me saca media cabeza de altura, tiene los ojos del mismo tono castaño de su pelo, pómulos delicados y unos labios carnosos y húmedos que me apetece probar.

Me siento como una hiena hambrienta con ganas de saltar a su cuello, colocar mis manos en su cintura y pegarla a mi cuerpo mientras saboreo sus labios pintados con un color suave. Pensarlo me agita y apoyo una mano en el mostrador para observarla. Yo tengo la mente plagada de pensamientos lascivos y ella ni siquiera se ha percatado de mi presencia, tiene la vista clavada en su teléfono cuando el chico del mostrador le dice que su pedido ya está listo.

Intento pensar algo rápido para llamar su atención porque no quiero que se marche, no sin darme su número de teléfono, pedirme el mío y decirme que me va a llamar para hacerme una serie de cosas marranas que me arrancarían suspiros tan fuertes como los crujidos de mi estómago.

Parece que los astros han decidido alinearse esta noche y me son favorables, porque, en cuanto el chico le entrega la bolsa, ella se hace a un lado otra vez y saca la caja del interior mientras yo escucho una voz a mi derecha.

—Aquí tiene —anuncia el chico del mostrador que me había atendido.

Me ofrece la bolsa y comienzo a salivar como un animal en cuanto el plástico caliente roza mis manos. Joder, qué hambre tengo.

Cuando la estoy cogiendo, noto una presencia femenina a mi lado que me hace estremecerme y alzo la mirada. Ahí está ella con sus pantalones cagados y su pelo perfecto, su aroma me envuelve y todo mi sistema nervioso se activa. Me emociono pensando que va a decir algo, y lo hace, pero no a mí.

—Esta es de cuatro quesos y yo he pedido una hawaiana —se queja alzando la caja.

¡Qué voz más femenina y dulce a la vez! El fuego arrasa mi interior al pensar en ella susurrándome al oído mientras estamos en mi sofá. Aun así, consigo centrarme, porque yo he pedido una pizza de cuatro quesos y la idea de irme a casa con una hawaiana me pone de muy mal humor. Solo me falta que se equivoquen y me entreguen algo que no me gusta con el hambre que tengo. Vamos, que tienen suerte de que culito sexy se haya dado cuenta, porque si descubro el error al subir a mi apartamento, del cabreo que me agarro, bajo y me los como a ellos. El chico del mostrador se ha puesto rojo y de pronto me mira a mí.

—Puede comprobar su pedido, ¿por favor?

Y sin favor, antes de que él termine la frase, yo ya estoy abriendo la caja que contiene mi pizza y ahí están los trozos de piña caliente que tanto me repelen. Hago una mueca extraña que me dura muy poco cuando recuerdo lo que solía decirme mi abuela.

“A la comida no hay que hacerle ascos, si hubieras pasado hambre como yo, hasta una patata hervida te gustaría”

Eso solía decir siempre que yo me quejaba por la comida, y la respeto, pero joder, es que la única palabra que encuentro para describir lo que me hace sentir la piña caliente y blandita sobre un trozo de pan es esa; asco.

—Parece que tengo tu cena entre mis manos —bromeo dirigiéndome a ella.

—Y yo la tuya, ¿crees en las señales? —pregunta con gesto amable y una sonrisa.

—¿Señales? —respondo un poco descolocada.

A ver si todo lo que tiene de guapa lo tiene de tonta. Ay, mierda, ¿será esa chica una iluminada? ¿Una de esas que creen en el destino? ¿En que todas las cosas pasan por algo o que acaba de conocer al amor de su vida? Espero que no, sería un desperdicio con lo guapa que es.

—Sí, ya sabes, en esas cosas que pasan y crean el momento propicio para que dos personas se conozcan —explica sin dejar de mirarme.

Arqueo las cejas sonriente con su cena todavía entre mis manos, pero no contesto nada. Nos hacemos a un lado para no molestar al resto de clientes y me quedo pensando en lo que acaba de decirme. Mi mente va muy rápida barajando varias hipótesis, pero solo dos cobran fuerza en este momento. La primera es que solo esté haciendo un comentario inocente sobre una situación que, al fin y al cabo, es bastante común, y la segunda es que sea una indirecta, pero enseguida descubro que la mujer de culo sexy y pelo perfecto no es de las que se andan con rodeos.

—No me mires así, mujer, ambas hemos venido a buscar una pizza individual, así que, o tú y tu pareja coméis muy poco, o esa cena es solo para ti —sonríe acercándose a mí.

Qué calor, joder.

—¿Y tú? ¿Comes muy poco o esto es únicamente el aperitivo y tienes medio cerdo esperándote en casa? —pregunto intentando contener al ejército de hormigas del placer que invaden mi zona pélvica.

—¿Por qué no vienes a comprobarlo?

Madre mía, me acaba de invitar a cenar con ella en su casa. Se me detiene el cerebro y con ello las palabras se me quedan atascadas en la punta de la lengua durante un instante, pero solo uno, porque yo no me callo ni debajo del agua. Solo estoy barajando posibilidades, es muy guapa, eso está claro, y que me la quiero follar también. Pero no la conozco de nada, podría ser una asesina en serie, una psicópata o una acosadora. Le doy un repaso y me digo a mí misma que no, me convenzo de que no está pirada. La vuelvo a mirar y me sonríe con malicia, parece que sabe que esta noche va a cenar algo más que piña,

aunque ya se puede lavar bien los dientes si quiere meter su lengua en mi boca después de comerse esa porquería.

—De acuerdo —contesto sin mayor dilación.

Capítulo 4

Prefiero su casa antes que la mía, así puedo largarme en cuanto quiera sin tener que ser desagradable y echarla cuando no me apetezca estar más en su compañía. Salimos de la pizzería y camino nerviosa a su lado. Vaya, realmente vive cerca, tanto que es mi vecina de bloque, aunque eso no pienso decírselo, todo dependerá de cuánto me haga disfrutar en la cama.

Y eso nos lleva al momento en el que me encuentro ahora, acabamos de cenar y estamos charlando de cosas banales. Su conversación no se me hace pesada, pero tampoco siento que conectemos demasiado, por lo que no creo que nos hagamos amigas, pero sí salgo contenta de aquí, tal vez tenga en esta chica a alguien con quien pasar ratos agradables, y encima vive cerca.

—Llevamos juntas casi una hora y no sé cómo te llamas —me sonrío.

—Claudia.

—Un placer, Claudia, yo soy Carla.

Me da dos besos y cuando acaba el segundo, intenta darme un tercero. Me gusta que sea tan lanzada y, aunque me muero de ganas de enrollarme con ella, me veo obligada a detenerla.

—No meterás tu lengua en mi boca sin lavarte los dientes antes, odio la piña.

—¿Lo dices en serio? —pregunta retirándose hacia atrás con gesto de sorpresa.

Arqueo las cejas y ella me mira pensando que bromeo, pero cuando ve que ni me muevo ni cambio el gesto, se levanta y se encierra en el baño. Cuando sale estoy de pie, he llevado los restos de la cena a la cocina y me la encuentro a mitad de camino hacia el sofá.

En cuanto me ve, coloca sus manos en mi culo y me aprieta contra ella con mucha posesión. Me excito, me encanta que tomen la iniciativa y vayan al grano cuando se trata solo de follar, no veo por qué hay que perder el tiempo en otras cosas.

La beso porque se lo ha ganado. Meto mi lengua en su boca mientras Carla me acorrala contra la pared. Nuestras lenguas bailan en un intenso beso y cuando aprieta su sexo sobre el mío enloquezco de ganas.

—Quítate los pantalones —me pide cuando me suelta.

Mientras lo hago, ella se quita la camiseta y yo pienso en Manuela, no la he llamado ni avisado de que había un cambio de planes, aunque conociéndola, seguro que ya está dormida en el sofá. Mis pantalones y mis bragas ya están en el suelo y Carla ha vuelto de su habitación con un arnés que me muestra por si tengo algo que objetar. Me muero de ganas de sentirla dentro y eso no tarda en pasar, en cuanto está lista, me hace subir una pierna que aguanta con su mano por debajo de mi rodilla y me penetra hasta el fondo de una estacada certera que me arranca un gemido anticipado.

Carla no es una chica aparentemente fuerte, pero aun así, es ágil y sus embestidas me sacuden y me sumen en un mar de placer casi de inmediato. Noto como se acerca el orgasmo y no quiero que pare.

—Sigue —le suplico jadeante.

Y ella, muy obediente, me embiste sin perder el ritmo hasta que me corro, y tras cinco

embestidas más, también se corre ella. Me abrazo a Carla hasta que nos recuperamos, entonces saca el falo de mi interior y sin soltarme de la mano, me lleva hasta la cama y me empuja sobre el colchón. Siento ese hormigueo en la barriga que te entra cuando coges un desnivel repentino con el coche y me río agotada, pero entonces, la chica de pelo perfecto, me sube la camiseta, me desabrocha el sujetador y chupa mis pezones endurecidos con hambre.

Me gusta y muevo la pelvis contra su mano, quiero más y Carla va a dármelo, porque se arrodilla a los pies de la cama, tira de mis piernas hasta colocarlas sobre sus hombros y hunde su cara en mi sexo.

La beso cuando me recupero, saboreo sus labios y su lengua y, tras descansar unos minutos en silencio, me pongo en pie para vestirme.

—¿Ya te vas? —pregunta sin dejar de mirarme.

—Sí.

Salgo de la habitación mientras me abrocho el sujetador, me pongo bien la camiseta y voy en busca de mis bragas y mis pantalones.

—Puedes quedarte a dormir si quieres —me propone desde la puerta de la habitación.

—No puedo, mañana tengo que plantar un árbol.

Me mira y se ríe mientras acabo de vestirme. Seguro que Carla piensa que es la excusa más absurda que le han dado nunca, y lo es, es una excusa para irme, pero además es cierta, mañana voy a tachar la primera de las cosas de mi lista. Le doy un beso en los labios, otro en la mejilla y me voy hacia la puerta.

—¿No me das tú número? —me pregunta.

—Ya sé dónde vives —digo antes de marcharme.

Cuando llego a casa me doy una larga ducha y, antes de meterme en la cama, miro el móvil y veo que tengo dos llamadas de Manuela y un mensaje.

Manuela: No sé si preguntarte lo que estás haciendo, pero recuerda que mañana hemos quedado para ir a plantar el árbol.

A lo que yo respondo con una carita sonriente y un guiño.

Yo: Perdona, mañana te cuento mientras lo plantamos.

Capítulo 5

El sábado me despiertan unos golpes en la puerta, alguien llama con insistencia y eso me enfada porque tengo mucho sueño. Anoche acabé reventada y no quiero madrugar, pero cuando miro el móvil, veo con espanto que son las dos del mediodía y que tengo cinco llamadas perdidas de Manuela, tres de Adriana y cuatro mensajes que es mejor no leer. Ya sé quién llama a mi puerta, son mis amigas, seguro que Manuela le ha insistido a Adriana en que me ha pasado algo y la pobre ha tenido que acompañarla hasta aquí para comprobar que lo único que pasa es que soy una impresentable que se ha dormido. Salto de la cama y corro hacia la puerta.

—Más vale que estés muerta —oigo decir a Manuela desde el otro lado.

Qué desagradable es cuando se lo propone.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repito en cuanto abro y las veo.

—No tienes vergüenza, ayer pasas de mí y hoy nos dejas tiradas a las dos, y encima no coges el teléfono en toda la puta mañana, ¡pensaba que te había pasado algo! —grita dándome un empujón al pasar por mi lado.

Menudo carácter tiene la mosquita muerta cuando se enfada.

—Lo siento, me he dormido —le digo a Adriana, que me mira sonriente.

—Tranquila, ya sabes cómo es, se lo he dicho mil veces, pero ha insistido en venir. Lo bueno para ti es que traemos la comida —dice mostrándome un par de bolsas.

—Mmmm, joder, qué bien, sois las mejores amigas del mundo —digo mientras dejamos las cosas en la cocina.

—¿Dónde te metiste anoche, guarrilla? —me pregunta divertida.

Cogemos unas cervezas y nos vamos al sofá con Manuela, que sigue con el gesto torcido y los brazos cruzados sobre el pecho. La ignoro, ya le he pedido perdón y sé que en cuanto comencemos a hablar, se le pasará la rabieta sin más. Mientras comemos, les cuento lo mucho que me hizo disfrutar anoche Carla y rápidamente mis amigas comienzan con su ronda de preguntas.

—En serio, si cuando estaba soltera hubiese tenido esa facilidad para ligar que tienes tú, Manuela y yo ahora mismo no estaríamos juntas —dice Adriana muy seria.

Yo me río, pero Manuela le da un capón que casi le pone la cola que lleva en la frente.

—Lo que no me explico es que esa chica sea casi tu vecina y no la hayas visto antes —me dice Manuela.

—Tal vez se mudó hace poco —sugiere Adriana recolocándose la cola.

—O tal vez si mi jefa no me tuviera explotada todos los días y me dejara salir a horas normales, la hubiera visto antes —me quejo con resignación.

—Deberías hablar con ella seriamente, Claudia, lo digo en serio —sigue Manuela—, ya que te hace trabajar tanto, por lo menos que te suba el sueldo, y si te dice que no, tal vez deberías plantearte buscar otro trabajo.

Trabajo como periodista para una revista online dirigida principalmente a los emprendedores. Lo que nos interesa de las personas a las que entrevistamos es su trabajo, saber cómo han llegado a ocupar el cargo que tienen, las dificultades que han tenido que

sortear por el camino, las inversiones, las quiebras, las remontadas, los socios o las financiaciones, en fin, lo que nos proponemos es mostrar las diferentes perspectivas a todos los emprendedores para que tengan claro que ni es tan fácil conseguir que una empresa funcione como creen unos, ni tan difícil y aterrador como piensan otros. Vendemos la realidad, y por eso me gusta tanto mi trabajo, aunque mi jefa sea una auténtica arpía sin sentimientos.

Yo me ocupo principalmente de localizar empresarios que tengan algo interesante que aportar. Cada viernes le entrego los posibles candidatos a mi jefa y ella y el tonto de su hijo se ocupan de ponerse en contacto con ellos y conseguir la entrevista. Cuando ya tienen al candidato semanal, esa carpeta vuelve a mi mesa y soy yo quien se ocupa de elaborar la lista de preguntas para la entrevista en función del sector y el tipo de negocio. Las entrevistas normalmente las hace mi jefa, se llama Silvia, por cierto, pero hay ocasiones en las que las hago yo. Suelen ser esas en las que el empresario es un carcamal, posee una empresa pequeña o es una mujer. Silvia se divorció hace tres años y desde entonces se dedica a cazar hombres con cierto poder adquisitivo, hasta ahora no le ha salido muy bien, aunque me consta que se ha follado a unos cuantos.

—Algún día valoraré mi trabajo, ya verás, solo he de esperar mi momento —afirmo convencida.

—Y mientras tanto a pringar, la verdad es que me sorprende que seas capaz de morderte la lengua tanto tiempo —insiste Manuela.

—Bueno, menos hablar de trabajo y más repoblar bosques, ¿nos vamos? —pregunta Adriana.

—Sí, mejor. ¿Qué os parece si hacemos un agujero al lado del río? Ahí crecerá seguro —propongo orgullosa de mi inteligencia.

Manuela arquea las cejas y me mira con expresión indescifrable. ¿Qué he dicho?

—¿Lo dices en serio, Claudia?

—Claro, no vamos a plantarlo en la acera...

—Qué graciosa. Al contrario que tú, yo me he molestado en buscar un lugar que necesite ser repoblado. El año pasado se quemaron más de doscientas hectáreas en el pueblo de mis padres y los forestales junto con los voluntarios están repoblando la zona, iremos allí y plantaremos nuestros arbolitos.

—Tus padres viven a una hora y media de aquí, Manuela —me quejo suspirando.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen, ¿quieres tachar eso de tu lista? Pues venga, coge tus cosas que nos vamos.

Miro a Adriana suplicando ayuda con la mirada, pero ella me devuelve otra mirada de resignación y tengo claro que las tres nos montaremos en el coche para ir a un pueblo donde Cristo perdió la zapatilla a plantar tres putos árboles solo porque yo decidí apuntarlo en mi lista. Creo que debería apuntar una cosa más que debo hacer antes de morir: pensármelo dos veces cada vez que crea que debo pedirle ayuda a Manuela.

Ya hemos llegado y cuando me bajo del coche siento que tengo el trasero entumecido y los músculos atrofiados. A este pueblo se accede mediante una carretera secundaria, aunque yo más bien diría en peligro de extinción. Es una carretera horrible, de esas estrechas y llenas de curvas, y para colmo hemos encontrado varios ciclistas que nos han hecho ir a paso de tortuga mientras Manuela se lo pensaba y se lo repensaba para adelantar. En resumen, dos horas de coche para llegar. Cuando Manuela abre el maletero, me escandalizo ante todo lo que veo.

—¿Venimos a plantar arbolitos o a enterrar un cadáver? —pregunto atónita.

—¿Piensas cavar con las manos? —responde con gesto de obviedad.

—Pues no, pero tampoco quiero cavar mi propia tumba.

Hay palas, picos, guantes de jardinería y otras cosas que no sé para qué sirven y sobre las que prefiero no preguntar. Adriana se ríe mientras su novia nos va dando cosas hasta cargarnos como a dos mulas, todavía no he hecho nada y ya estoy sudando. Manuela nos adentra en el bosque carbonizado y, tras señalar un lugar en el que se queda Adriana, da unos cuantos pasos y señala otro para mí. Está hecha toda una experta, a saber cuántas horas ha pasado indagando en internet. Las tres cavamos nuestro propio agujero, aunque no hago nada sin esperar órdenes de Manuela porque cada vez que lo intento, me pega una voz con esa flauta que tiene por garganta y me pone de mal humor.

Por fin, ya he plantado mi arbolito de veinte centímetros y estoy aplastando la tierra con las manos a su alrededor, ahora comprendo por qué nos ha hecho cargar también con una botella de agua; hay que regarlos.

Cuando acabo me tumbo al lado y me quedo mirando el cielo felizmente. Ahora me alegro mucho de haber venido y aguantado a la pesada de mi amiga y su obsesión por elegir un lugar necesitado. Miro a mi alrededor y el panorama es desolador, nunca entenderé a ese atajo de desalmados que se divierte quemando nuestros bosques, pero ahora me siento útil, siento que estoy haciendo algo bueno y que he puesto mi granito de arena para ayudar a arreglar este desastre. ¡Gracias, Raúl!

Pasamos varios minutos en silencio pensando cada una en nuestras cosas, yo en concreto estoy centrada en una nube que en mi opinión tiene forma de teta. Manuela seguramente está pensando en lo que le va a echar al potaje de mañana y Adriana en la posición en la que se la va a follar esta noche. Finalmente, nos ponemos en pie, chocamos las manos con satisfacción y nos vamos a casa de los padres de Manuela a cenar. Si alguien quiere comer en exceso que se pase por aquí, ahora estoy sentada en el coche de vuelta a casa y me siento como si me hubiera engullido un planeta.

Me he quedado dormida en el coche, la prueba de ello es que cuando he entrado en casa y me he mirado en el espejo, he dado un salto pensando que la niña de "El exorcista" me había poseído. Tengo los pelos levantados en la mitad derecha de la cabeza y la marca del reloj en el pómulos. ¿Cuántos de mis vecinos habrán sido testigos de mi aspecto? Da igual, estoy maravillada y voy corriendo a mi habitación. Allí tengo dos espejos grandes en el armario y en uno de ellos escribí mi lista con pintalabios. Esta noche puedo tachar el deseo número dos y me siento muy orgullosa porque eso me permite comenzar también con el número tres: escribir un libro.

Doblo la almohada, cojo mi portátil y abro un documento nuevo en el que empezaré a narrar todos los hechos sucedidos hasta que por fin he plantado el árbol. Así lo haré cada vez que consiga cumplir una de las cosas de mi lista y para cuando acabe, ya tendré mi libro escrito. ¿Soy ingeniosa o no?

Todavía no he comenzado y ya me he atascado. Creo que antes de nada necesito un título, y tras darle muchas vueltas, finalmente ya lo he decidido, mi libro se titulará: La lista de Claudia.

Capítulo 6

Esta mañana mi jefa está especialmente pesada, suerte que es lunes y vengo con las pilas relativamente cargadas, si este coñazo me lo da un viernes, igual tenemos cuatro palabritas. Me ha llamado a su despacho como cuatro o cinco veces para tonterías: que si trae un papel, "búscame esto" o "envíame aquello", y ahora me tiene sentada frente a ella sin hacer nada más que contemplar su cara de amargada. En cuanto he entrado le ha sonado el teléfono, lleva casi media hora hablando y cada vez que intento levantarme para hacer algo productivo mientras termina, me hace una señal y me dice que me espere.

—¿Qué tal el fin de semana, Claudia? —pregunta con tono amable cuando por fin cuelga.

No respondo y frunzo el ceño porque estoy pensando. Silvia nunca es amable conmigo, y la única vez que tuvo un detalle fue cuando murió Raúl, fue ella quien llamó a la ambulancia. Está claro que quiere algo y tengo que estar preparada. Lo que estoy haciendo es pensar de forma muy rápida un pequeño repertorio de excusas para todas las situaciones que me puedo imaginar.

—Productivo —digo sin más.

—Me alegro. Ya tenemos la siguiente entrevista concertada. Amanda Bulcard, de Sistemas Informáticos Bulcard.

A veces tengo la sensación de que Silvia piensa que soy idiota. Yo soy quien ha investigado esa empresa y quién le ha proporcionado el nombre de la mayor accionista, con que me diga el nombre ya me vale, no necesito que me especifique la empresa.

—Qué bien —digo con desgana—, ¿quiere que me ponga ya con las preguntas?

—Por supuesto, quiero que te pongas con eso y que el jueves a las diez en punto estés en sus oficinas para hacer la entrevista.

—¿Yo? —pregunto con asombro.

Esa mujer es un genio de los negocios, una figura implacable que ha levantado una empresa que mueve millones casi de la nada. Tiene setenta años y, aunque según lo que he encontrado, empieza a tener demencia senil, sigue al frente de la empresa como la que más. Pero nada de eso me preocupa, lo que realmente me inquieta es la fama de persona desagradable que tiene esa mujer, se rumorea que trata a sus empleados como a robots y que es bastante desagradable con todo el mundo en general.

—Sí, Claudia, tú. ¿Hay algún problema?

Pienso en mi repertorio de excusas y ninguna me sirve para esto porque no me lo esperaba. Quizá en casa dedique un rato a preparar unas cuantas para tener listas en caso de apuro, porque no quiero hacer esta entrevista.

—Sinceramente, no creo que yo sea la persona más adecuada para esta entrevista, señora Sanchís.

—¿Y eso por qué? —pregunta molesta.

—Porque a la señora Bulcard podría resultarle ofensivo y no sería bueno para la reputación de la revista. Esa mujer está acostumbrada a tratar con gente poderosa, de su clase, y que le manden a una periodista que apenas hace tres años que salió de la

universidad, no sé si le va a hacer mucha gracia.

Me parece surrealista que tenga que ser yo la que le diga esto. Silvia es una explotadora y una cazadora en activo, pero es una periodista impresionante y con muy buena reputación, no entiendo por qué no es ella la que hace la entrevista hasta que al oír mi maravilloso argumento, no le queda otra que darme la verdadera razón por la que quiere que vaya yo.

—Voy a ser clara, Claudia, hay dos motivos por los que serás tú la que vaya y no vamos a discutirlo más. El primero es que tuve una aventura con su hijo mayor hace unos meses, la cosa se nos fue de las manos y su mujer se acabó enterando. Ahora le ha pedido el divorcio y con ello la mitad de los bienes, y te aseguro que son muchos.

Estoy boquiabierta y no salgo de mi asombro, que Silvia Sanchís me confiese algo así me alucina, pero lo que más me inquieta es que no parece sentir ningún tipo de remordimiento, ¿es que esta mujer no sabe que no hay que entrometerse en jardines ajenos? Tengo que morderme la lengua para no reírme. Me imagino la situación y su cara de espanto al enterarse de todo, seguro que su ego engordó un kilo al sentirse capaz de provocar semejante conflicto en una familia tan poderosa.

—¿Y, aun así, permite que usted, bueno nosotros, le hagamos la entrevista? —pregunto sorprendida.

Con el poder y los contactos que tiene la señora Bulcard podría haber enterrado a mi jefa bajo una montaña de mierda y nadie se hubiera enterado.

—Parece mentira que lleves aquí el tiempo que llevas y todavía no sepas distinguir a una empresaria que ha nacido para dirigir, de una que simplemente ha llegado al puesto con poco esfuerzo. Amanda Bulcard sabe perfectamente diferenciar lo personal de los negocios, y esta entrevista para ella es un negocio, Claudia, es buena prensa para su empresa, así que aceptaría aunque hubiera tenido una aventura con sus cuatro hijos.

Bien dicho. Me quedo con las ganas de preguntarle si realmente la ha tenido con todos, porque conociéndola no me extrañaría.

—¿Y cuál es el segundo motivo? —pregunto antes de que me suelte otra clase magistral que me demuestra todo lo que me queda por aprender todavía.

—El segundo es que al parecer su estado de demencia es más avanzado de lo que se comenta y hay momentos en los que se le va la cabeza y dice cosas que no debe. Por eso en la entrevista estará presente una de sus nietas, es abogada y ya sabes que yo no los soporto. Así que ve con cuidado, y si te dice que algo no se publica, es que no se publica, ¿está claro?

—Clarísimo.

Perfecto, yo voy en representación de la mujer que les está causando dolores de cabeza y encima voy a tener que lidiar con la nieta adinerada que tenía un puesto asegurado antes de empezar la carrera, espero que al menos no sea igual de desagradable que la abuela.

Capítulo 7

El martes por la noche quedo con Manuela y Adriana para cenar.

Después de contarles lo que me espera este jueves y que ellas me cuenten sus batallitas con los clientes de la peluquería que ambas abrieron hace algo más de medio año, me dicen que este viernes tienen pensado salir a tomar algo por el ambiente.

—Te podrías venir —sugiere Adriana—, es tu oportunidad para conocer a una madurita y tachar eso de la lista.

Me inquieto otra vez y vuelvo a sentir miedo, esa es la única cosa de la lista que me pone un poco nerviosa, ¿y si no estoy a la altura? O peor, tal vez no me siento cómoda y no puedo cumplir con la misión.

—¿Creéis que seré capaz? —pregunto dudosa—. Quiero decir, que yo soy muy descarada, pero de ahí a entrarle a una madura, pues no sé, lo más fácil es que me mande a la paseo alegando que soy demasiado joven.

—Me sorprende que dudes tanto de ti misma —dice Adriana—. Tampoco se trata de que vayas a por todas. Solo vamos a pasarlo bien, tú tantea el terreno y si ves que tienes la posibilidad y te apetece, pues le entras.

—Claro, mujer —la apoya Manuela—, lo peor que te puede pasar es que te digan que no quieren.

—Sí, tenéis razón, aunque reconozco que me da mucho miedo que me rechace.

—No tienes que hacerlo si no te apetece, es solo una lista, no una obligación. Algunas cosas pueden ir saliendo conforme surge la oportunidad, tampoco hay que ir buscándolas —dice Adriana.

—Exacto, sobre todo estas que tienen que ver con el sexo —opina Manuela—, no son algo a lo que puedas poner fecha y hora como a saltar en paracaídas.

—De todos modos —dice Adriana—, yo creo que a ti lo que te pasa es que te da miedo que la madurita te dé un revolcón tan espectacular que ya no seas capaz de desengancharte, porque esas son las que tienen más experiencia.

Las tres nos echamos a reír solo de pensarlo.

—En todo caso será al contrario, ella se enamorará de mí —respondo en broma—, en fin, ya veremos si soy capaz de ligar con una mujer de semejante nivel.

—No digas tonterías, anda —interviene Manuela—, lo que quieres hacer es lo mismo que haces con el resto de las chicas, ¿cuántos polvos de una noche has echado?

La miro aturdida, ¿esa pregunta es retórica o espera que le responda?

—A lo que Manuela se refiere es que mujeres de esa edad que solo buscan sexo las hay a montones, solo asegúrate de que queréis lo mismo y ya está —dice Adriana.

—¿Y cómo sé eso?

—Desde luego, Claudia, pareces primeriza. Lo sabrás igual que con una de tu edad, una mujer que quiere algo más de ti, no intentará acostarse contigo a la primera de cambio, querrá conocerte un poco primero, ¿no?

—Perdona —intervengo viniéndome arriba—, pero hay mujeres que por mucho interés que tengan en conocerte, si pueden echar un polvo aprovechan.

—Se acabó —dice Manuela—, dejemos el tema, vayamos a tomar algo las tres y si pasa algo seguro que sabrás resolverlo tú sola —añade mirándome—, no entremos a debatir estos temas o estaremos así toda la noche.

Capítulo 8

Después de tres días trabajando en la entrevista de la señora Bulcard ha llegado el momento: es jueves, y cuanto más cerca está la hora más me enfado yo por ser una pringada.

Antes de ir me paro en doble fila un momento para ir al cajero automático. Esta mañana he ido a la panadería y me he gastado el poco efectivo que me quedaba y eso es algo que me pone muy nerviosa. Siempre me gusta llevar algo de dinero de verdad en el monedero, ¿qué pasa si pierdo la tarjeta o simplemente deja de funcionar como ya me ha pasado alguna vez?

Soy previsora, así que me bajo del coche y cuando entro en el banco solo hay dos cajeros, uno está ocupado por una chica trajeada que me ha dado un repaso en cuanto he entrado, y el otro está fuera de servicio.

Me toca esperar a que la chica acabe.

No sé qué debe estar haciendo, pero el cajero no hace más que pedirle que pulse sobre las teclas y ella lo va haciendo mientras resopla con agobio hasta que la deja en espera; entonces se aburre y me vuelve a mirar. La ignoro porque quiero hacerme la digna, pero la verdad es que es realmente guapa, morena, alta y con ese traje de ejecutiva que parece que le hayan hecho a medida. Paso de ella y me dedico a mirar al resto de la gente que espera detrás de mí intentando distraerme para no ponerme nerviosa, no por ella o porque vaya a llegar tarde a la cita; porque para eso tengo tiempo de sobra, lo que no quiero es que me pongan una multa en el coche por haber estacionado mal.

Observo el interior del banco. Está lleno y hay dos colas enormes de gente para las que solo hay cuatro empleados en las mesas, y como pasa siempre, de los cuatro solo trabajan dos, los otros dos están hablando entre ellos con una parsimonia exasperante.

Pienso que menuda suerte tengo de no estar en esa cola, pero es que estoy en otra que por lo visto es peor, ¿qué se supone que espera esta chica en el cajero? Miro enfurecida y ella, que debe de tener más o menos mi edad, me mira de nuevo, pero esta vez es diferente, creo que ha notado mi nerviosismo y me ha dedicado una mirada en plan *te esperas* que me ha cabreado mucho.

Acabo de dar con una prepotente y no las soporto. Está claro que es la típica que considera que todas las puertas deben abrirse a su paso, de las que da por hecho que por trabajar en una oficina y ser guapa a rabiar, hará que cualquier chica se arrodille ante ella, bueno, en su caso seguramente chicos. Seguro que casi siempre lo consigue, tiene el pelo de color castaño clarito, lleva la melena suelta por debajo de los hombros, con un corte desigual que le da un aire jodidamente sexy. Por fin el cajero escupe su tarjeta y respiro aliviada, pero me dura poco, porque cuando acaba con esa, saca otra de su immaculado maletín de piel y la mete por la ranura. Resoplo para que me oiga, ya hay tres personas esperando detrás de mí, pero eso parece no importarle, disfruta de su posición de control mientras todos esperamos para ella.

Como debe estar aburrida, se gira y me vuelve a mirar. Tengo ganas de decirle cuatro cosas, pero estoy más cabreada conmigo que con ella, porque la verdad es que me gusta que

me esté mirando así. Hoy es de esos días que todas tenemos de vez en cuando, de esos que te levantas con el guapo subido y sientes que puedes conquistar a cualquiera. Además, me he puesto mi falda oscura, que, aunque está feo que yo lo diga, se adapta perfectamente a mis curvas y me hace sentirme muy atractiva. Si a eso le añadimos que me he puesto una camisa de color verde clarito que resalta el moreno de mi piel, mis taconazos, y que llevo el pelo perfectamente planchado y me he puesto un poco de maquillaje, el resultado es que no solo es ella la que me está mirando; varios hombres de la cola ya me han dado el repaso, a mí y a ella, claro. Parece que ha terminado la operación que estaba haciendo, y entonces veo horrorizada que la chica atractiva del cajero vuelve a mirar en el interior del maletín y me hierve la sangre.

—¿Va a sacar otra tarjeta de ahí dentro? —pregunto de mal humor.

Me mira de soslayo sin alzar la cabeza del todo y esboza una sonrisa chulesca que, hace que me entren ganas de tirarle un zapato.

—Estaba sacando unos caramelos mentolados, ¿quiere uno? —pregunta educada.

Ahora me enfoca con gesto serio y noto como me tiemblan las piernas. Observo sus manos, aunque está claro que esta mujer no ha tocado otra cosa que no sean papeles u ordenadores en su vida, sus manos me parecen fuertes y me encantan.

—No me gusta la menta —respondo con desgana.

—No están fuertes, tienen un toque mentolado, pero dulce a la vez, refrescan la garganta e incluso la mente —explica como si fuera la representante de la marca.

—¿A eso se dedica usted, a vender caramelos?

Me sonrío y guarda el paquete, el cajero ya ha escupido su tarjeta, pero ella se lo toma con una calma atroz y vuelvo a resoplar.

—¡Eh, bonita! —grita un hombre que está por detrás en la cola—, ¿por qué no te apartas de una puta vez? Los demás tenemos cosas que hacer... —le dice de malas formas.

Ella lo mira con gesto serio, no irá a enfrentarse a él, ¿no? El hombre de la cola es un armatoste que estoy segura de que con un bufido lograría tumbarla sin apenas despeinarse. ¿Qué demonios hago? ¿Me estoy preocupando por ella? Que le den, tal vez una torta bien dada le baje los humos a la morenaza.

—No sea grosero, estaba atendiendo a la señorita —dice mirándome a mí.

Voy a reventar de indignación, ¡tendrá cara!

—Yo no necesito que me atienda, cómase otro caramelo y apártese de una vez, por favor —ladro enfadada.

—Por supuesto —dice cediéndome el sitio educadamente.

Estoy a punto de soltarle un par de groserías, pero antes de marcharse saca sus gafas de sol, se las pone y me derrito, qué buena que está la muy soberbia. Saco dinero y salgo del banco corriendo hacia el coche, pero conforme me acerco pierdo fuelle y me van entrando los calores de la muerte porque ya estoy viendo el papelito amarillo bajo el parabrisas de mi luna delantera.

—¡Mierda! —grito enfurecida en cuanto llego.

Cojo la multa y me quedo perpleja, ¡cien euros! Cincuenta si la pago dentro del plazo que me indican. ¿Pero qué demonios se han pensado en este ayuntamiento? Maldigo a la morena del cajero, espero que el karma actúe y su día sea tan malo como lo empieza a ser el mío. Meto la multa en el bolso de malas formas y me pongo en marcha para enfrentarme a la arpía esa de la señora Bulcard, pensando que quizá hoy debería haberme quedado en la cama.

Ya estoy llegando a Sistemas Informáticos Bulcard con toda la desgana que me provoca la situación. Me siento como un peón, utilizada tanto por mi jefa como por la propia Amanda. Ambas quieren algo, y como no se soportan, soy yo la que tiene que interceder por ellas y comerse el marrón. Llego a la caseta de seguridad y me identifico con el guardia.

—Claudia Martínez, tengo una cita con la señora Bulcard.

Tras hacer una llamada, me entrega una tarjeta de visitante con una cinta de un naranja fosforito que casi me deja ciega.

—Cuélguesela del cuello —me ordena.

Hago lo que dice resignada, me cuelgo la cinta y me abre la barrera.

—Siga las flechas del suelo hasta la entrada principal y aparque donde pueda.

¿Dónde pueda? Un edificio de catorce plantas con jardines por doquier, decorado con fuentes e incluso con una rotonda en el interior, ¿y me dice que aparque donde pueda? ¿Es que no tienen un espacio delimitado para tal fin? Descubro la respuesta en cuanto llego a la entrada. Hay un aparcamiento enorme, pero está a reventar de coches. En mi humilde opinión, podrían gastarse un poco de dinero y hacer una ampliación, porque tienen sitio de sobra. En fin, empiezo a pasar lentamente por los pasillos, observo con tanta atención para ver si veo un hueco que me siento como un halcón en busca de una presa. Cuando voy por el cuarto pasillo, veo un aparcamiento vacío al otro lado, en el quinto pasillo, así que acelero como una poseída y justo cuando me estoy encarando para entrar marcha atrás, aparece un coche negro y entra de cara. ¡Tendrá morro! Si estuviera en la calle me pondría a tocar el claxon como una loca, pero aquí no me parece apropiado, eso sí, no toco el claxon, pero a quien sea le voy a decir cuatro palabras. Me bajo del coche, enfoco mi objetivo y me dirijo hacia él con paso decidido.

—Ese sitio era mío, ya está quitando el coche de ahí ahora mismo —exijo cuando la puerta del conductor se abre.

De pronto se baja una mujer, que me mira y hace que me detenga en seco. ¡Es la morenaza del cajero! Tiene que ser una broma, esto no puede estar pasando.

—Vaya, usted otra vez. ¿Me está siguiendo? —dice sonriente ignorando mi petición.

—¿Encima de engreída es sorda? —le grito irritada—, quite el coche de ahí ahora mismo, ese es mi sitio, yo he llegado primera.

Se gira y mira su aparcamiento con las cejas alzadas antes de volver a mirarme a mí.

—No veo escrita su matrícula en ninguna parte, así que si me disculpa, llego tarde —dice colgándose la cinta naranja con la tarjeta mientras camina.

—Yo también voy a llegar tarde por su culpa, ¡y me debe cien euros, grosera!

Se detiene en seco, se gira lentamente y camina hacia mí. Estoy desesperada y frustrada, está claro que no va a quitar el coche, lo cual me indigna, pero su chulería me gusta y me pone al mismo tiempo.

—Es usted muy desagradable, señorita —dice quitándose las gafas para hablar conmigo.

Madre mía, qué ojazos. En el banco no me había fijado, pero son de un color verde intenso que, mezclado con su moreno natural, la vuelve irresistible. Una pequeña ráfaga de aire me hace llegar su aroma y tiemblo. ¡Qué bien huele, joder!

—¿Puedo saber por qué le debo cien euros? —pregunta educadamente.

—Me han puesto una multa por su culpa —digo recuperando mi enfado de nuevo.

—¿Me deja verla? —me pide sonriente.

Abro el bolso y veo cómo me tiemblan las manos. Mi enfado crece y crece por momentos, ¿cómo me puedo sentir tan atraída por una mujer tan soberbia? Le entrego la multa y cuando la coge sus dedos me rozan, siento un escalofrío recorrer mi cuerpo y todo el vello se me eriza por el contacto.

—Ha aparcado donde no debía, eso no es culpa mía, ahora si me disculpa —dice devolviéndome la multa y dejándome con la palabra en la boca.

Resoplo porque tengo las mismas ganas de estrangularla que de acostarme con ella. Guardo la multa por segunda vez y me meto en el coche, aparco en el séptimo pasillo y mientras camino hacia la entrada principal con mis taconazos durante casi doscientos metros, la maldigo una y otra vez. Cuando llego tengo calor y estoy de muy mal humor, por suerte la chica de recepción es muy amable y me indica que para subir a la última planta, debo coger los ascensores del fondo del pasillo y no los principales.

—Muchas gracias.

—De nada, cuando llegue a la última planta diríjase a la izquierda cuando salga del ascensor, allí encontrará a Aurora, ella la llevará con la señora Bulcard.

—Gracias otra vez.

Capítulo 9

Voy al fondo del pasillo y agradezco que no haya nadie esperando el ascensor en ese momento porque necesito relajarme un poco antes de encontrarme con esa víbora de la señora Bulcard. Por fin llega y está vacío, lo que me produce una alegría difícil de describir. Entro y pulso el botón de la última planta, pero cuando la puerta comienza a cerrarse, escucho a alguien gritar que espere, y como soy muy educada, paso la mano por delante del detector y las puertas vuelven a abrirse. La morena que me acaba de quitar el aparcamiento entra bajo mi atenta mirada de incredulidad y lo inunda todo con su exquisito aroma. Debería ponerme a gritarle y a dejar salir la frustración que me hace sentir, pero también me ha provocado otras sensaciones a las que ahora no soy capaz de enfrentarme, es como si, de repente, y solo en este instante, ya no me quedasen fuerzas para pelearme más con ella y, cuando la miro, se me escapa una sonrisa irónica que me hace ser consciente de lo mucho que me atrae. Las puertas se cierran, el ascensor se pone en marcha y ella me traspasa con la mirada.

—Está usted muy guapa cuando sonrío, debería hacerlo más a menudo —dice con aire seductor al mismo tiempo que se acerca.

Siento que me arde todo el cuerpo, tenerla tan cerca hace que me sienta débil, vulnerable y dispuesta a lo que ella me pida. ¿De verdad me pone tanto con lo grosera que ha sido?

—Empiezo a pensar que es usted quien me sigue a mí —digo mostrando firmeza—, tal vez debería denunciarla por acoso.

—Tal vez —responde ella muy segura de sí misma, en un susurro que me hace abrir los labios y suspirar.

Sigue avanzando con la mirada clavada en mis ojos y yo retrocediendo mientras se la mantengo, hasta que me topo con la pared y pego mi espalda a ella, sorprendiéndome gratamente al ver que ella no se detiene hasta que su cuerpo queda pegado al mío y noto sus manos colocarse a cada lado de mi cintura. Es como tener un río entre mis piernas, de pronto me dan igual todas las groserías que le he aguantado a la morena y solo pienso en lo mucho que deseo que me folle. Mi respiración se acelera y ella observa con agrado y un aire de misterio el sube y baja de mis pechos desde una posición que le permite ver mi canalillo. De pronto, uno de sus brazos se estira y de un golpe seco, aprieta el botón rojo de emergencia, provocando que el ascensor se detenga y salte una alarma.

—¿Qué coño haces? —pregunto alucinada y obviando unas formalidades que está claro que ya no necesitamos.

En un movimiento rápido que casi no he visto, pero que he sentido hasta el punto de que mi sexo palpita sin control, me sube la falda y me encuentro con los brazos detrás de su cuello y una pierna alzada a media altura porque ella me la sujeta por debajo de la rodilla mientras me mira como si fuera un caramelo que piensa chupar hasta que se acabe.

—Tenemos cinco minutos antes de que los de mantenimiento abran la puerta —asegura mientras besa mi cuello y yo me dejo hacer sin ser capaz de negarle nada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto atontada.

—Suelo venir por aquí a menudo, conozco al encargado —esta vez me roza un pecho con los dedos.

No doy crédito a lo que me pasa, llevo media mañana cabreada como una mona con esta chica y ahora mismo solo siento unas ganas terribles de follar con ella. ¿Me estoy volviendo loca? Tal vez, pero ahora que la tengo tan cerca, me parece todavía más atractiva e interesante, y que todo esto esté pasando tan rápido y sin buscarlo, me parece tan surreal como excitante.

—Me sobran dos minutos —digo sin aliento mientras la beso.

Me aplasta contra la pared y con su mano libre desabrocha su pantalón, invitándome a meter la mano por debajo de la tela de sus bragas. Ella aparta las mías hacia un lado y lo que pasa a continuación, me cuesta mucho describirlo porque soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea disfrutar de este momento con ella.

Mis gemidos aumentan y se mezclan con sus suspiros suaves y enloquecedores. La chica misteriosa me acaricia con pericia provocándome corrientes de deseo que me dejan sin aliento.

—Joder —suspiro casi sin voz cuando me penetra.

La morena se mueve en mi interior al ritmo de una locomotora y exploto, no puedo más y me sumo en un orgasmo tan devastador, que la vista se me nubla. No suelo gritar tanto, pero esta vez no puedo controlarme y jadeo sin control cuando ella comienza a correrse y, tras un grito salvaje que parece que va a desgarrar su garganta, se detiene y apoya su cabeza en mi hombro. Estoy sudando y un poco desorientada, pero no hay tiempo para recuperar el aliento porque, al instante, escuchamos voces al otro lado de la puerta. Alguien dice que no nos preocupemos, que ya están aquí y que van a liberarnos. La chica misteriosa me suelta y, aturcidas, ambas nos adecentamos como buenamente podemos. No tengo tiempo ni de mirarla a la cara, la puerta se abre y salgo con la cabeza agachada hacia la izquierda como me ha dicho la recepcionista. Mientras camino con decisión y la poca dignidad que me queda, escucho cómo ella habla con aquellos hombres, no entiendo lo que dicen y tampoco me importa, acabo de ver los baños y entro directa.

Mi aspecto es desastroso. Estoy sudorosa, tengo mechones de pelo pegados por la cara, la blusa mal colocada y la falda torcida, pero sonrío porque acabo de echar un polvo impresionante y me siento sumamente satisfecha. Me lavo y me adecento lo mejor que puedo, ya es la hora y no quiero hacer esperar a la arpía, pero cuando estoy a punto de cruzar la puerta del baño, me detengo y sonrío al darme cuenta de una cosa muy importante: he follado en un ascensor, y eso está en mi lista, así que ya puedo tacharlo. Estiro los labios en una sonrisa amplia, con más satisfacción que nunca porque no solo he tachado una cosa de la lista sin buscarlo, sino que con ello he contribuido a mantener el número cero: follar mucho.

Orgullosa, voy hasta el final del pasillo y me encuentro con la tal Aurora, a la que le sonrío ampliamente en cuanto la veo.

—¿Claudia Martínez?

—La misma —digo sin dejar de sonreír como una tonta.

—Ya puede pasar —indica abriendo la puerta doble de un despacho y cediéndome el paso.

Cuando entro, lo primero que hago es echar un vistazo rápido por toda la estancia. El despacho es enorme, de hecho, más que un despacho, parece una casa. ¿Es que esta mujer vive aquí? La localizo, está sentada en un cómodo sofá, vestida con un pantalón fino,

camisa y americana a juego con el pantalón, muy elegante. Detrás de ella hay una mujer trajeada de espaldas sirviendo agua en tres vasos. Así de primeras no la reconozco, pero cuando se da la vuelta y me enfoca, me quedo sin respiración y el bolso se me cae al suelo. Es ella, es la morena impertinente del cajero, la imbécil desagradable del aparcamiento y la mujer que me acaba de follar satisfactoriamente en el ascensor. Por su cara de sorpresa, deduzco que tampoco esperaba verme aquí, pero enseguida se recompone y me sonrío.

—Un placer, señorita Martínez —dice devorándome con la mirada.

Deseo inmensamente que la tierra me trague en este instante, pero tengo que parecer profesional, así que cojo mucho aire e intento recomponerme yo también.

—¿Y usted es? —pregunto aturdida.

—Moirá Bulcard, abogada y nieta de la señora Bulcard.

Capítulo 10

Genial, mi jefa se acostó con el hijo y yo acabo de tener un revolcón con la nieta.

—Marta, cariño, no te quedes ahí, ven a saludar a la abuela —me dice la señora Bulcard extendiéndome los brazos con una amplia sonrisa.

Abro los ojos enormemente y miro a Moira sin entender nada, pero ella apoya el culo en el mueble que hay justo al lado de su abuela y sonrío al contemplar la escena.

—Vamos, Marta —me anima con tono burlón—, dale un abrazo a tu abuela.

Será descarada, es obvio que su abuela me está confundiendo con alguien, pero si Moira piensa que este contratiempo va a hacer que me amedrente, está muy equivocada, así que me acerco con recelo a la que en lugar de una víbora como esperaba, parece más la abuela de la amiga de Heidi. Cuando llego hasta ella, la abuela Bulcard me abraza con fuerza y suspira de alegría como si llevara tiempo sin ver a la tal Marta. Yo siento como mis costillas se comprimen entre sus brazos mientras reparte decenas de besos en mis mejillas y me genera confusión, porque la mujer es tan adorable, que finalmente me abandono al abrazo y se lo devuelvo con una sonrisa.

—Qué alegría verte, cariño —susurra en mi oreja.

Moira se ríe con descaro y yo también lo hago, no sé si divertida o por una simpatía repentina hacia la abuela.

—Te echaba de menos, abuela —digo sonriente mientras miro a su nieta.

Finalmente, me suelta con satisfacción y se deja caer en el sofá con agilidad.

—¿Es que no piensas saludar a tu tía Roberta? —pregunta señalando a Moira.

Todo me parece cómico y pienso que en cualquier momento aparecerá la cámara oculta, pero hasta entonces, decido dejarme llevar por la situación y respondo con alegría ante el gesto de Moira.

—Dale un abrazo a tu tía, mi vida —dice abriendo sus brazos para recibirme.

Le doy un abrazo y ella me acomoda contra su cuerpo, donde inspiro con fuerza y vuelvo a inundarme con su aroma mientras me da un tierno y cálido beso en la mejilla con muy poca inocencia, después otro en la frente y, finalmente, me retiene un momento entre sus brazos.

—¿Quién es Marta? —susurro muy cerca de su oreja.

—Mi prima...

—Acabamos de follar en el ascensor —digo aturdida.

—Cierto, y me ha encantado, cuando quieras repetimos —contesta satisfecha.

—Eres una imbécil, ¿por qué no me has dicho quién eras? —pregunto golpeando su espalda sin que la abuela me vea.

—No me has preguntado.

—Llevas una tarjeta de visitante colgada del cuello —mascullo entre dientes y señalo la evidencia.

—He olvidado la mía. Me pones mucho cuando te enfadas, Claudia Martínez —suelta y se queda tan tranquila.

—Que te den, tía Roberta —digo apartándome de ella con todo mi pesar.

—¿Qué cuchicheáis? —pregunta mi supuesta abuela.

—Nada, madre —responde Moira con seriedad, haciéndose pasar por la que entiendo que es la hija de la señora Bulcard—, solo le preguntaba a nuestra querida Marta si la han tratado bien desde que ha llegado.

La fulmino con la mirada y ella se muerde los labios. Si la abuela no estuviera delante, le arrancaría la ropa y le enseñaría cómo soy yo cuando estoy cabreada.

—¿Te han tratado bien, cariño? —se interesa la señora Bulcard.

—Sí, abuela, el trato ha sido muy satisfactorio.

Moira sonrío. Yo me deshago y al mismo tiempo me enfado conmigo misma por permitir que esta mujer ejerza este efecto casi enfermizo sobre mí.

—Madre, discúlpanos un segundo, quiero enseñarle a Marta las fotos del viaje.

—Claro, hija —dice ella, que coge una revista y se pierde en el mundo del cotilleo.

Su nieta se retira unos metros por detrás de la abuela y yo la sigo hasta que se detiene junto a un escritorio. Moira me ofrece una silla y ella se sienta en otra, está tan cerca de mí que sus rodillas están rozando las mías y siento como la corriente recorre mi cuerpo.

—¿Me parezco a tu prima Marta? —pregunto intrigada antes de que ella pueda hablar.

—No, qué va. Eres mucho más guapa que ella, aunque está claro que te faltan sus buenas maneras.

—Que te den —digo atontada por el cumplido sin dar importancia a su segundo comentario—. Y si no me parezco, ¿por qué cree que soy ella?

—No lo sé, no sabemos qué pasa en esa cabeza suya. Si te sirve de consuelo, yo tampoco me parezco a mi tía, hoy soy ella, aunque ayer era Susan Sarandon.

Me entra la risa y ella se encoge de hombros con gesto divertido, hasta que finalmente ambas nos serenamos y su gesto cambia y de pronto parece una abogada de verdad.

—Como habrás podido comprobar, el estado de demencia de mi abuela es importante. Tienes entre treinta y cuarenta minutos antes de que vuelva en sí, entonces saldrá la bruja que lleva dentro y tu estancia aquí puede convertirse en algo infernal —explica como quien habla del tiempo.

Me asusto ante sus palabras y la frialdad con la que lo dice. Mi mirada se dirige de inmediato hacia la abuela y soy incapaz de imaginar a esa adorable anciana diciendo una grosería.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Hazle tus preguntas como si hablaras con ella, como una nieta que quiere saber algo sobre su abuela. Ahora mismo no recuerda ni su nombre, pero si le hablas de la empresa recuerda hasta la fecha de inauguración —dice con asombro—, si vuelve en sí no conseguirás gran cosa, así que aprovecha.

—¿Cómo voy a preguntarle a una mujer que no está en sus plenas facultades? ¿Eso es legal? —pregunto preocupada.

—Soy su nieta y también su abogada, si dice algo que pueda perjudicar a la empresa, te prohibiré que lo publiques, por lo demás, no hay censuras. Adelante —dice señalando a la abuela.

Me levanto y me siento justo enfrente de la señora Bulcard. Moira lo hace a su lado y como si de una obra de teatro se tratara, adorno la primera de mis preguntas y la abuela arranca a hablar entusiasmada.

—Abuela, ¿me cuentas otra vez cómo creaste la empresa? Me encanta oír esa historia... —le pido con cariño.

Moira me mira con sorpresa ante mi habilidad para meterme en el papel de Marta y yo me encojo de hombros y la miro divertida mientras la encantadora abuela, habla sin parar. Su nieta y yo nos quedamos embobadas escuchándola. La mujer pasó grandes dificultades para llegar a donde ha llegado y mayormente fue por el hecho de que era mujer y nadie apostaba por ella. Puede que sea una bruja en su estado natural, pero yo la admiro, ha luchado toda su vida para levantar esta empresa y, además, ha tenido que demostrar constantemente su capacidad.

Después de media hora donde con esa única pregunta, ha contestado sin saberlo a todas las que mayormente me interesaban, de pronto se gira hacia Moira con una sonrisa maliciosa.

—Hija, ¿sabes que engañé a tu padre con tu tío Francisco?

Al principio los ojos se me abren como platos debido a la sorpresa, aunque segundos después, me muerdo la lengua para no reírme ante la confesión de la abuela, pero sobre todo intento no hacerlo por la cara de pasmo que se le ha quedado a Moira, porque es todo un poema.

—¡Abuela! —la reprende sorprendida.

—Hija, no me llames abuela que me haces sentir mayor —se queja ella.

—Perdona, mamá —contesta Moira con resignación.

Qué bien me lo estoy pasando. Ahora me alegro enormemente de que Silvia se acostara con uno de los hijos de esta mujer y por eso me enviara a mí a la entrevista. Moira me mira con los ojos muy abiertos.

—Lo sé, tranquila, solo nos interesa lo que tiene que ver con la empresa, no se lo contaré a nadie —le digo al notar su preocupación.

—Soy una rebelde —sigue la abuela tapándose la boca con las manos y un gesto travieso.

—Madre, no deberías hablar de estas cosas delante de Martita, ¿qué valores quieres enseñarle? —le dice Moira divertida, tras asumir que nada va a detener la verborrea de su abuela.

Las dos nos miramos y soltamos una carcajada, está claro que la abuela ha hecho una regresión a su juventud y ahora mismo se siente muy malota.

—Tienes razón, hija. Marta, cariño, no hagas caso de la abuela, que solo dice tonterías —dice guiñándome un ojo.

Joder con la abuela.

Le lanzo una pregunta para dirigirla de nuevo al tema de conversación que me interesa y de paso sacar de un mal trago a su nieta, que me lo agradece con un guiño cuando ve que lo consigo. La abuela de nuevo se sumerge en el mundo empresarial, me cuenta cómo consiguió destacar por encima de la competencia, y la importancia de tener contactos. Tras eso me cuenta que tiene dos carreras, después dice que tiene hambre y le pregunta a Moira si ha dado de comer a un gato que al parecer murió hace años, está claro que se está perdiendo y su nieta me mira pidiendo disculpas con la mirada.

—No pasa nada —susurro.

La abuela sigue, ahora se quita un zapato y lo deja sobre la mesita ante mi cara de asombro, como si fuera un elemento necesario en la conversación. Ella sigue hablando y yo la miro esperando su siguiente proeza cuando de pronto se calla y empieza a mover la mandíbula como si tuviera algo molesto en la boca.

—¡Mierda! —dice Moira asustándose.

Se levanta con rapidez, me coge de una mano y tira de mí con tanta fuerza, que al levantarme me tropiezo y me estampo contra su cuerpo. Durante una fracción de segundo, nuestras miradas vuelven a conectar y estallan los fuegos artificiales, pero Moira rompe el momento para rodearme con un brazo y arrastrarme con ella hasta separarnos unos cuantos metros de la abuela.

—¿Qué se supone que haces? —pregunto sorprendida.

—Salvarte la vida —asegura ella sin dejar de mirar a su abuela.

—¿Salvarme? —pregunto confusa.

—Observa —dice convincente, señalando a la abuela.

La miro y me quedo absorta. La señora Bulcard sigue moviendo la mandíbula y está muy concentrada. No entiendo nada, pero por si acaso me quedo junto a Moira, que por cierto sigue teniendo su mano en mi cintura y yo las mías en la suya.

—Ya está lista —anuncia Moira sin apartar la mirada de la abuela—, tres, dos, uno... Fuera.

De pronto, la abuela suelta un escupitajo que sale de su boca como un misil y se empotra contra el respaldo del sillón en el que yo estaba sentada.

—¡Joder! —grito con asombro.

—Si mi abuela comiera balas para desayunar, toda la familia estaría muerta —dice Moira divertida—, de nada, por cierto.

—Gracias, gracias, gracias —le digo con sinceridad—, si llega a darme no lo hubiera superado en la vida.

—Lo entiendo, yo casi tengo que ir a un psicólogo la primera vez.

—¿Te dio? —pregunto horrorizada, con una mueca de asco mientras la abuela observa su obra con atención. ¿Es que espera encontrar algo entre sus babas?

—En la falda, después de eso me convertí en ninja y ahora soy experta esquivando sus gargajos —afirma con orgullo.

La abuela se pone en pie y nos mira con detenimiento. Las dos seguimos muy juntas, pero como Moira no se mueve, yo tampoco lo hago, porque ella conoce las reacciones de la abuela y yo no.

—Oh, oh —dice ella cuando el gesto de la abuela se tuerce.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

—¡¿Quién es esa zorra, Moira?! —pregunta de repente con gesto furioso.

Mi cuerpo reacciona, me asusto ante la mirada asesina de Amanda Bulcard y me agarro con más fuerza a Moira.

—Es una amiga, abuela, haz el favor de no faltarle al respeto —responde enfadada.

Nos da un repaso visual y se acerca enfurecida, sin apartar la mirada de mí. La imagen da mucho miedo, sus ojos están encendidos y camina cojeando porque le falta un zapato.

—Tranquila —susurra Moira.

Tranquila, y una mierda, esa mujer me está fulminando con la mirada.

—¡¿Vienes a quedarte con el dinero de mi niña?! —me grita exigente.

—Solo he venido a hacerle una entrevista —me defiende nerviosa.

—Yo no concedo entrevistas, y si eso fuera cierto, ¿por qué estás pegada a ella como una lapa?

No sé qué responder ante eso, la situación es muy incómoda y no encuentro argumentos, pero parece que su nieta sí.

—Es mi novia, abuela —afirma ella con una serenidad que no comprendo—, así que

haz el favor de ser agradable, he venido a presentártela —le pide apretándome contra ella con gesto protector.

Amanda me mira, me observa y me estudia. Yo casi no respiro.

—Disculpa, bonita, a veces me pierden las formas, pero es que mi niña es muy guapa y todas la persiguen por su fortuna, ninguna se molesta en conocer a la increíble mujer en la que se ha convertido. Soy Amanda —dice extendiéndome la mano.

—Claudia —contesto aturdida al mismo tiempo que le devuelvo el saludo.

La nueva reacción de la abuela me deja boquiabierta, no sé si es ella o si su cambio de actitud repentino es fruto de la demencia, pero la situación se relaja y tras un par de frases más, Moira le dice que tengo que irme y me acompaña hasta la puerta.

—Ha sido un placer, señorita Martínez —susurra estrechando mi mano con una sonrisa pícara.

—Lo mismo digo, señorita Bulcard.

—Desde luego, yo no entiendo a esta juventud —se queja Amanda, que nos observa desde el fondo del despacho—, dejaos de formalidades y besaros como Dios manda —ordena con fastidio.

El pulso se me acelera y no sé cómo reaccionar, pero como siempre, Moira toma la iniciativa y me estampa un beso increíble que me deja sin aliento. Su lengua entra en mi boca con descaro y yo me dejo llevar por sus movimientos una última vez.

—Ya puede irse, señorita Martínez —susurra divertida en cuanto nos separamos.

—Sí, acabo de recordar que tengo que pagar cien euros de multa porque una imbécil me ha hecho perder el tiempo en el banco —digo mientras me alejo de ella.

—¡Espero que al menos fuera guapa! —grita Moira desde la puerta.

Sin girarme, levanto el brazo derecho y le enseño mi puño con el dedo corazón alzado.

—Toda una señorita... —oigo que comenta mientras sonrío.

Por la tarde en la oficina, no puedo dejar de pensar en lo sucedido en el despacho y cada vez que pongo la grabación de la entrevista, me da la risa.

Al llegar a casa me doy una ducha reparadora e inspiro por última vez el aroma de Moira en mi ropa antes de echarla al cubo de la ropa sucia. Después de una cena ligera, abro la puerta de mi armario y con mucha satisfacción, trazo una línea sobre la acción número uno: follar en un ascensor. Si sigo a este ritmo, voy a tardar menos tiempo de lo que esperaba en completar mi lista, así que cojo el portátil y empiezo a escribir el capítulo dos.

Capítulo 11

Me he despertado antes de mi hora y estoy un poco melancólica. No he descansado bien esta noche debido a que he soñado que mi amigo Raúl y yo nos hacíamos un tatuaje juntos, él se tatuaba mi nombre en élfico y yo el suyo. Soñar con él me ha alegrado porque he podido verle con mucha nitidez, todo era muy real y Raúl me ha regalado varias de sus increíbles sonrisas, pero también me entristece porque lo echo mucho de menos, nadie sabe cuánto.

No dejo que ese sentimiento se apodere de mí, sé que mi amigo no lo hubiese querido, así que me levanto, me doy una ducha y me preparo el desayuno. Recuerdo lo sucedido el día anterior y una sonrisa se dibuja en mi rostro por fin. Pienso en Moira y de pronto me invade el terror, ¿tendrá novia? ¿Me he convertido en una versión cutre de mi jefa? Corro a por el portátil y, mientras me bebo el café con leche, la busco en Google. No hay muchas fotografías de ella, y en las pocas que sale, lo hace acompañada por algún miembro de la familia. Eso sí, está guapísima en todas.

¿Estoy babeando?

Tengo que reconocer que, aunque es un poco imbécil, en el fondo me cae bien y me ha dejado una pequeña huella. Sé que no volveré a verla más porque ella y yo pertenecemos a mundos completamente distintos, pero en general, pasé una mañana divertida a su lado y me siento privilegiada por haberla conocido. Si las solteras de España se enterasen de lo que pasó en ese ascensor, me convertiría en la envidia de todas.

Este viernes no tengo tanta suerte en el trabajo, Silvia está en modo jefa exigente y quiere la transcripción de la entrevista acabada para hoy. ¡Como si fuera lo único que tengo que hacer! Me habría encantado echarme otra siesta, pero salgo tan tarde de la oficina, que de lo único para lo que tengo tiempo es para darme una ducha rápida, vestirme, arreglarme un poco y bajar corriendo porque Adriana y Manuela me esperan para cenar antes de ir a tomar algo al bar de ambiente.

—¿Qué tal el día? —me pregunta Manuela mientras esperamos a que nos sirvan.

Mis tripas rugen suplicantes y yo me muevo pensando absurdamente que si lo hago, dejarán de armar escándalo, pero no es así, se han revolucionado tanto que noto incluso como se me mueven.

—¿Son tus tripas? —pregunta Adriana con asombro.

—Sí —contesto avergonzada.

—Madre mía, ¿cuántos días llevas sin comer? —dice soltando una carcajada.

—Cuatro horas y veintitrés minutos.

El camarero aparece por fin y deja el primer adelanto de todas las tapas que hemos pedido; patatas bravas. Tengo tanta hambre que, en cuanto las veo, un impulso descontrolado mueve mi mano, cojo un tenedor, pincho dos y, tal y como entran en mi boca, salen escupidas. ¡Me acabo de achicharrar la lengua!

—Joder —me quejo abanicándome con la mano.

Mis amigas me miran y se ríen, pero los chicos de la mesa de al lado también y eso ya

no me hace tanta gracia, qué vergüenza.

—¿Es que nadie te ha enseñado a soplar? —pregunta Manuela.

La ignoro, me duele tanto que lo único que se me ocurre es sacar la lengua y meterla dentro de mi vaso de Coca Cola. Las carcajadas de todos son tan fuertes, que al final yo también acabo riendo. Cenamos con mucha calma, Adriana quiere hacer algo de tiempo para que el local de ambiente se llene un poco y, mientras tanto, nos pedimos unas cervezas en el mismo bar que hemos cenado.

—¿Estás preparada para tachar la segunda cosita de tu lista? —pregunta Adriana.

—En caso de que pase, sería la tercera —afirmo satisfecha.

—¿Ya has hecho otra? —pregunta Manuela sorprendida.

—Sí. Ayer follé en un ascensor con la chica más guapa que hayáis visto nunca.

Las dos me miran incrédulas, así que, para confirmar mi versión, les narro todos los hechos y, finalmente, les muestro una foto de Moira que me he descargado de Internet. Está guapísima, por cierto.

—No me puedo creer que te hayas acostado con Moira Bulcard —dice Manuela—, es la soltera de oro en esa familia, cualquier tía mataría por estar con ella, o tío si fuera hetero, que gracias a ti, ya sabemos que no.

—¿Es que la conocéis o qué?

—Claro, es clienta habitual —me comenta Adriana como si nada—, cuando abrimos la peluquería, apareció una mañana en la que estábamos a tope y nos suplicó que le cortásemos el pelo, dijo que tenía un compromiso importante y que su peluquería habitual la había dejado tirada. Desde entonces viene siempre.

—¿Entonces la conocéis bien? —pregunto intrigada.

—No te hagas ilusiones; no es muy parlanchina, siempre está con el móvil en la mano, así que no hablamos mucho.

Orgullosa de haber compartido mi hazaña con ellas, nos levantamos y nos vamos hacia el garito de ambiente. Ya está bastante lleno y, como no hay mesas vacías, nos sentamos en la barra. Empiezo a observar nerviosa, no me siento incómoda por estar allí, pero tengo la impresión de que me miran demasiado. No quiero parecer una engreída, sin embargo, mire a donde mire, parece que hay una chica enfocándome y comienzo a pensar que estoy alucinando cuando Adriana me lo confirma.

—No hay nada como la carne fresca...

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—A ti, no dejan de mirarte, eres una cara nueva, Claudia, y estás buena —dice arrancándome una sonrisa bobalicona—, si te lanzas, te aseguro que hoy sales de aquí acompañada sin esforzarte mucho.

Ahora estoy muy nerviosa, y la verdad es que no me veo con ganas de intentarlo esta noche, estoy tan cansada que no tengo muchas ganas de aguantar a nadie.

—Me parece que hoy simplemente tomaré algo, no es la noche adecuada para seguir tachando deseos de la lista —les digo sinceramente.

—De acuerdo —me dicen ambas.

Agradezco que no me insistan y, una vez me quito de encima esa presión, me relajo y disfruto de una noche de copas con mis dos amigas en un lugar que sinceramente me encanta.

Llevamos ya dos cervezas cuando mi vejiga dice hasta aquí, así que me disculpo con mis amigas y voy al baño. Cuando llego, hay unas cuantas chicas antes que yo, así que me

pongo a la cola, me apoyo en la pared y cruzo las piernas con fuerza porque de repente me estoy meando mucho. La cola avanza despacio y hay un momento en el que siento que voy a mearme encima. Cambio de pierna y resoplo y, al hacerlo, la chica que está justo delante de mí, se gira y me sonríe. Es una chica de esas muy masculina, lleva el pelo rapado, casi no tiene pechos y tiene una pose muy chulesca. La observo con atención, tiene una cara muy bonita y mirada angelical, me pregunto a mí misma si me acostaría con esta chica y lo cierto es que no lo tengo claro, probablemente sí, aunque no hoy.

—¿A punto de reventar? —pregunta con una mueca comprensiva.

—Creo que falta muy poco...

—Intenta pensar en otra cosa, es lo que hago yo cuando me estoy meando tanto.

—No puedo pensar en otra cosa si me hablas de mear.

Las dos reímos ante la evidencia.

—Si quieres hablamos del calor que hace aquí dentro —dice remangándose.

Lo cierto es que tiene razón, en los baños hace más calor que fuera y, además, es un calor húmedo e incómodo, pero lo que realmente me distrae, es que al remangarse, deja al descubierto sus brazos y veo que en uno de ellos lleva un tatuaje que le cubre todo el antebrazo.

—Vaya, qué bonito —exclamo cogiendo su muñeca para mirar.

—¿Te gusta? —pregunta orgullosa.

—Me encanta —contesto con sinceridad.

—Pues me lo he hecho yo.

—¿En serio?

—Sí —afirma sonriente—, es a lo que me dedico.

—Vaya —digo sorprendida—, pues yo tengo pensado hacerme uno, tal vez podrías hacérmelo tú.

—Claro que sí, ¿ya sabes lo que quieres?

—Lo que quiero hacerme, sí, lo que no sé es dónde hacérmelo.

—Si me dices qué es, tal vez pueda hacerte algunas recomendaciones —sugiere amablemente.

Dudo un instante si decírselo o no, realmente, hasta hace unos días, no tenía ni idea de lo que quería tatuarme, pero desde que he soñado que Raúl y yo nos tatuábamos nuestros nombres, ya lo tengo claro.

—Quiero tatuarme un nombre en élfico o en alguna lengua que no se entienda.

—¿Tu nombre o el de otra persona?

—El de un amigo.

—Imagino que es un amigo importante, así que...

—Era... —la interrumpo.

No sé por qué lo he hecho, pero he sentido la necesidad de aclarar que Raúl ya no está porque hablar de él como si todavía estuviese vivo, hace que me cueste más llevar su pérdida.

—Lo siento mucho —dice ella.

—Gracias.

—Perdona esta pregunta, pero ¿era amigo o pareja? Lo digo porque dependiendo de qué fuera para ti, lo haría en un lugar u otro.

—Era un amigo —sentencio sin entrar en más detalles.

—Pues en ese caso, yo me lo haría en la cara interna del bíceps izquierdo, así siempre

estará cerca de tu corazón.

La miro mientras ella coge mi brazo y lo levanta para mostrarme donde lo haría y sonrío. Me encanta su elección, los tatuajes me gustan mucho, pero me gustan los lugares discretos y la cara interna de mi brazo me parece el lugar perfecto, sobre todo porque esta chica —que no sé cómo se llama— tiene razón, así lo llevaré siempre cerca del corazón.

—Me encanta, ¿cuándo puedes hacérmelo? —pregunto entusiasmada.

—Cuando quieras, cierro el estudio a las ocho, pásate cualquier día a esa hora y te lo hago, eso sí, avísame antes.

Nos intercambiamos los números y es entonces cuando me dice que se llama Helena. Ahora ya nos toca, y como estoy que reviento, Helena me cede su sitio amablemente. Al salir ya no está y la verdad es que tampoco me esfuerzo mucho en volver a encontrarla, estoy agotada y lo único que me apetece es volver a casa, tumbarme en la cama y no levantarme hasta que mis queridas tripas rujan exigiendo comida.

Capítulo 12

Me despierto a las once de la mañana y, cuando estoy terminando de comer un delicioso bocadillo de tortilla, me suena el teléfono. Me parece extraño que un sábado por la mañana alguien me llame y lo confirmo cuando miro la pantalla y no reconozco el número, así que descuelgo con intriga y la voz de una mujer suena al otro lado.

—¿Hablo con la señorita Claudia Martínez?

No puedo describir lo mucho que se me abren los ojos, su tono es serio y me hace sentir como si hubiera cometido un delito, ¿será agente de policía?

—Sí, soy yo —contesto con cierta duda.

—Permítame que me presente, me llamo Miriam Prado y soy la responsable del departamento de limpieza de Sistemas Informáticos Bulcard.

Mis cejas se arquean por la sorpresa y por un momento me emociono recordando a Moira, pero descarto ese pensamiento y me centro en mi interlocutora. No sé por qué me llama esta mujer ni cómo ha conseguido mi número, pero la intriga me corroe y me muero de ganas de saber lo que quiere.

—De acuerdo. ¿Puedo ayudarla en algo, señorita Prado? —pregunto con asombro.

—Eso espero —dice con un tono burlón que me mosquea un poco—, verá, hace un rato, una de las limpiadoras estaba haciendo los ascensores y ha encontrado un tanga tirado en el ascensor que accede a la última planta.

El pulso se me acelera a la vez que una auténtica sensación de vergüenza me invade hasta el alma. Intento pensar con rapidez, pero esa bruja que parece que disfruta con lo que dice, no deja de hablar y yo siento que me hago cada vez más pequeña.

—Le he pedido al jefe de seguridad que me dejara ver las grabaciones de la última semana, una prenda tan íntima debe permanecer al lado de su dueña y no me gusta quedarme con lo que no es mío, así que juntos hemos revisado las grabaciones y ¿sabe qué?

No puedo respirar, en cuanto he oído la palabra grabaciones, un pinchazo me ha atravesado el pecho, ¿eso es legal? Intento recordar si había algún cartelito que dijera que había cámaras de vigilancia en el ascensor, pero no me fijé, la verdad es que no recuerdo ni siquiera que Moira me arrancara el tanga, y mucho menos que lo tirara al suelo, pero estaba tan excitada y descontrolada por la situación, que tampoco tengo claro que todo eso no pasara.

—¿Qué? —contesto con un hilo de voz, consumida por la mayor de las humillaciones.

—Que ambos hemos descubierto lo bien que se lo pasaron usted y la señorita Moira Bulcard el jueves por la mañana, menuda forma de empezar el día, usted sí que sabe montárselo.

Ahora, mi vergüenza está dejando paso a la rabia. Una cosa es que esta mujer me llame para decir que ha encontrado mi tanga y otra que se burle de mí, y eso es lo que me está pareciendo que hace.

—Disculpe, Miriam, ¿insinúa algo?

—Nada, solo que usted debería tener más cuidado y un poco más de respeto por el trabajo de los demás, yo no tengo por qué ir recogiendo la ropa interior que usted va

perdiendo.

—Tiene razón —le contesto educadamente—, usted no debería ir por ahí recogiendo la ropa interior de las demás, lo que debería hacer es comprarse un buen conjunto y salir por ahí a ver si alguien le echa un buen polvo. Tal vez así se vuelva usted un poco más agradable, se ocupe de sus asuntos y deje de tocarme las narices con algo que no le incumbe.

—Es usted una grosera, señorita Martínez, debería pasar menos tiempo en los ascensores y más tomando clases de educación básica...

—Mira, pedazo de zorra —la interrumpo exasperada.

Si la tuviera delante ya la habría cogido de los pelos y arrastrado por todo el puto edificio.

—Como no cierres el pico me planto allí y te...

—Eh, relájate, fiera...

Me quedo muda, alguien le ha quitado el teléfono a la tal Miriam, es otra mujer, y su voz la reconozco de inmediato.

—¿Moira? —pregunto aturdida.

—Buenos días, señorita Martínez —contesta riendo.

Decir que estoy indignada es quedarme corta, noto como me hierve la sangre y solo siento unas ganas irremediables de estrangularla con mis propias manos.

—¡Serás gilipollas! —le grito.

Escucho como se ríe sin parar y eso me enfurece todavía más.

—Es la segunda vez esta semana que me llamas así —dice todavía riendo.

—Y está claro que no será la última, ¿se puede saber a qué ha venido eso?

—Solo era una broma, Claudia, ya te dije que estás muy guapa cuando sonríes. Dios, hubiera pagado por verte la cara —sigue entre carcajadas la muy tonta.

—Créeme cuando te digo que es mejor que no me la veas, si ahora te tuviera delante, te borraría esa sonrisa de un tortazo. ¿Cómo has conseguido mi número? —pregunto intrigada.

Empiezo a pensar, ahora que sé que era una broma, parece que las imágenes vienen a mi mente con más facilidad, pero sigo dudando si salí o no de aquel ascensor con el tanga puesto.

—No lo sé, le pedí a mi secretaria que lo consiguiera y lo ha hecho, nunca cuestiono sus métodos.

—¿Por qué no me sorprende? La niña acostumbrada a que se lo hagan todo, ¿es tu secretaria la mujer de la bromita?

—No, era mi prima Marta, aquella a la que suplantaste en el despacho, ¿recuerdas?

Odio a Marta, pero no tengo claro que pueda odiar a Moira, aunque haya sido para gastarme una broma, tengo que reconocer que me encanta estar escuchando su voz.

—Marta no me cae bien, y tú tampoco —añado intentando parecer enfadada.

—Te aseguro que te caerá bien cuando la conozcas.

—¿Y qué te hace pensar que eso pasará alguna vez?

—Pasará —afirma con una seguridad que me exaspera.

No entraré en su juego, si replico sé que ella también lo hará y podemos estar así toda la mañana y, aunque tengo ganas de hablar con ella, no me apetece hacerlo sobre eso.

—¿De verdad perdí el tanga? —pregunto ruborizada.

—¿No lo recuerdas? Bueno, es normal que no te acuerdes, disfrutaste tanto que

supongo que perdiste la cordura —dice contestándose a sí misma.

No puedo con su ego, cuando se pone así quiero matarla.

—Reconozco que disfruté, pero hace falta mucho más que lo que usted hizo para que yo pierda la cordura, señorita Bulcard.

—Mmm, ¿qué le parece si repetimos y esta vez me aseguro de que la pierda, señorita Martínez?

—Ni en el mejor de tus sueños.

—Venga, queda conmigo hoy, déjame invitarte a cenar —me suplica con tono socarrón.

—Quedaré contigo cuando me pagues los cien euros de la multa —exijo muy digna.

—Sabes que no fue culpa mía, no pienso pagar porque tú seas una caradura.

—¿Caradura yo? —respondo resoplando—, si hubieras tardado lo que todo ser humano normal en un cajero, habría tenido tiempo de sobra de salir sin que me pusieran una receta.

—No te excuses en mí, Claudia, asume tus responsabilidades. Si hubieras aparcado como todo ser humano normal, ahora tendrías cien euros más en tu cuenta bancaria —dice con retintín.

—Paso de hablar contigo —digo conteniendo las ganas de gritarle—, si no quieres nada más, haz el favor de colgar, tengo cosas que hacer.

Antes de que me conteste, me viene algo a la cabeza y una pregunta cubierta de indignación sale disparada de mis labios.

—¿Le has contado a tu prima lo del ascensor? ¿De qué vas? ¿Es que tú no tienes respeto por nada ni por nadie?

—Marta es mi mejor amiga y no se lo diré a nadie, no te preocupes por eso, además, necesitaba una cómplice para gastarte la broma...

Puedo imaginarme la sonrisa de victoria dibujada en su cara y no puedo con ello. Moira consigue desesperarme a la vez que gustarme, pero no pienso quedar con ella, para orgullo; el mío.

—Pues espero que ambas hayáis disfrutado mucho, adiós, Moira, que tengas un día de mierda.

No espero respuesta por su parte, simplemente cuelgo el teléfono y me dedico a comerme el resto de mi bocadillo, que ahora se ha quedado frío por su culpa. Mi móvil vibra al cabo de un minuto y cuando miro, veo que Moira me ha enviado un mensaje.

Moira: *No me doy por vencida, señorita Martínez, tarde o temprano, usted accederá y quedará conmigo. Hasta entonces, espero que su día sea tan bueno como el mío después de haber hablado con una mujer preciosa.*

Sonrío para mí. Su mensaje me ha alegrado mucho, aunque me joda admitirlo. Que Moira tenga ganas de volver a verme, aunque solo sea para follarme, me gusta. Sé que si sigue insistiendo al final accederé, pero por ahora voy a hacerme la digna y a pasar de ella olímpicamente, así que no le contesto.

Capítulo 13

Estoy preocupada, llevo más de dos semanas sin tachar nada de la lista y eso me frustra cada día más. Empecé muy bien, pero parece que ahora me he estancado y tengo que ponerle remedio, sobre todo porque también llevo todo ese tiempo sin sexo y eso me afecta al carácter, me pone de mal humor.

Es domingo y he quedado para cenar en casa de Adriana y Manuela. Cuando llego, Manuela me abre recién duchada y me dice que su novia está en el baño. No sé si preguntar o no, pero cuando Adriana aparece en el comedor con una sonrisa inmensa que no hace más que constatar la satisfacción que siente, me da mucha envidia.

—Acabáis de follar, ¿verdad? —pregunto riendo.

—No —contesta Manuela con el gesto serio—, desde luego, solo piensas en eso.

Manuela se levanta y se va hacia la cocina, yo miro a Adriana con las cejas arqueadas porque me parece un insulto contra mi inteligencia que Manuela niegue la evidencia.

—No le hagas caso, ya sabes lo pudorosa que es para hablar de estas cosas, pero sí, acabamos de follar y ha sido una pasada —confirma sonriente.

—Joder —me quejo—, llevo demasiado tiempo sin sexo.

—Define demasiado —me pide Adriana cuando vuelve su novia.

—No he tenido nada desde que me acosté con Moira...

—Decir acostarte es endulzarlo mucho, te la follaste en un ascensor —aclara Manuela de pronto.

—Vaya, parece que si hablamos sobre mí, no te importa hablar de sexo, pero si se trata de ti, es un tema prohibido.

Manuela me mira con asombro y Adriana se ríe.

—Está claro que llevas demasiado sin follar —confirma mientras las tres reímos.

—Tengo que ponerme las pilas con la lista —especifico cuando ambas me miran asustadas—, últimamente la tengo descuidada y no puede ser. Esta semana llamaré a Helena y me haré el tatuaje. Después iré a donar sangre y reservaré para saltar en paracaídas —digo convencida.

—No te embales tanto —me frena Adriana levantando una mano—. En primer lugar, primero dona sangre y después te haces el tatuaje, no estoy muy segura, pero creo que si te tatúas, deben pasar unos días antes de que puedas donar sangre. Así que invierte el orden y te olvidas. Y, en segundo lugar, para lo del salto recuerda contar conmigo, yo también quiero vivir esa experiencia.

Qué alegría me da oír eso, aunque es algo que quiero hacer, me da un miedo impresionante y no me apetece nada ir sola, así que saber que Adriana sigue queriendo saltar conmigo, es como confirmarme que todo saldrá bien porque es más difícil que nos pase algo a las dos juntas que a una sola, ¿no?

—Mmm, qué bien —digo abrazándola—, ¿y tú, Manuela? ¿Te lo has pensado ya?

—Sí, y he decidido que no, conmigo no contéis para vuestra locura. Lo he pensado y paso, a mí me gusta tener los pies en el suelo —asegura taconeando—, pero iré con vosotras, no quiero perderme vuestra cara cuando toquéis tierra de nuevo.

—Cobarde —le espeta Adriana.

—Yo lo llamo prudencia, cariño, tú y esta loca llamadlo como queráis —dice robándole un beso.

—Vale, entonces esta semana voy a donar sangre, quedo con Helena y reservo para saltar.

Por Dios, me estreso solo de pensarlo, voy a pasar de no hacer nada, a querer hacerlo todo de golpe.

—A donar sangre sí que voy —dice Manuela.

—Y yo —se apunta Adriana—, y si quieres me ocupo de reservar lo del salto, tengo una amiga que trabaja en una empresa de ocio y seguro que nos arregla un poco el precio, que eso vale una pasta.

—Perfecto —aplauzo con una amplia sonrisa.

Capítulo 14

El miércoles por la tarde quedamos en el hospital directamente para donar sangre. No me da la gana de meter el coche en el parking, así que doy unas cuantas vueltas hasta encontrar aparcamiento y al final llego un poco tarde. Cuando entro, veo a Manuela y Adriana sentadas esperando, las saludo y enseguida noto algo raro en el ambiente.

—¿Estáis enfadadas? —pregunto sentándome frente a ambas.

—¡No! —niega rotundamente Manuela, clavando la vista en la pared.

—¡Joder, qué carácter! —digo con una sonrisa.

Está claro que Manuela está enfadada, pero su gesto es tan infantil que me hace reír, y que Adriana se esté mordiendo los labios para aguantarse la risa, tampoco me ayuda.

—¿Qué le pasa?

—Nada, que está celosilla —contesta Adriana quitándole importancia.

—Yo no estoy celosa —replica con los ojos muy abiertos.

¡Qué interesante se pone esto! Si indago un poco más estoy segura de que Manuela revienta, y como no tengo nada mejor que hacer mientras espero, decido pasar un buen rato.

—¿Por qué está celosa? ¿Qué has hecho? —pregunto divertida.

Adriana me mira y sonríe, está claro que sea lo que sea lo que ha pasado, ella no le da importancia y está dispuesta a reírse de la situación.

—No he hecho nada, Claudia, verás —empieza a narrar mientras Manuela la taladra con la mirada—, esta mañana entró un chico en la peluquería y ya sabes que las peluqueras cotilleamos mucho para que todo sea más ameno...

—Bueno, algunas para hacerlo ameno y otras porque son unas chismosas y punto —me permito aclarar.

—Eso también —se ríe—, total, que el chico era muy parlanchín y me ha caído bien, y no sé cómo he acabado preguntándole si tenía novia y esas cosas... Y al final, antes de irse, me ha pedido el número. Yo no se lo he dado, obviamente, pero Manu se ha enfadado porque dice que he tonteado con él.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —pregunto decepcionada.

—No, eso no es todo —salta Manuela con la mirada encendida—, después hemos llegado aquí y el enfermero también le ha tirado la caña.

—Solo me ha llamado morena —se defiende Adriana agotada, arrastrando las palabras para asegurarse de que las entiende.

—Y tú le has sonreído —la acusa.

Qué divertido es esto, nunca las había visto discutir, y menos por una gilipollez. Como amiga de las dos, debería interceder y poner paz sin posicionarme por ninguna, pero sé de sobra que, en estos casos, siempre acaba pillando quien no debe, y como no me apetece y además creo que Manuela no tiene razón, las sigo observando.

—Me gusta que me llamen morena; llámame tú y te sonreiré a ti —le suelta Adriana con tono burlón.

—Tal vez deberías irte con él; seguro que te llama morena y otras cosas que también te gustan.

—Te estás pasando, Manu —se empieza a cansar Adriana.

Vale, parece que al final sí que voy a tener que poner orden.

—No sé por qué te enfadas por una tontería como esa, Manuela.

—No te metas, Claudia —me corta.

Veo las señales de alarma y sé que es mejor que cierre la boca, pero yo decido seguir.

—Si no quieres que me meta, habla de estas cosas en tu casa y no delante de mí. Y para tu información, te diré que te estás comportando como una cría. Adri es la tía más lesbiana que he conocido en mi vida, repele a los hombres y sabes de sobra que jamás se liaría con ninguno, no entiendo por qué te pones así.

Después de mi discurso, me cruzo de brazos y hago ver que estoy enfadada, pero Manuela me mira con los ojos muy abiertos y se me escapa la risa. De pronto comenzamos a reír las tres por lo absurdo de la situación y me entra un mensaje que me acelera el pulso de manera repentina; es Moira. Lo abro, lo leo y sonrío de otra manera.

Moira: *¿Cenamos este sábado?*

No escribo nada, solo busco el emoticono del puño con el dedo corazón levantado y se lo envío. Me contesta de inmediato.

Moira: *Adorable como siempre, ya caerás.*

Vuelvo a sonreír con la mirada clavada en sus palabras, la verdad es que me gusta que me escriba y no entiendo por qué le doy largas cuando reconozco que me encantaría volver a verla, pero quiero hacerme de rogar. Está acostumbrada a que se lo den todo masticado y yo no voy a ponérselo tan fácil.

—¿Quién es? —pregunta Manuela.

Alzo la vista y la miro, está claro que me lo pregunta a mí.

—Moira... —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Moira Bulcard? —pregunta sorprendida.

—Sí.

—No nos dijiste que os hubierais intercambiado los números.

—Y no lo hicimos, ella consiguió el mío y me gastó una broma la muy imbécil —digo intentando parecer ofendida.

—¿Qué broma? —pregunta Adriana.

Empiezo a contarles como aquella mujer desagradable —que al final resultó ser su prima— me hizo creer que había perdido el tanga. A mí no me hace ni puta gracia, pero cuanto más les cuento, más se ríen y al final acaba saliendo el enfermero para echarnos la bronca. La verdad es que el chico es un descarado, en cuanto ha salido me ha dado un repaso y de inmediato ha enfocado a Adriana. Ahora entiendo por qué Manuela está enfadada, el tío no se corta ni un pelo.

—Eh, morenita —dice en voz baja dirigiéndose a ella—, tú y tus amigas deberíais bajar la voz, esto es un hospital.

—Perdón, ya nos callamos —responde Adriana, también en voz baja.

—Tampoco es eso, mujer —dice agachándose frente a ella y tocándole una rodilla en plan cariñoso.

Esto se pone interesante, una cosa es que la llame morena y otra que la llame morenita, invada su espacio vital y que la toque. No hace falta que Manuela se enfade, está claro que la que se ha enfadado es Adriana.

—Si vuelves a tocarme tendrán que hacerte una transfusión con la sangre que voy a donar —lo amenaza sorprendiéndolo.

Me agunto la risa. ¿He dicho ya que adoro a Adriana? El chico arquea las cejas y hace una mueca chulesca, está claro que es el típico machito.

—Me gustan las mujeres con carácter —afirma con media sonrisa.

—¿Sabes lo único que tenemos en común tú y yo? —lo corta Adriana.

—¿Qué?

—Que a los dos nos gustan las mujeres —contesta guiñándole un ojo.

El chico se queda mudo y, durante un momento, no se mueve. Manuela me mira y le hago un gesto con la cabeza, y ni corta ni perezosa, coloca una mano en la cara de Adriana, la hace girar hacia ella y le planta un beso con lengua que hasta a mí me ha puesto cachonda. El enfermero se levanta y desaparece sin decir nada más mientras las tres volvemos a reír, eso sí, más flojito.

—Bueno, volvamos a lo importante —reconduce la conversación Adriana—, ¿qué quiere Moira?

—Que quedemos. El otro día ya me lo pidió y como le dije que no, ahora insiste, supongo que es una cuestión de orgullo —digo tranquilamente—, su objetivo es que acceda, cuando lo haga me follará y después a otra cosa.

—Esa chica puede follarse a cualquiera, Claudia, tal vez contigo quiera otra cosa —opina Adriana.

—No quiere otra cosa, su problema está en que, como has dicho, puede follarse a quien quiera. No está acostumbrada a que le digan que no, y que yo lo haya hecho es algo nuevo para ella y le divierte, no es nada más que eso.

La verdad es que al escuchar mis propias palabras me enfado. Pensar que tengo razón y que esos son sus motivos me cabrea mucho, pero la realidad es la que es, y tarde o temprano accederé porque sinceramente, yo también quiero volver a follar con ella.

—Pues a mí Moira no me parece ese tipo de chica —me sorprende Adriana—, no habla mucho, ya te lo dije, pero parece una tía legal y yo no suelo equivocarme con la gente.

Estoy a punto de ponerme a pensar que ojalá que Adriana tenga razón, pero ya nos toca y no tengo tiempo para eso. En cuanto entro, siento algo de miedo y no paro de hacerle preguntas al enfermero que le ha tirado la caña a Adriana, y creo que, el chico, en el fondo lo agradece, parece que quiere evitarla.

—¿Cuánta me vas a quitar? No me dejarás seca, ¿no? ¿Me dolerá mucho? —lo acribillo nerviosa.

—Solo es un pinchazo de nada —me responde tranquilo.

—Au —me quejo.

A mí no me ha parecido un pinchazo, casi he notado como se me abría la carne.

—Me darás un bocado, ¿verdad? No quiero desmayarme cuando salga. ¿Es muy grande? Porque tengo un hambre que me muero.

—Por Dios, Claudia, cállate ya —exige Manuela mientras Adriana se ríe.

Cuando salimos, nos sentamos en un banco de la entrada y miro desilusionada el zumo que me han dado, ¿con esto esperan que me recupere? Las tres nos bebemos el jugo mientras observamos pasar a la gente. Ellas no sé en lo que piensan, pero lo único en lo que pienso yo, es en las ganas que tengo de llegar a casa para tachar mi deseo número nueve de la lista y continuar escribiendo en mi libro.

En casa me quito la tirita y miro el agujerito en mi piel con satisfacción. Me ha hecho sentir muy bien lo que he hecho, sé que ese pequeño gesto que no me ha costado nada, podría salvarle la vida a alguien y eso me hace sonreír, ya hemos quedado en que

volveremos a hacerlo cuando pase el tiempo prudencial.

Después de cenar, cojo el móvil porque quiero enviarle un mensaje a Helena para quedar una tarde de estas y que me haga el tatuaje, pero al mirar la pantalla, me encuentro un mensaje de Adriana.

Adriana: ¡Hola, loca! Como seguro que no te acuerdas, aquí estoy yo, mañana es el cumple de Manu, felicítala o estás muerta. Por cierto, he decidido organizarle una fiesta sorpresa el sábado en casa, sobre las ocho, así que ni se te ocurra hacer planes. Ella estará hasta esa hora en casa de una amiga y tú podrías venirte sobre las seis y echarme una mano con los globos y esas cosas. ¿Cuento contigo?

Aborto la misión del tatuaje y la dejo para la semana que viene, esta ya me estoy estresando.

Yo: A las seis me planto en tu casa, morena.

Adriana me envía un montón de caras sonrientes.

Adriana: Como te lea Manuela, te pega, ¿a que te habías olvidado de su cumple?

Yo: Sí. Gracias por avisar, te debo una.

Adriana: Recuérдалo, seguro que algún día me la cobro.

Yo: Apuntado.

Capítulo 15

El viernes parece que va a ser un buen día, Silvia me ha dejado salir pronto del trabajo y he tenido tiempo de sobra para ir a comprarle un regalo a Manuela. Ayer me fue imposible, pero la felicité a primera hora de la mañana y se puso muy contenta.

Ya estoy en su casa y Adriana y yo llevamos media hora sin parar de inflar globos, estoy hasta el gorro, y lo peor es que ahora toca atarlos con hilo y colgarlos por todas partes.

—No es necesario colgar tantos, Adri, ni que fuera una cría —opino mirando el techo.

—A veces lo es —responde de broma—, solo unos pocos más, quiero que le guste, Claudia, y que lo recuerde para siempre.

—No creo que se le olvide, Adri...

Y lo digo sinceramente, no solo hemos colgado globos, Adriana se ha currado un cartel enorme que pone *“Felicidades, mi amor”*. Personalmente me parece un pelín cursi, pero mis dos amigas se quieren con locura y estoy orgullosa de que les guste demostrarlo.

A partir de las siete empiezan a llegar amigas suyas. Adriana me las va presentando a todas mientras preparamos la mesa con los aperitivos, hasta que finalmente la chica que viene con Manuela, nos avisa de que ya están aparcando, así que tal y como Adriana nos ha ordenado, todas nos escondemos donde podemos. Yo he esperado con ella hasta el último momento para servir los últimos platos y, cuando escuchamos las llaves, Adriana se tira sobre las chicas que están detrás del sofá, pero a mí me parece que ya hay demasiadas y se nos acabará viendo. Me pongo nerviosa, el comedor parece que está lleno de ninjas, hay chicas detrás de la cortina, otra se ha puesto de perfil en el lateral del mueble y otra detrás de una maceta inmensa que tienen haciendo esquina. El resto no sé dónde están.

—Escóndete ya, Claudia —me susurra Adriana.

Miro a un lado y a otro, parezco tonta y realmente me siento así cuando de pronto, una mano que no tengo claro de dónde ha salido, me coge del brazo y tira de mí. De repente me encuentro detrás de la puerta de la cocina, pegada a una mujer que no recuerdo que me hayan presentado.

—Hola —me saluda en voz baja.

Me pongo muy nerviosa, la mujer me parece muy guapa y estoy tan pegada a su cuerpo, que noto como el mío se altera.

—Hola —susurro yo.

Ya oigo como se abre la puerta, pero no puedo pensar, esta mujer me taladra con la mirada y se está asegurando de mantener mi cuerpo junto al suyo poniendo una mano en mi espalda y la otra en mi cintura. Mi sexo se contrae, ¿estoy excitada? No me lo puedo creer, no esperaba que ninguna mujer madura ejerciera este tipo de efecto en mí, pero me está gustando y noto como mi respiración se altera cuando ella acerca su cara tanto, que casi roza mi nariz con la suya.

—Debes de ser Claudia, yo soy Vero, soy una tía de Manuela.

La verdad es que no me suena que la haya nombrado, pero Manuela suele contarme tantas cosas, que no descarto que lo haya hecho y yo lo haya olvidado.

—Un placer, Vero —digo en voz muy baja.

Me enfoca y siento que me desnuda con la mirada cuando coloca sus dos manos sujetando mi cara.

—Ahora deberíamos darnos un par de besos en las mejillas, pero aquí hay muy poco espacio y podríamos golpearnos la cabeza contra la pared o la puerta, ¿qué te parece si lo reducimos a uno? —sugiere mientras sus labios ya rozan los míos.

Sé lo que pretende, soy consciente desde el primer momento, está claro que Vero es cazadora y me ha elegido como presa, pero me tiene tan encendida, que no solo no me lo pienso, sino que soy yo la que pego mis labios a los suyos y me entrego a la sabiduría de la madurez por primera vez en mi vida. Qué suave y delicado es todo, me encanta la sensación de su piel fina contra la mía, es muy agradable. Vero mueve la lengua lentamente dentro de mi boca, lo hace de una forma que me encanta. Está claro que las mujeres tenemos otro ritmo, otra forma de sentir, más paciencia y más exquisitez, y en su caso; una experiencia que me gusta. El beso se prolonga y ahora es mi lengua la que entra en su boca y baila alrededor de la suya, estoy tan entregada que, aunque escucho mucho alboroto en el salón, soy incapaz de prestar atención hasta que oigo a Manuela llamarme. El pulso se me dispara y abro los ojos enormemente y, justo cuando voy a sacar mi lengua de la boca de Vero, me la succiona, el gesto es tan inesperado y agradable que me acaba de encender como una antorcha. Me la quedo mirando un segundo completamente aturdida, entonces me sonrío satisfecha y me da un cachete en el culo para que me mueva.

—Sal de aquí o nos pillan —dice con una sonrisa traviesa.

Me muevo como un robot, estoy tan nerviosa y desubicada, que no sé ni lo que hago, y en cuanto pongo un pie fuera de la cocina, Manuela salta sobre mí como una mona y me come a besos. La abrazo y la felicito, pero me siento como si no fuera yo. Mi cuerpo solo quiere una cosa en ese momento, tengo hormiguitas en el vientre y sigo acelerada, es entonces cuando me doy cuenta de que quiero follar con Vero. Todas las dudas que tenía sobre acostarme con una mujer madura acaban de desaparecer, pese a mis reservas, me acaba de poner súper cachonda y en lo único que pienso es en desaparecer de la casa con ella.

Intento tranquilizarme y disfrutar de la fiesta, pero Vero se está encargando de que no me olvide de ella. No para de dedicarme miradas abrasadoras que me hacen arder por dentro y, siempre que tiene ocasión, pasa por mi lado y sus dedos me rozan disimuladamente.

—¿Estás bien, Claudia? Pareces un poco ausente —me pregunta Adriana.

—La tía de Manuela, la tal Vero, me ha besado —explico sin apartar la vista de ella.

—¿En serio? —contesta riendo—, joder, Vero no pierde el tiempo, ¿te ha gustado? —pregunta divertida.

—Estoy muy cachonda, Adri —confieso preocupada.

A mi amiga le da por reír y me abraza. Se lo devuelvo, necesito apretar algo con fuerza para ver si libero un poco de tensión y me relajo, pero entonces me dice algo que me nubla la vista y desde ese momento, solo puedo pensar en follar con Vero.

—Si subís a la terraza comunitaria nadie os molestará, todavía hace frío y a estas horas nunca suben los vecinos. Hay un cuarto donde se guardan las tumbonas y algunos trastos, siempre está abierto. No es un mal sitio, Manu y yo lo hemos probado —dice deshaciendo el abrazo y guiñándome un ojo.

Miro a Vero cuando Adriana se va y la veo hablando con Manuela y mirándome a mí, las dos me sonríen y de pronto Vero comienza a caminar en mi dirección con decisión. Cuando llega a mi lado no se detiene, pero me habla.

—Sígueme —ordena decidida.

Y lo hago. Camino tras ella y está claro que Manuela le ha dicho lo mismo que Adriana me ha dicho a mí, porque estamos saliendo de su casa y subiendo por las escaleras las dos plantas que nos separan del ático. Pensé que me pondría más nerviosa si llegaba este momento, pero no lo estoy, solo deseo llegar y que pase lo que tenga que pasar. Y pasa, en cuanto salimos a la azotea, Vero me acorrala contra la puerta. Ni siquiera entramos en el cuarto cuando comienza a besarme mientras sus manos desabrochan mis pantalones. Estoy tan excitada que no he notado como me los bajaba junto con las bragas y ahora está de rodillas entre mis piernas.

—Jo-der —exclamo cuando noto su lengua en mi sexo.

Me pasa como cuando me ha besado. Todo es cálido, es dulce y es suave de un modo exquisito que nunca había experimentado, y su lengua, joder, la tía de Manuela es toda una maestra. Vero mueve la lengua con sabiduría entre mis piernas, ¿quién va a saber mejor lo que le gusta a una mujer que otra mujer? Me mata de gusto y yo me dejo hacer extasiada, me gusta todo lo que me hace, cada lametón es una descarga de placer que hace que me cueste respirar. Me agarro a su cabeza y empujo mi sexo contra su boca porque estoy a punto de correrme, noto como el orgasmo se acerca y alzo la cabeza y sonrío, su lengua acaba de hacer algo en mi botoncito del amor y acabo de estallar de placer. Cuando acabo, Vero se pone en pie y me abraza, cosa que agradezco porque me tiemblan las piernas.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta sonriente.

—Ahaa... —suspiro.

—Sí, ya veo —sonríe nuevamente.

Cuando recupero el aliento, la beso y le doy la vuelta, ahora es ella la que está contra la pared y mis manos las que desabrochan sus pantalones.

—No hace falta, Manuela me ha contado lo de tu lista y he querido echarle una mano con este punto en concreto —sonríe coqueta—, no tienes que hacer nada, Claudia, quería follarte y ya lo he hecho.

Con sinceridad diré que me sorprende su gesto, oír eso en otra ocasión me supondría un alivio, pero no es el caso, yo también quiero follármela, y no porque considere que se lo debo, quiero hacerlo porque me apetece.

—Vaya, qué suave —digo estúpidamente cuando toco su sexo.

Ella se ríe de mi estupidez y abre más las piernas invitándome a seguir.

Me rio con ella mientras sigo con mis caricias y Vero se entrega a mí. Me resulta agradable acariciarla, está muy húmeda y mis dedos resbalan entre sus pliegues con mucha facilidad.

Ante el movimiento acelerado de su pelvis y el aumento de sus jadeos, intensifico mis caricias hasta que Vero, una mujer a la que conozco desde hace apenas una hora, se corre en mi mano.

Cuando bajamos, entramos las dos juntas en el baño y nos adecentamos. Tras eso nos unimos al resto de las chicas y comienzo a salivar, es hora del pastel y estoy muerta de hambre, follar con Vero me ha abierto mucho el apetito. Cuando me dan mi trozo, cojo el plato y me siento en medio de Adriana y Manuela para comérmelo, las dos me miran de reojo y no puedo evitar que se me escape una sonrisa enorme. Estoy contenta, muy contenta, he cumplido uno de mis deseos y además me he desahogado, en mi opinión llevaba demasiados días sin sexo y tal vez por eso Vero me ha excitado tan rápido.

—No haré ningún comentario —les digo sin dejar de comer.

—No hace falta —dice Adriana encogiéndose de hombros—, tu cara de satisfacción lo dice todo.

Las tres reímos y sigo comiendo.

—Dicen que mi tía folla muy bien, ¿es cierto? —pregunta Manuela con una curiosidad que nos hace reír.

—No voy a hablar de ella contigo —zanjo metiéndome un trozo enorme de pastel en la boca.

Cuando llego a casa, voy directa a la habitación, cojo el pintalabios, me planto frente al espejo y trazo una línea sobre el deseo número cuatro. Me encanta cuando tacho un deseo que he cumplido de forma esporádica, uno que no he planeado como me ha pasado hoy con Vero y me pasó en el ascensor con Moira.

Moira, ese nombre me atormenta cada día.

Estudio la lista, la cosa parece que avanza, ya he cumplido la mitad de mis deseos y, tras leer los que me quedan, decido que el siguiente es el del tatuaje, así que le envío un mensaje a Helena y le pregunto qué día le va mejor. Finalmente, quedamos para este mismo lunes.

Capítulo 16

Después de un comienzo de semana un poco estresante en el trabajo, me planto en el estudio de Helena a las ocho en punto de la tarde con una mezcla de ilusión y temor. Ella está cobrando al último cliente y me saluda desde el mostrador mientras yo me entretengo mirando las fotos que tiene colgadas por las paredes. Helena es una chica muy cercana; pese a que hablamos tan solo unos minutos en aquel bar, parece que tenemos algún tipo de conexión, no nos cuesta nada conversar ni se produce ninguna situación incómoda, por lo que parecemos amigas de toda la vida. Pienso un momento en mi lista y cada vez me alegro más de haberla escrito, porque me está dando muchas cosas buenas.

—¿Lista para empezar? —pregunta apartando las revistas.

Hemos estado un buen rato eligiendo el tipo de letra, el tamaño y algún dibujo para decorar el nombre para que no se vea tan soso. Después de mucho pensar, Helena me ha dibujado un candado cerrado sin llave que simboliza una amistad que nadie podrá profanar jamás, lo ha puesto de fondo con el nombre por encima y la verdad es que cuanto más lo miro, más me gusta.

—Supongo que ya no hay vuelta atrás —suspiro mirando el dibujo previo en mi brazo.

—No la hay, en cuanto empiece a tatuar así que este es el momento de echarse atrás si no estás segura —sonríe señalándome con la pistola.

—Ni hablar, dale caña a eso —respondo, aunque en el fondo estoy un poco acojonada.

Aprieta el botón de la máquina y comienza el sonido ese retumbante e impertinente que tanto odio. Raúl se había hecho tres tatuajes y las tres veces lo acompañé, odiaba el ruido entonces y lo odio ahora, pero todo empeora cuando las agujas entran en contacto con mi piel y me duele tanto que se me corta la respiración.

—¿Es todo el rato así? —pregunto a punto de llorar.

—No seas quejica, anda, que no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? —me quejo alarmada.

Me duele, me escuece y me pica. Duele muchísimo, pero ahí sigo yo, aguantando como una campeona y conteniendo las ganas de gritar porque quiero el nombre de mi amigo tatuado en mi piel. Helena no deja de darme conversación, y lo quiera o no, algo me distrae, pero no lo suficiente como para que en ocasiones no me entren ganas de cogerla por el cuello y estrangularla.

—Tengo ganas de pegarte, que lo sepas —le confieso apretando los puños.

—Tranquila, suelo provocar ese efecto en mucha gente. Ya falta muy poco —dice poniendo un poco de vaselina mientras sigue torturándome.

Cuando por fin acaba, respiro aliviada, aunque solo ha pasado una hora y cuarto, para mí ha sido un auténtico infierno.

—Primer y último tatuaje de mi vida —declaro orgullosa al mirar mi brazo.

—¿Te gusta?

—Me encanta, ha valido la pena un poco de sufrimiento...

—¿Un poco? —pregunta sonriente—. Para lo pequeño que es, eres una de las personas que más se ha quejado, como enferma tienes que ser un coñazo.

Estoy a punto de protestar, pero me callo porque tiene razón, no soy buena enferma y nunca lo seré, me gusta demasiado quejarme. Helena no ha querido cobrarme y, aunque no he dejado de insistir durante más de diez minutos, al final lo único que he conseguido ha sido que me deje invitarla a cenar, pero hemos acabado tan tarde, que nuestra única opción ha sido ir a un McDonald's. Mientras esperamos a que nos den lo que hemos pedido, le envío una foto de mi tatuaje a Adriana y a Manuela, las dos me responden lo mismo.

“Me encanta”

No puedo evitar preguntarme si a Moira también le gustaría.

Capítulo 17

El martes está pasando sin pena ni gloria hasta que por la tarde, mientras todavía estoy en el despacho, me suena el móvil. No reconozco el número, así que descuelgo, con la esperanza de que sea Moira.

—¿Sí? —pregunto haciéndome la interesante.

—Hola, borde.

Me tengo que morder la lengua para no reírme y aplaudir de la emoción al mismo tiempo. Es ella, y que me esté llamando, me acaba de alegrar la tarde, aun así, no quiero que lo note.

—¿A quién le has robado el teléfono para llamarme? —pregunto muy seria.

—A mi prima Marta.

—Marta me cae mal y tú también —le repito mordiéndome el labio.

—Sí, eso ya lo dijiste, pero sabes que no es cierto. En el fondo me adoras y, cuando la conozcas a ella, también la adorarás —afirma convencida.

—Lo que tú digas —contesto con desgana—. Bueno, a ver, ¿qué quieres ahora?

—Que cenes conmigo.

—Ya te dije que no.

—Eso fue el otro día, hoy es hoy —insiste muy segura.

—No voy a quedar con usted, Moira Bulcard.

—¿Por qué no, Claudia Martínez?

Me encanta cuando me sigue el rollo.

—¿Va a darme los cien euros que me debe?

—Por supuesto que no —declara con firmeza y un deje de sonrisa.

—Pues no quedamos.

—Venga ya, Claudia, sabes que no dejaré de insistir —dice enfadada—, ¿qué tal si empezamos por una cerveza en lugar de la cena?

—He dicho que no, estoy ocupada.

—¿En qué? —pregunta curiosa.

Me da la risa, está tan indignada por recibir una negativa, que hasta se ha vuelto una chismosa.

—En cosas que no son de tu incumbencia, ahora tengo que dejarte, estoy trabajando.

—De acuerdo, quedamos mañana.

—¿Qué? —resoplo aturdida.

—Has dicho que hoy no puedes y me parece bien, quedamos mañana —dice como si mi opinión no contara.

—No vamos a quedar ni hoy, ni mañana, ni pasado, Moira —contesto enfadada.

Me da mucha rabia que dé por hecho que va a conseguir su objetivo, y me da más coraje saber que en el fondo lo conseguirá, tarde o temprano cederé porque cuanto más me insiste, más ganas tengo de verla.

—Ya sé que estás acostumbrada a tener todo lo que quieres y que no entiendes muy bien que alguien te dé plantón, no te preocupes, bonita, no es culpa tuya —digo con ironía

—, pero alguien tiene que enseñarte lo que es y he pensado que esa persona puedo ser yo y, por cierto, cuando quieras hablar conmigo, me llamas con tu teléfono, deja de utilizar a tu prima.

No me contesta, aunque sé que sigue al otro lado porque oigo su respiración, pero no me dice nada y comienzo a inquietarme, ¿me habré pasado? ¿Se ha cansado ya de mis negativas y mi mal humor y va a darse por vencida?

Pensarlo me provoca una extraña desazón.

—Claudia —dice de pronto.

Su tono es fuerte, femenino y autoritario, tanto, que me ha puesto muy cachonda.

—¿Qué? —digo con la voz ahogada.

—Tú ganas, no quedaremos ni hoy, ni mañana, ni pasado, pero quedaremos, no voy a dejar de insistir.

Mis labios se estiran. Se me está dibujando una sonrisa tan grande, que siento que se me va a salir de la cara. Todavía estoy pensando lo que voy a responderle cuando me doy cuenta de que me ha colgado y no se ha despedido, simplemente ha dicho lo que tenía que decir y ha cortado la maldita llamada, y después dice que la que no tiene educación soy yo. ¡Será grosera!

Capítulo 18

El miércoles en cuanto llego al trabajo, Silvia me llama a su despacho, me parece raro porque siempre suele incordiarne a partir de las diez y solo son las ocho.

—Han llamado de Sistemas Informáticos Bulcard, no sé qué diablos habrás hecho, pero la mismísima Amanda Bulcard quiere hablar contigo —me explica enfadada.

Noto como me hierve la sangre, ¿por qué he tenido que hacer algo? Me entran ganas de recordarle que la que se folló a uno de sus hijos fue ella, pero entonces me doy cuenta de que yo me he follado a la nieta, ¿se habrá enterado? Ay, madre, me asusto muchísimo, ¿y si se ha enterado en uno de sus pocos momentos cuerdos y ahora quiere hundirme en la mierda?

—No he hecho nada —me defiendo.

—Más te vale, créeme si te digo que no te conviene enfadar a esa mujer, es una auténtica bruja.

Cada vez tengo más miedo y Silvia no me está ayudando nada.

—Ve allí a ver qué quiere, y sea lo que sea, soluciónalo. No quiero más problemas con esa familia.

—¿Ha dicho cuándo quiere verme?

—Sí, Claudia, lo ha dicho —masculla como si yo fuese tonta—, quiere verte cuanto antes, así que ya tardas en salir por la puerta.

—Está bien —acepto resignada.

Salgo directamente hacia mi coche y por más vueltas que le doy, lo único que se me ocurre es que se haya enterado. Tal vez la tonta de Moira haya decidido contárselo cuando la abuela estaba en plan adorable y, por algún motivo, en su estado de bruja lo recuerda. Noto un sofocón repentino apoderarse de mi cuerpo solo de pensarlo.

Cuando llego vuelven a darme la tarjeta con la cinta de color fosforito, si algún día vuelvo a ver a Moira, le diré que haga el favor de elegir un color un poco más discreto. Ya conozco el camino, aun así, me paro en la recepción donde la chica agradable vuelve a darme las mismas indicaciones y acto seguido, entro en el ascensor. Conforme subo, me va invadiendo un extraño sentimiento de nostalgia y excitación al recordar lo que pasó la primera vez que me subí. Entonces recuerdo también la broma de Moira y miro las cuatro paredes y el techo en busca de cámaras de vigilancia o algún indicador de que las haya. No lo veo por ningún sitio y respiro aliviada.

Al salir del ascensor, voy hacia la izquierda en el pasillo y me encuentro con Aurora, parece que me recuerda y que, además, debí de caerle bien, porque cuando me ve, me recibe con una amplia sonrisa.

—La señora Bulcard está en el otro despacho, la acompaño.

¿Cuántos despachos tiene esa mujer? ¿Es que el suyo no es lo bastante grande y necesita otro?

Aurora me conduce al otro lado del pasillo y, tras llamar a la puerta y anunciar que he llegado, me invita a pasar y ella se marcha. Reconozco que entro con algo de miedo, no sé qué versión de Amanda me voy a encontrar y rezo para que sea la adorable ancianita, pero

cuando estoy dentro no veo a nadie. El despacho es mucho más pequeño y frente a mí hay una mesa con sus respectivas sillas y nadie sentado en ellas.

—Hola, Claudia —escucho a mis espaldas.

Me da un susto de muerte porque no la he visto al entrar, estoy segura de que no había nadie cuando lo he hecho y ahora veo a Moira con una divertida sonrisa mientras mi corazón late desbocado por el susto.

—¡Me has asustado, joder! —ladro como si tuviera la rabia.

Me llevo una mano al pecho para asegurarme de que mi corazón sigue dentro de mí y con la otra la empujo. Parece que no le importa mi impulsividad, ha cerrado la puerta y se sigue riendo sin parar, así que ahora la empujo más fuerte y enfadada, pero cuanto más crece mi ira, más se ríe ella. Reconozco que tiene una risa muy contagiosa y, al final, también me entra la risa y, cuando voy a darle otro empujón, Moira me agarra las manos, me gira y me arrincona contra la puerta. Ahora ya no estoy enfadada, estoy terriblemente excitada y Moira ya no se ríe, solo me mira fijamente. ¿Hoy está más guapa o me lo parece a mí?

—Apártate —exijo a pesar de que no es lo que deseo.

—¿Qué harás si no lo hago? —pregunta pegando su cuerpo al mío.

Siento cómo su calor ardiente me traspasa cortando mis pensamientos. La respiración se me corta y se me acelera el pulso al mismo tiempo que noto un cosquilleo recorrerme todo el cuerpo, pero no puedo caer de nuevo, he venido aquí por algo y si no hago mi trabajo, Silvia podría despedirme.

—Tengo una cita con tu abuela —susurro acalorada—, ¿dónde está?

Moira no contesta, se aprieta más contra mi cuerpo y siento que me deshago por dentro. Vencida, agarro su cara, acaricio sus labios despacio con los dedos sin dejar de mirarla y, cuando ella abre la boca ligeramente, mis labios se encuentran con los suyos. Beso a Moira, es un beso lento pero duro a la vez porque mi lengua recorre su cavidad con fuerza. Quiero sentir su calor, lamo sus labios y ella acaricia mi cintura. Después sus manos se pasean por mi cuerpo lentamente, recorren mi espalda y mis nalgas, suben a mis pechos y los acarician con delicadeza por encima de la ropa mientras nuestro beso sigue, a veces lento y a veces rápido, desesperante. Chupo su lengua, ella se queda con mi labio inferior y sonrío cuando me suelta.

—¿Dónde está? —vuelvo a preguntar apoyando la cabeza en la pared. Sofocada.

—En su despacho —responde con desfachatez.

Entorno los ojos y la miro. Estoy muy cachonda, pero el enfado que está creciendo dentro de mí se está haciendo más grande que mis ganas de follar.

—¿Y por qué Aurora me ha traído aquí si ella está allí? —pregunto agitada.

—Porque yo se lo he pedido —dice encogiéndose de hombros con una sonrisa maliciosa.

—¡Eres una capulla! —digo empujándola con rabia, consciente de lo que en realidad ha pasado—. Ella no me ha llamado, ¿verdad? Has sido tú —la acuso y ella tuerce una sonrisilla encantadora.

—Sí —confiesa tan tranquila.

—¿De qué vas? —pregunto indignada.

—Quería verla y usted no dejaba de darme largas, señorita Martínez. Tal vez tenga razón y yo no esté acostumbrada a recibir negativas, así que he tenido que ingeniármelas para hacerla venir.

No sé por qué a veces se empeña en hablarme con formalismos, pero lo cierto es que me pone muy cachonda que lo haga.

—Tengo un trabajo, Moira, me has hecho salir de él para acudir a una cita que no existe. Tal vez tú no valores lo que tienes porque no has tenido que ganártelo, pero yo he luchado mucho para conseguir ese puesto y no pienso perderlo porque tú seas una niña caprichosa.

Me paso las manos por el pelo para asegurarme de que todo está en su sitio y me dirijo hacia la puerta con un enfado monumental. Moira me encanta, pero sus aires de grandeza y su ego me superan, está claro que pensar en quedar con ella en otra ocasión es un error.

—No vuelvas a llamarme nunca —espeto agarrando el pomo de la puerta.

Todavía no lo he girado cuando una mano aparece delante de mí y aguanta la puerta para que no pueda abrirla. ¿En serio? Esta mujer todavía no me ha visto cabreada, así que me giro de golpe dispuesta a decirle un par de verdades, pero cuando veo su mirada me quedo sin palabras, está más seria que nunca y su respiración es agitada.

—No me conoces, Claudia —asegura con firmeza—. Te pido perdón por poner en riesgo tu puesto por el capricho de verte. Yo misma llamaré a tu jefa y le diré que ha sido todo un malentendido, pero no vuelvas a decirme que no me he ganado lo que tengo. Me esforcé mucho para sacar las mejores notas solo para demostrar que podía hacerlo —dice enfurecida—, todos mis compañeros me tenían por la inútil a la que le bastaba un suficiente para sacarse la carrera porque después tenía un puesto asegurado. Estoy harta de que me señalen con el dedo por ser la nieta de quien soy. Llevo cargando el peso de ese apellido toda la vida y siempre en el punto de mira de mis padres, aguantando comparaciones con mis primos y teniendo que demostrar constantemente que, sin ese apellido, soy una persona igual de digna que cualquier otra. No me juzgues, Claudia, tú no, por favor —su tono se acaba de suavizar mientras la miro con los ojos muy abiertos—, no quiero quedar contigo por un capricho. Tú me gustas y pienso conquistarte, y no soy de las que se rinde, señorita Martínez. Entiendo que estés enfadada en este momento, pero tarde o temprano, me perdonarás y al final accederás y cenarás conmigo.

Todo lo que me ha contado me conmueve y me siento un poco mal por haberla juzgado sin conocerla, aunque eso no cambia el hecho de que es un poco ególatra y prepotente. Me enfada mucho que me haya hecho venir hasta aquí y no es por el tema del trabajo, es porque me siento derrotada, es como si ella hubiera ganado, y a mí no me gusta perder. Pienso vengarme.

—Está bien, no te juzgaré, Moira, ahora si me disculpas, debo volver al trabajo.

Sonríe con picardía y me abre la puerta.

—Te acompaño al ascensor —dice sonriendo.

Me giro y la atravieso con la mirada.

—Tranquila, no entraré, solo te acompaño hasta la puerta —asegura con su sonrisa arrogante.

Me muerdo los labios y suspiro. Saber que vamos a llegar juntas allí hace que me tiemblen las piernas, pero todo se me pasa cuando salimos al pasillo y nos encontramos con la abuela. La señora Bulcard nos mira y nos escanea, no sé a quién tengo delante y estoy aterrorizada, pero entonces sonríe y extiende sus brazos hacia mí.

—Marta, ¡qué sorpresa, cariño! —dice con alegría.

Cruzo una mirada divertida y cómplice con Moira. No puedo contener la risa y enseguida me lanzo hacia sus brazos. La abuela me estrecha y me besa otra vez y yo cierro

los ojos, al final le cogeré cariño y todo.

—¿Quién es esta chica tan guapa? —me pregunta sonriente.

Me giro y miro a Moira mordéndome el labio. Ella me mira con resignación al darse cuenta de que su abuela no la reconoce en este momento y enseguida sonrío y estiro una mano hacia la abuela.

—Soy Moira, la novia de Marta, es un placer conocerla —dice guiñándome un ojo divertido.

La abuela me mira esperando mi confirmación y le sonrío como una boba, entonces tira de la mano de Moira y la abraza también.

—Es una pena que no pueda quedarme, cariño —me dice realmente apenada—, pero ya estoy de seis meses y me toca otra ecografía —dice acariciándose la barriga.

Moira resopla alucinada y yo me río, pero aprovechando su posición de novia ficticia, se pega a mí y me abraza por detrás colocando las manos sobre mi vientre. No sé por qué, pero no solo se lo he permitido, sino que yo he colocado las mías sobre las suyas y hemos entrelazado los dedos de una mano como si estuviéramos acostumbradas a hacerlo.

—No te preocupes, abuela, solo nos hemos pasado para saludarte, ya vendremos otro día que estés menos ocupada —le digo con el cariño de una nieta.

Se queda callada y no deja de observarnos hasta que empiezo a ponerme nerviosa.

—No irá a escupir otra vez, ¿verdad? —le susurro a Moira con cierta inquietud.

—No, cuando va a hacerlo mueve la mandíbula —comenta ella—, ahora es una incógnita, es uno de esos momentos en los que no sabes por dónde va a salir —contesta dejando que sus labios rocen mi oreja.

Me gusta y me estremezco. Me encanta sentir a Moira tan cerca y a la vez me enfada, odio que tenga ese poder sobre mí. De pronto la abuela se deshace el moño sin dejar de mirarnos y, acto seguido, comienza a desabrocharse la blusa.

—Joder —susurra Moira con cara de espanto.

Me suelta y se dirige hacia la abuela para impedirle que se desnude, pero como la anciana no la reconoce, se asusta y grita. Moira, turbada y con la expresión desencajada, se aparta de inmediato y le pide perdón. En ese momento me da mucha pena, tanto ella como la pobre abuela. Odio esa enfermedad.

—Yo me ocupo —le digo a Moira acariciando su brazo.

Ella me mira agradecida y Aurora viene alertada por los gritos. Entre las dos convencemos a la abuela para que deje de desnudarse y la llevamos a su despacho, seguidas de Moira. Cuando por fin conseguimos que se calme, Aurora me da las gracias y me dice que ya se ocupa ella. Al salir del despacho, Moira está en la puerta, parece abatida y preocupada, y eso me entenece.

—Aurora no es su secretaria, ¿verdad? —le pregunto situada frente a ella.

—No, es su enfermera, hemos tenido que convertir su despacho en una vivienda porque solo se siente cómoda aquí. Aurora está con ella las veinticuatro horas.

—¿Vive aquí? —pregunto alucinada, al final no iba yo tan desencaminada.

—Sí, su gran pasión en la vida es su trabajo. Cuando estaba bien, pasaba más horas aquí que en casa y, cuando su enfermedad comenzó a avanzar y la llevábamos a su casa no la reconocía, se ponía histérica y parecía que se encontraba peor. En cambio, aquí es feliz y tiene varios momentos lúcidos a lo largo de la semana. Gracias por ayudarla ahora, Claudia.

—De nada, aunque eso no cambia el hecho de que seas una imbécil —digo arrancándole una sonrisa.

Moira asiente y me dedica una mirada tierna y penetrante que me paraliza el corazón.

—Cena conmigo esta noche —me pide mientras caminamos hacia el ascensor.

Me detengo y la señalo con el dedo, cabreada.

—No hagas eso, ¿crees que voy a caer porque me hayas contado lo de tu abuela? Eres una aprovechada.

—Vale, está bien —dice reconociéndolo.

Se ríe y me sigue hasta que nos detenemos en la puerta del ascensor, donde se pega a mi espalda y me hace suspirar. Pulso el botón y la puerta se abre de inmediato.

—¿Quieres que baje contigo? —pregunta con voz ronca.

Me doy la vuelta y pongo una mano por encima de sus pechos. Joder, deseo a esta mujer. Sentir el calor de su cuerpo me derrite y, cuando sus increíbles ojos verdes me miran, me pierdo en un mundo de sensaciones que no reconozco, pero esto no puede ser, ella y yo no somos compatibles y yo tengo una misión que Moira puede entorpecer, debo acabar mi lista.

—Sé bajar sola, gracias.

Me acerco, le doy un beso en los labios que me provoca un burbujeo por todo el cuerpo y la empujo hacia el pasillo. Me meto en el ascensor sin que ambas dejemos de mirarnos y pulso el botón. Las puertas se cierran y siento una inquietante sensación de vacío cuando se pone en marcha.

Capítulo 19

Al día siguiente, mientras me tomo un café en el trabajo, recibo un mensaje de Adriana.

Adriana: ¡Loca! Ya tengo la reserva para el salto en paracaídas. Es el sábado que viene en Girona. Me cago solo de pensarlo.

Yo también estoy muerta de miedo. Al leer su mensaje, se me ha hecho un nudo en el pecho que me cosquillea por culpa de la adrenalina. Esto ya es más real que nunca, vamos a saltar en paracaídas.

Yo: Genial, os recojo y vamos en mi coche. Ya huelo tu mierda desde aquí.

Adriana: Guarra.

Yo: Siempre.

Adriana: Por cierto, ¿sabes quién viene a cortarse la melena el jueves que viene?

Yo: ¿Quién?

Adriana: Tu amiga Moira...

Sonrío ampliamente y otro estallido de cosquillas me sacude el pecho. Llevo días pensando en cómo vengarme de las bromas de Moira, y Adriana acaba de abrirme las puertas para diseñar mi malvado plan.

Yo: Tenéis que hacerme un favor, luego te llamo y te cuento.

Adriana: Miedo me das, después hablamos, loca.

La alegría de hablar con mi amiga me dura poco porque hoy Silvia está exigente y pesada, no deja de gritar a todo el mundo y eso me incluye a mí. He de confesar que cada vez la soporto menos.

Llego a casa y después de la ducha me tumbo en el sofá. Acto seguido, llamo a Adriana y le explico lo que quiero que haga y, aunque me cuesta bastante convencerla porque tiene muchas reticencias, al final accede y sonrío; mi plan de venganza está en marcha.

Estoy tumbada en ropa interior, dudando entre tocarme o ponerme una serie y distraerme, pero la verdad es que no puedo con lo segundo. Hace unos días que se me retiró la menstruación y cuando eso me pasa, entro en una especie de estado de celo que me dura cuatro o cinco días. Todos los meses me ocurre lo mismo y hay algunos que lo paso realmente mal, estoy tan cachonda que incluso me cuesta pensar y, al parecer, esos días han comenzado hoy. Ahora sé lo que me espera, masturbarme a diario un par de veces hasta que se me pase. Pensativa, me doy cuenta de que tengo unas ganas horribles de follar, y no puedo evitar que la imagen de Moira sea la única que me venga a la mente. Turbada, coloco la mano sobre mi sexo y suspiro, mi pulso se acelera, pero justo cuando voy a bajarme las bragas, la imagen de mi vecina Carla viene a mi cabeza y me incorporo de golpe. Recuerdo lo bien que lo pasé aquella noche en su casa y decido que paso de tocarme, prefiero que me toque ella, aunque, lo que en realidad me gustaría, sería estar con Moira.

Sin darle muchas vueltas para no arrepentirme, me visto rápido y salgo a la calle para ir directa a su edificio. Cuando llamo a su timbre, Carla tarda un poco en responder y me hundo pensando que quizá no está, pero, finalmente, lo hace y cuando le digo mi nombre,

abre sin hacer más preguntas. Subo por las escaleras en lugar de coger el ascensor, estoy tan encendida que pienso que si pierdo energía por el camino, tal vez me controle y no salte sobre ella cuando la vea. Pero eso no pasa, cuando llego a su rellano, la encuentro fuera con las cejas arqueadas, ¡está en ropa interior!

—No te esperaba —titubea cuando me acerco a ella y sin controlarme le doy un beso.

—¿Quieres que me vaya?

Pero antes de que me conteste, la empujo dentro de su casa y cierro la puerta. No sé qué me pasa, me siento cegada de excitación y apenas puedo controlarme, así que me pego a ella y vuelvo a besarla. Al principio noto que Carla duda un momento, sin embargo, enseguida se deja llevar por el beso y se agarra a mi cintura con intensidad. Eso me desboca y deslizo mi mano por su vientre para bajar hasta su sexo, pero cuando estoy a punto de alcanzarlo, Carla me detiene.

—Espera un segundo, no estamos solas —anuncia de pronto.

Me quedo petrificada cuando noto una presencia femenina a mi lado derecho. Me giro completamente avergonzada y la miro. Parada bajo el marco de la puerta del comedor, hay una mujer rubia completamente desnuda que me mira sonriente y me deja más desconcertada de lo que ya me siento. Mi pulso se acelera. Por un lado, siento ganas de salir corriendo y no volver a poner los pies en esta casa y, por el otro, hay algo en el ambiente que me mantiene anclada al suelo.

—¿Tienes novia? —pregunto sintiéndome estúpida.

Pero no es Carla la que me responde, sino la chica rubia.

—Carla y yo no somos nada, solo nos divertimos juntas de vez en cuando. ¿Quieres quedarte? —pregunta acercándose a mí peligrosamente.

Doy un paso atrás, indecisa, pero Carla me detiene, pega su cuerpo a mi espalda y cuando noto su respiración acelerada contra mi cuello, sé que no quiero marcharme. Mi pulso se dispara y me quedo inmóvil mientras Carla besa mi cuello y acaricia mi cuerpo con sus manos. La mujer se acerca y me tiende una mano, no sé ni cómo se llama, pero se la cojo y camino con ella hasta el comedor con Carla pegada a mí. Acaban de hacer un sándwich conmigo a los pies del sofá, Carla detrás y ella delante. La chica me besa y comienza a acariciar mis pechos, y mi excitación se dobla. Respondo al beso y entre las dos me desnudan hasta que no queda una sola prenda cubriendo mi cuerpo. Nunca he participado en ningún trío antes, así que me dejo llevar y termino por disfrutar de una experiencia muy agradable que, de manera inesperada, me permitirá tachar otro deseo de mi lista.

Capítulo 20

Ya hace casi una semana desde lo del trío y todavía sonrío al recordarlo, es increíble lo mucho que se puede disfrutar del sexo con un poco de imaginación y una mente abierta. Esa noche llegué bastante tarde a casa. Carla, la rubia que después me enteré que se llamaba Sara, y yo, seguimos jugando hasta bien entrada la madrugada. Esa noche solo taché un deseo de la lista porque, aunque Adriana me había dicho que podía resolver lo de mirar a alguien mientras folla cuando hiciera el trío, no sucedió. En primer lugar, porque en ese momento, en lo último que pensé fue en la lista y, en segundo, porque ese caso no llegó a darse puesto que en todo momento participamos las tres.

Esta mañana estoy observando la lista con atención, ya solo me faltan cuatro deseos y este sábado cuando salte con Adriana en paracaídas, se reducirá a tres. Al final voy a lograrlo, si sigo a este ritmo, me habrán bastado unos pocos meses para conseguirlo.

Me voy al trabajo con una sonrisa enorme, no solo estoy contenta por mi lista, también porque hoy es el día de la venganza. Esta tarde Moira irá a cortarse el pelo a la peluquería de Manuela y Adriana y yo voy a reírme un rato.

Adriana

Todavía no puedo creerme que le haya hecho caso a la loca de Claudia, a ella le costó convencerme a mí, pero a mí me costó mucho más convencer a Manuela. En fin, todo sea por la amistad. Hemos tenido que explicarles a las dos clientas que habrá aquí mientras esté Moira lo que va a pasar, no quiero que piensen que somos unas incompetentes y, además, nos vendrá bien su complicidad para hacer más creíble la broma.

Moira acaba de entrar haciendo gala de su puntualidad. Nos saluda con una sonrisa como es habitual en ella y, cuando la miro, me cuesta creer que sea la misma chica descarada que se folló a nuestra amiga en un ascensor y que le gasta esas bromas que tanto la enfadan. Me pongo un poco nerviosa al principio, pero enseguida se me pasa porque realmente sé que voy a disfrutar con esto. Manuela ha aceptado, aunque dice que no piensa participar y yo me alegro porque esto me apetece mucho hacerlo a mí.

—Ya puedes pasar, Moira —digo señalando la silla para lavarle la cabeza.

Manuela me mira desde el secador y suspira con fuerza. Noto lo nerviosa que está, pero cuando Moira se sienta y yo me coloco detrás, le guiño un ojo cómplice y le arranco una sonrisilla maliciosa. En el fondo, también quiere hacerlo. Me giro un poco y miro hacia el cuartito en el que tenemos los trastos, veo la puerta ligeramente abierta y a Claudia observando con una amplia sonrisa. Tener a Claudia en nuestras vidas es de lo más divertido. La conocimos a través de Raúl, su hermana iba al colegio conmigo y en una de sus fiestas de cumpleaños, estaban también Raúl y Claudia. Comenzamos a hablar y enseguida conectamos y nos hicimos buenos amigos los cuatro. Manuela y yo también sufrimos por la muerte de Raúl, pero la conexión que Claudia tenía con él era muy diferente. Eran como hermanos, Raúl ocupaba casi todos los papeles de las personas que alguien puede necesitar a su lado, era amigo, confidente, hermano... El día que murió, Claudia perdió mucho más que un amigo, nunca he visto una amistad chico-chica que fuera

tan profunda y respetuosa a la vez.

En fin, ha llegado la hora de la verdad, el plan es darle un buen susto a Moira con su pelo, pero sin estropeárselo, así que lo que voy a hacer mientras le lavo la cabeza, es echarle un colorante de esos que desaparecen con un lavado y decirle que me he equivocado con el bote de champú. Obviamente, no le voy a decir que basta con lavarle la cabeza para que se le vaya, Claudia quiere que salga así a la calle y mi obligación es ayudar a mi amiga. La idea es muy cutre, pero yo soy muy convincente.

Mi maldad ya está hecha, le he lavado la cabeza y ahora, en lugar de la mascarilla, le he puesto el colorante y su pelo es de un verde intenso que hace que me cueste no reírme.

—Mierda, lo siento —digo cuando le quito la toalla de la cabeza.

—¿Qué pasa? —me pregunta alarmada, tocándose el pelo.

—¡Por Dios! Adri, ¿qué le has hecho? —dice Manuela metiéndose de lleno en el papel.

—Me he equivocado de bote, he confundido la mascarilla con el colorante.

Moira se levanta y va corriendo frente a uno de los espejos mientras me giro y veo a Claudia desternillándose de la risa detrás de la puerta.

—¡Joder! —se queja alarmada—. Quítamelo.

—No puedo, Moira —digo con gesto de culpa.

—¿Cómo que no puedes? Mañana tengo una reunión importante, Adriana, no puedo ir con este pelo de moco.

Claudia pagará por esto, yo también quiero entrar en ese cuarto para reírme, me está costando mucho contenerme. Moira se sienta y yo empiezo a inventarme un rollo en el que le explico los diferentes motivos por los que no puedo quitarle el tinte tan pronto, aludiendo a que dañaría su cuero cabelludo y le picaría la cabeza. Digo todo tipo de burradas ante la mirada atónita de Manuela y las otras clientas, estoy tan metida en mi papel, que hasta yo me lo estoy creyendo.

—¿Me estás diciendo que tengo que salir con esto a la calle? —pregunta enfadada.

—Lo siento muchísimo, Moira —digo con una mano en el pecho—, solo tienes que esperar tres o cuatro días y después ya puedo hacerte un tinte con tu color.

—Joder, Adriana.

—Lo siento —me disculpo otra vez—, es eso o raparte la cabeza, eso sí que puedo hacerlo.

Moira me mira espantada.

—Ni hablar, ya me pondré un gorro —dice con resignación.

Le corto las puntas como siempre y, después de secarlo y amoldarlo un poco con los dedos, la verdad es que Moira está guapa incluso con el pelo de color verde.

—Ya sé que te he hecho una putada, Moira, pero reconoce que te queda bien —digo con media sonrisa.

Las otras clientas me apoyan y ahora ya no parece tan traumatizada cuando se levanta para pagar.

—Oh, no, ni hablar, no pienso cobrarte después de lo que te he hecho.

—Cobra —insiste en tono autoritario dándome su tarjeta—, todos tenemos derecho a equivocarnos, Adriana, eso sí, cuando venga a que me tiñas, no pienso pagarte, ahora haz el favor de cobrar por tu trabajo.

Esta chica es un encanto, no sé por qué a Claudia le cuesta tanto reconocerlo. En cuanto Moira sale de la peluquería, Claudia lo hace del cuarto y se va detrás de ella.

—Ha sido una pasada —dice riendo cuando cruza la puerta.

En cuanto se va, todas nos morimos de la risa recordando la cara que se le ha quedado a Moira en cuanto se ha visto en el espejo.

—Después de esto no volverá nunca más —dice Manuela.

—¿Tú crees? Tampoco ha sido para tanto...

Capítulo 21

Salgo a la calle en busca de Moira y no me cuesta nada localizarla, su pelo verde brilla con intensidad bajo el sol y se me vuelve a escapar la risa. Corro hasta colocarme justo detrás de ella y saco el móvil para hacerme la distraída cuando paso por su lado. Ella también está mirando su teléfono y no se da cuenta, así que choco contra su cuerpo a propósito.

—Perdone —digo haciéndome la distraída.

Entonces levanto la vista un segundo como si quisiera disculparme y Moira me mira con los ojos muy abiertos.

—Vaya —digo sin poder contener la risa—, ¿ya es carnaval y yo no me he enterado?

—Muy graciosa, Claudia —dice con el gesto serio.

—¿Un cambio de imagen entonces? —pregunto divertida—. Te queda bien, hace juego con tus ojos.

—¿Disfrutas? —dice acercándose peligrosamente a mí.

—Un poco —contesto encogiéndome de hombros.

—No es un cambio de imagen, la peluquera ha confundido los botes de champú y esto es el resultado —explica con resignación.

—Vaya, qué mala pata, ¿no? Espero que no tengas nada importante que hacer, ya sabes —digo burlona—, menuda imagen darías.

Toda la gente que pasa nos mira; bueno, la realidad es que la miran a ella. La verdad es que da el cante, una chica vestida de etiqueta y con el pelo verde no se ve todos los días.

—¿Te importa si nos vamos? —pregunta avergonzada.

—¿Qué te hace pensar que me voy a ir contigo?

—Son casi las ocho, está claro que has salido del trabajo, tómate algo conmigo —propone muy segura.

—No.

—Joder, Claudia, mira lo que me han hecho —dice señalándose la cabeza—, ¿no te doy ni un poco de lástima?

—La verdad es que una poca sí, pero no me gusta hacer cosas por pena.

—Está bien, ya nos veremos entonces.

De pronto empieza a caminar y me siento desolada cuando veo cómo se aleja de mí. Tal vez la que tenga el ego un poco gordo hoy sea yo porque tengo ganas de hacerme la interesante, pero parece que ella no está por la labor y no me extraña, a mí me dejan el pelo de ese color y me escondo debajo de una piedra.

—¡Señorita Bulcard! —le grito.

Moira se detiene y se gira clavando su preciosa mirada en mí.

—Vamos —digo extendiendo una mano desde mi posición para que me la coja.

Frunce el ceño y me mira extrañada; aun así, se acerca despacio y coge mi mano sin dudar.

—¿A dónde vamos? —pregunta intrigada.

—A que te quiten eso de la cabeza. Tenía pensado dejártelo un poco más, pero creo que ya estamos en paz —contesto mientras caminamos.

—Espera, para —dice deteniéndonos a las dos—. ¿Esto es cosa tuya? —pregunta enfadada.

—Yo también sé gastar bromas, Moira, así que la próxima vez piénsatelo mejor antes de meterte conmigo.

Me mira muy seria y no dice nada, eso me aturde, me descoloca y me desarma.

—Claudia —dice de pronto.

—¿Qué?

—¡Corre!

No sé por qué le hago caso, quizá por su forma de mirarme, pero empiezo a correr como si no hubiera un mañana y Moira lo hace detrás de mí. Me siento como una cría en este momento, sé que me va a pillar en cuestión de segundos y comienzo a gritar mientras me meo de la risa. La gente nos mira sorprendida y yo voy mirando de reojo detrás de mí, comprobando sorprendida que prácticamente la tengo encima.

—¿Creías que los tacones iban a frenarme? —grita a mi espalda.

Me pone muy nerviosa y no paro de reír. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien con algo tan absurdo. No saber cuándo va a ser el momento en el que me va a dar caza me hace gritar más hasta que finalmente sus brazos me rodean por la cintura y las dos danzamos por la acera tratando de no perder el equilibrio.

—Te crees muy graciosa, ¿eh? —pregunta divertida y me da varios besos por el cuello.

No puedo dejar de reírme, su melena me hace cosquillas y sus labios me hacen estremecerme. Vuelvo a gritar cuando muerde mi oreja con suavidad y me giro entre sus brazos hasta que estamos frente a frente y la risa se nos corta cuando nos miramos. Moira me besa y otra vez caigo rendida a sus pies cuando coloca sus manos en mi trasero y yo me agarro a su cara para no separar mis labios de los suyos. Cada vez lo tengo más claro, la egocéntrica de Moira me gusta, me gusta mucho.

—Me vengaré de esto —dice cuando me suelta.

—Ya estamos en paz —me quejo como una niña.

—No es verdad, esto supera con creces lo que yo te he hecho —dice señalándose el pelo—, si quieres que estemos en paz, tómate algo conmigo ahora, no te pido una cena, solo una cerveza y consideraré que el asunto está zanjado.

—Está bien, una cerveza —claudico por fin—, pero primero vamos a que Adriana te quite eso de la cabeza, anda.

—Ha dicho que no se podía —explica mientras caminamos.

—Lo sé, yo estaba allí —contesto divertida—, luego te lo cuento con esa cerveza —añado ante su cara de sorpresa.

Cuando entramos, Adriana y Manuela le piden perdón a Moira, y no dudan en señalarme como la culpable de todo. Las otras clientas ya se han marchado y las hemos pillado recogiendo porque ya es la hora de cerrar, aun así, Adriana le lava la cabeza y le quita el tinte y, mientras todo eso sucede, yo no me espero a llegar al bar y le cuento cómo he trazado todo el plan dejándole claro que ellas solo eran mis cómplices.

—Espero que sigas viniendo por aquí, Moira —le dice Adriana.

—Iba a seguir viniendo igualmente —responde ella—. Aquí siempre me siento cómoda, toda mi vida me han estado llevando a peluquerías en las que no dejaban de hacerme la pelota desde que entraba. En la vuestra me siento normal y eso me gusta, así que tendréis que seguir aguantándome igual que a la pesada de vuestra amiga.

—Eh, no te pases —digo señalándola.

Nos despedimos de ellas y atravesamos varias calles hasta llegar a un bar en el que sirven varios tipos de cervezas.

Capítulo 22

Todo en el interior de este local es rústico y acogedor, suena música cañera de fondo, pero no está muy alta y el lugar resulta perfecto para tomar algo y charlar tranquilamente.

—No conocía este sitio, ¿vienes mucho por aquí? —le pregunto a Moira antes de dar un sorbo a mi cerveza.

—A veces, cuando estoy preocupada por algo, vengo y le digo a la camarera que me sirva una cerveza que no haya probado, tienen tantas que creo que podré seguir haciéndolo durante toda la vida. ¿Quieres que te recomiende alguna? —pregunta y me sonrío.

—La verdad es que no soy muy amante de la cerveza, me gusta, pero a mí me basta con que sea suave de sabor y esté muy fría.

—De acuerdo —sonríe—, nada de cervezas raras. Cuéntame qué es eso que te tiene tan ocupada como para que no quieras quedar conmigo.

En una ocasión normal, le soltaría cualquier fresca o me metería con ella, pero ahora no me apetece, me siento muy cómoda con Moira y no sé muy bien el motivo por el que lo hago, pero decido sincerarme con ella.

—Hice una lista de deseos y la estoy cumpliendo —explico sin darle mayor importancia.

—¿Una lista de deseos? —pregunta sin ocultar su curiosidad—. ¿Qué tipo de deseos?

—Cosas... Cosas que quiero hacer antes de morir.

—Tienes toda la vida por delante, Claudia —dice sorprendida, con un tono que suena incluso un poco preocupado.

Ahora tengo ganas de llorar, pensar en la lista es pensar en Raúl, y que me diga que tengo toda la vida por delante, no hace más que constatar la importancia de mi lista. Raúl también la tenía y ahora está muerto.

—Ya... —digo con un hilo de voz—, es solo una lista por si me muero.

Intento pensar en otra cosa mientras ella me mira sin decir nada, necesito cambiar de tema o me pondré a llorar. Y no quiero. Ahora mismo tengo a mi amigo tan metido en la cabeza, que no puedo sacarlo de ella, noto como el labio me tiembla y, de pronto, Moira pone una de sus manos sobre la mía y me hundo del todo. En cuanto noto su contacto, me deshago en un mar de lágrimas que no puedo controlar. Moira, con el rostro desenchajado, se levanta y se sienta a mi lado. Me abraza y yo me encojo entre sus brazos, ahí me siento a salvo, como si nada malo pudiera pasarme mientras ella está conmigo. Me besa la cabeza y me ayuda a calmarme y, cuando por fin dejo de llorar, coge varias servilletas de encima de la mesa y me las da para que me limpie. Son de esas que parecen plastificadas y no secan nada, nunca he entendido por qué las ponen en los bares si solo sirven para escribir cosas.

—Esto es una mierda —me quejo tirando las servilletas sobre la mesa mientras Moira se ríe.

—Tienes razón —admite y rebusca dentro de su bolso hasta que encuentra un paquete de pañuelos de papel.

Ahora que estoy más tranquila, Moira me pregunta qué me pasa, y ya que le he dado el coñazo con mi llanto y ha aguantado la estocada como una campeona, lo mínimo que

puedo hacer es contarle el motivo por el que hice la lista. Le hablo de Raúl, le cuento la amistad tan intensa que teníamos y que mi amigo murió hace unos meses. Ella me dice que lo siente y va secando con sus pulgares las lágrimas que se resisten a dejar de salir de mis ojos.

—Creo que Raúl se dejó muchas cosas sin hacer, por eso hice mi lista.

—Visto así, tal vez haga yo la mía —dice guiñándome un ojo—, ¿me dejas verla?

La miro con recelo, tengo una copia de mi lista en el bloc de notas del móvil, pero no sé hasta qué punto quiero que Moira la lea. ¿Y si piensa que soy una perversa y tras leer la lista ya no le gusto tanto?

—¿Por qué te lo piensas tanto? —pregunta con su sonrisa—, es solo una lista, Claudia, no creo que haya nada en ella que pueda asustarme.

—No sé yo.

—Mmm, ahora tengo más curiosidad, venga, por favor, déjame leerla —insiste con un tono al que no puedo resistirme.

Finalmente, decido que se la voy a enseñar, al fin y al cabo, yo soy como soy, y si no le gusta, más vale que me dé cuenta ahora, porque cada vez estoy más pillada por ella.

—Está bien —claudico buscando en el móvil—, pero no te rías.

—Ni una sonrisa, prometido —dice con gesto travieso.

Cuando voy a entregarle el móvil, se levanta y me hace moverme hacia un lado.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Déjame ese sitio.

Me levanto y Moira se sienta en el lado en el que estaba yo, utiliza la pared para apoyar su espalda y me tiende un brazo para que me acomode junto a ella. Me parece un gesto muy prepotente y posesivo, pero la verdad es que ahora mismo estoy muy sensible y mimosa y me apetece mucho estar entre sus brazos, así que obedezco y me acomodo contra su cuerpo. Moira me pasa un brazo por los hombros y yo apoyo la frente en su cara cuando coge mi móvil. Se lo desbloqueo y aparece mi lista. En cuanto lee la primera, se pone a reír.

—Follar mucho. Eres la chica más increíble que he conocido, Claudia —dice apretándome contra ella.

—Dijiste que no ibas a reírte —me quejo.

—Vale, ¿qué tal llevas esta? —pregunta socarrona.

—No va mal, por ahora no me quejo —respondo encogiéndome de hombros.

Me mira y no dice nada, pero sé que mi respuesta no le ha gustado y lo entiendo, aunque no soy nada suyo ni ella mío, de alguna manera, hay algo que nos está uniendo más de lo que me atrevo a admitir. Su gesto cambia cuando lee la segunda, es la del ascensor.

—¿Has follado con alguien más en un ascensor?

—No, solo contigo.

—Entonces este deseo lo has cumplido gracias a mí —dice achuchándome.

—Supongo que sí.

—¿Quieres que lo repitamos? —pregunta y me da un beso en la oreja.

—¡Moira!

—Vale, me callo. Número dos: plantar un árbol, no sé si te veo yo a ti en el bosque contribuyendo a la reforestación.

—Pues ya lo he hecho, listilla —bufo ofendida.

—¿Ya has acabado con la lista? —pregunta intrigada.

—No, todavía me faltan cuatro.

Se pone a leer todos los puntos del tirón mientras la observo y veo cómo su gesto va cambiando en función del tipo de deseo, en unos no hace nada, en otros sonríe con malicia y en otros afirma con la cabeza alucinada.

—¿Cuáles te faltan?

—Saltar en paracaídas, aunque ese lo resuelvo este sábado con Adriana. Ver la aurora boreal, bañarme en una playa nudista y mirar mientras alguien está... ya sabes.

—¿Follando?

—Sí —contesto avergonzada.

—¿También has hecho un trío?

—Sí —contesto orgullosa.

Moira no dice nada al respecto y lo agradezco. Vuelve a leerse la lista de nuevo con más atención, ¿es que intenta memorizarla?

—Si necesitas ayuda con alguna de las que te quedan, cuenta conmigo —dice con sinceridad.

—Gracias, pero de momento, creo que lo tengo controlado.

Finalmente, dejamos el tema de la lista a un lado y hablamos un poco más sobre nosotras. Moira me confirma que está soltera y, aunque yo le echaba menos, hace poco que cumplió los treinta. Es hija única, y el hombre al que mi jefa se folló fue a su padre, los ojos se me abren mucho cuando me lo dice.

—Lo siento, Moira, no tiene que ser fácil ver cómo tus padres se divorcian después de tantos años.

—No te preocupes, esto era algo cantado, tu jefa es solo una más de una larga lista, Claudia, lo que me sorprende es que mi madre haya aguantado tanto.

Tras un rato más de charla, Moira cumple su palabra y no me dice nada sobre cenar, nos despedimos con dos besos y me voy a mi casa aturdida sin saber qué es exactamente lo que tengo con ella. Cada vez que nos vemos nos enrollamos, pero ahora que nos conocemos un poco más, solo nos hemos besado las mejillas. ¿Pretende Moira convertirse en mi amiga? Lo pienso y no quiero, mi amigo era Raúl, con ella no quiero ese tipo de relación. ¿Quiero una relación con Moira? Me quedo dormida pensando en eso.

Capítulo 23

El viernes paso un día extraño en el trabajo, estoy muy nerviosa ante lo que me espera mañana y mi jefa no ayuda porque lleva todo el día gritando y ya me tiene harta. Me encierro en mi despacho y decido no salir si no es estrictamente necesario porque cuanto menos me cruce con ella, mejor para mi salud mental.

Cuando por fin salgo y llego a casa, me doy una ducha y me tiro en el sofá. Hoy no pienso hacer nada, mi plan es ver alguna serie hasta que me entre un sueño horrible y caiga rendida en la cama. No quiero pensar en lo del salto en paracaídas porque cuanto más se acerca la hora, más cagada estoy. Entonces me suena el teléfono y, cuando descuelgo, me cago de otra manera. Es Adriana.

—No puedo ir, Claudia —suelta a bocajarro.

—Es una broma, ¿no?

Bastante miedo tengo ya como para encima tener que saltar sola.

—Ojalá, pero esta tarde ha venido una mujer y nos ha ofrecido una buena pasta por ir mañana a casa de su hija y peinar a unas cuantas chicas. Por lo visto se casa y a la peluquera que habían contratado le ha surgido un imprevisto. Ya sé que es una putada, Claudia, pero es mucho dinero y ya sabes que Manu y yo no vamos muy sobradas.

—No pasa nada, Adri, lo dejamos para otro día —digo desanimada.

—No se puede cambiar la fecha, Claudia, o vamos mañana, o tendremos que pagar otra vez.

—¿Qué? —pregunto alarmada.

—Lo que oyes, se lo he preguntado a mi amiga y como he avisado con tan poco tiempo, no puede hacer nada, o vamos o perdemos el dinero.

—Mierda —susurro.

—Claudia...

—¿Qué?

—Ve tú.

—No quiero saltar sola, Adri, ya te lo dije.

—Pues llama a alguien, no nos devuelven el dinero, pero sí que dejan que otra persona ocupe mi lugar, es solo cambiar el nombre.

Me quedo pensativa sin saber qué hacer, tenía tan metido en la cabeza que saltaría con ella, que pensar en hacerlo con otra persona o sola, me irrita.

—Me parece que voy a pasar, prefiero perder el dinero.

—Venga, Claudia, no me hagas sentir peor, ¿por qué no se lo preguntas a Moira? Seguro que estará encantada de ir contigo, solo hay que ver cómo te mira.

Cuando pienso en Moira se me dibuja una sonrisa inmensa, pero pedírselo a ella es rebajarme y, además, sé que me dirá que no solo para cabrearme. Le he dado tantas negativas que seguro que lo verá como una oportunidad para vengarse.

—Moira me dirá que no —aseguro convencida.

—No lo sabrás si no se lo preguntas, venga, llámala —me anima.

—Está bien.

Cuando Adriana cuelga, marco de inmediato el número de Moira, no quiero pensármelo porque sé que sí lo hago, al final no la llamaré.

—¿Ya me echas de menos? —dice en cuanto descuelga.

Esa prepotencia es la que hace que a veces me entren ganas de matarla, y también de colgar.

—Creo que ha sido un error llamarte.

—Eh, no me cuelgues sin decirme lo que quieres —dice más calmada.

—¿Por qué piensas que quiero algo?

—Porque nunca me llamas, Claudia, y siempre que intento quedar contigo me das largas, así que el único motivo que se me ocurre para que me llames, es que quieras algo.

Sus palabras me hacen sentirme un poco mal porque tiene razón, no he sido especialmente amable con ella y ahora la llamo porque necesito algo, pero entonces pienso en cuando me engañó para que fuera a verla y se me pasa.

—Tienes razón —admito con una sonrisa malvada—. Adriana no puede venir mañana a saltar en paracaídas conmigo y he pensado que a lo mejor tú querrías ir.

—Mmmm, no sé, había pensado pasar la mañana del sábado ordenando mis libros alfabéticamente, tu plan me parece demasiado aburrido comparado con el mío —dice con una suave carcajada.

—Que te den, Moira.

—Eres una interesada, solo quieres utilizarme para cubrir una vacante —dice como si se sintiera ofendida.

—Es cierto, si Adri hubiese podido, tú y yo ahora no estaríamos hablando —reconozco.

—Me encanta tu sinceridad, está bien, utilízame. ¿A qué hora te recojo?

Me esfuerzo para contener las ganas de gritar de emoción, y no es porque haya decidido acompañarme, es porque voy a verla.

—¿A las ocho?

—¿Me lo preguntas a mí? Mándame la dirección del sitio ese, anda —me pide divertida.

Cuando cuelgo, le mando mi dirección y aviso a Adriana para que cambie el nombre.

Capítulo 24

Casi no he dormido en toda la noche, los nervios y el miedo me han tenido con la mente activa más de lo que me hubiera gustado.

Moira ha decidido que es mejor salir a las siete y se presenta puntual en mi casa, cosa que agradezco, porque, como no podía dormir, estoy levantada desde las cinco.

Llegamos con el tiempo un poco justo; yo esperaba que nos sobrara algo y poder tomar un café tranquilamente para mentalizarme, o mejor una tila. Pero no hay tiempo para eso, aparcamos y después de que nos inscriban y el chico nos haga varias preguntas y apunte nuestro peso, nos llevan a la pista.

Intento parecer tan segura y envalentonada como lo parece Moira, pero conforme avanzamos, mis nervios crecen. Mientras caminamos por la pista vemos cómo los paracaídas van cayendo, la gente va aterrizando y, cuando observo sus caras de excitación, mis ganas de saltar vuelven a aparecer. Moira y yo nos miramos al verlos y sonreímos. Un monitor nos explica cómo funciona todo y nos dice que cada vez que el monitor que va a saltar con cada una de nosotras nos toque el hombro, tenemos que recoger brazos y piernas o, por el contrario, ya podemos estirar las extremidades. No tengo muy claro que a cuatro mil metros de altura sea capaz de recordarlo. Me vuelve a entrar el miedo y pienso en salir corriendo porque todavía estoy a tiempo, pero entonces me colocan el arnés y acaban con mis posibilidades.

—A mí apriétamelo muy fuerte, eh —le digo al chico—, procura que no se escape nada —insisto nerviosa.

—Relájate, Claudia, cuando te quieras dar cuenta, estarás tocando con los pies en el suelo otra vez —me dice Moira con una sonrisa que, en lugar de relajarme, me altera.

El avión está despegando y yo me estoy cagando en mis antepasados y en mi poca inteligencia por meterme en un berenjenal como este por voluntad propia. Ahora sé por qué nos han preguntado por el peso, un monitor nos dice que quien pesa más, salta primero y así sucesivamente. No entiendo el motivo, ¿será porque si alguien que pesa más que yo salta detrás de mí me acabará atrapando? Miro a Moira esperando una explicación, pero se encoge de hombros, ella tampoco lo sabe y eso me alivia, no soy la única que no sabe nada. Nos colocan en fila y, entonces me doy cuenta de que voy a ser la última en saltar. Veo que entre Moira y yo hay un par de chicas y eso me inquieta porque, de algún modo, me hacía sentir algo de seguridad saltar después de ella. Todo pasa muy rápido, cuando me doy cuenta, el monitor me engancha los mosquetones y veo cómo Moira me guiña un ojo antes de desaparecer por la puerta. ¿Es que esta mujer no le teme a nada?

Salta la siguiente chica y empieza a faltarme el aire, entonces salta la segunda y mi corazón late muy rápido. No quiero saltar, estoy temblando más que nunca en mi vida, tengo mucho miedo.

—¡No quiero! —grito con fuerza.

Pero el monitor me dice que me relaje y encoja brazos y piernas. Estoy colgando como un chorizo del pecho de este tío y el muy cabrón me saca por la puerta de manera que solo veo vacío. Aterrorizada, miro y veo puntitos de colores mientras grito con

desesperación, pero mi grito se corta de golpe cuando empiezo a caer al vacío. Qué poca consideración, podría haberme preguntado si estaba lista.

Casi no puedo respirar, siento que me caigo, pero claro, es que me estoy cayendo. Noto que la fuerza de la gravedad me absorbe hacia abajo y no puedo hacer nada, pero de pronto me toca el hombro para que abra brazos y piernas y ese miedo horrible comienza a dejar paso a un subidón de adrenalina impresionante y comienzo a disfrutar, al fin y al cabo, he venido a esto y ya he saltado.

De los mil puntitos de colores que veo solo distingo el azul del mar, todo lo demás es diminuto e impresionante desde esta altura. El monitor me toca el brazo y señala a mi izquierda, donde miro y veo al fotógrafo hacerme fotos e intento posar con la mejor de mis sonrisas mientras noto como mis mofletes tiemblan exageradamente. Lo mejor será que no mire esas fotos.

Seguimos cayendo. Los diminutos puntos comienzan a ser pequeñas parcelas, poco a poco todo se ve mejor y el monitor me toca el hombro, recojo brazos y piernas y, cuando el paracaídas se abre, siento una sacudida seca. El arnés se me clava un poco y ahora parece que flotemos. Empezamos a planear, el monitor tira de las anillas a un lado y a otro y dirige nuestro paracaídas haciendo pequeñas piruetas mientras yo grito de satisfacción y alegría. Me hace un gesto y me ofrece las anillas un instante sin apartar sus manos, pero me deja dirigir a mí y eso me enloquece, no puedo describir lo que siento ni compararlo con nada que haya hecho antes, simplemente es increíble.

Tras varios balanceos ya estamos llegando a tierra y comienzo a distinguir personas, pero no con la suficiente claridad como para localizar a Moira. El monitor me da un toque en el hombro y vuelvo a recoger las extremidades, el asfalto nos llama y siento algo de miedo, pero me ha tocado el mejor monitor del mundo y tras tocar dos o tres veces en el suelo con los pies, ya hemos llegado. Cuando se desengancha de mí, miro en todas direcciones mientras grito de alegría. Estoy eufórica y entonces la veo, Moira está a unos veinte metros de mí y cuando ve que la he localizado, abre los brazos con la misma euforia que yo siento.

—¡Ven aquí, Claudia! —grita a pleno pulmón.

Su gesto no hace más que añadir excitación al mundo de sensaciones que ya siento y que en este momento no controlo. No sé qué haré cuando llegue a hasta ella, pero ahora mismo es lo que más deseo en el mundo. Salgo corriendo como si alguien hubiera dado el pistoletazo de salida y Moira coloca una pierna delante de la otra para anclarse bien al suelo, presiente que no voy a frenar en cuanto llegue y hace bien, porque justo cuando llego a su altura, salto y me tiro sobre ella. Me abraza con fuerza y yo rodeo su cintura con las piernas, agarro su cara entre mis manos y le doy un beso de escándalo. Moira responde con entusiasmo y nuestras lenguas se entrelazan provocándome pequeñas descargas eléctricas por todo el cuerpo. Casi no puedo respirar, pero tampoco puedo ni quiero dejar de besarla. Poco a poco nos vamos separando y, cuando finalmente el aire corre entre nuestras bocas, nos miramos y sonreímos como dos tontas. Moira no me suelta y yo no quiero que lo haga, con esfuerzo por mi peso, da pequeños pasos que nos balancean y siento que floto entre sus brazos, ahora cogería mi arnés y lo engancharía al suyo para siempre.

—Creo que te ha gustado —me dice serena.

—Mucho —admito tan flojo que a ella no le queda otro remedio que leerlo de mis labios.

Ahora es Moira la que me besa y vuelvo a sentir como su lengua explora mi boca, mi

sexo arde y quiero irme, en este momento lo único que deseo es estar en un lugar más íntimo y demostrarle como me siento de una forma más física. Finalmente, nos separamos y nos quitamos el arnés. Toda la euforia que sentía hace unos instantes, ha dejado paso a un estado de levitación, he descargado tanta adrenalina que mi cuerpo todavía tiembla, pero siento que no tengo fuerza, que floto en una nube en la que solo estamos Moira y yo cuando ella me coge de la mano y, sin decir nada más, ambas comenzamos el camino de regreso al coche.

Cuando nos sentamos vuelve a coger mi mano y ninguna dice nada, aunque la temperatura de la calle es bastante alta, el coche estaba en la sombra y se está muy bien aquí dentro. Todo es demasiado agradable y los dedos de Moira están acariciando los míos de una forma diferente. Noto otra cosa más íntima en este contacto, no hay nada superficial, sus caricias me traspasan y cierro los ojos, estoy tan feliz en este momento que comienzo a llorar de alegría y la morena impertinente que conocí en el cajero, me abraza y me besa la cabeza con ternura.

—¿Quieres pasar el resto del fin de semana aquí conmigo?

Su voz es tan dulce y agradable que siento ganas de gritarle que sí, pero tampoco quiero mostrarle todo el entusiasmo que su propuesta me hace sentir y simplemente asiento con la cabeza mientras esas manos que tanto me gustan, recorren mi espalda con unas exquisitas caricias.

—Mi abuela compró un edificio de apartamentos en un pueblecito de aquí hace muchos años, siempre le ha gustado la Costa Brava.

Su voz se cuela por mis oídos y se convierte en una melodía que estremece hasta el último poro de mi piel.

—Alquiló todos los apartamentos menos los dos áticos —continúa explicando—, esos los dejó para que los disfrutara la familia, este fin de semana no hay nadie en ninguno de ellos, así que podemos quedarnos en el que más te guste.

—¿Tienes la llave? ¿Has venido hasta aquí con ella porque estabas segura de que accedería? —pregunto boquiabierto.

—No seas tan engreída, ¿qué te hace pensar que quiero acostarme contigo? —pregunta dándome un dulce beso en el cuello—, hay un guarda jurado en el edificio las veinticuatro horas del día y, casualmente, es mi abuela la que le paga el sueldo, él tiene las llaves, solo tengo que pedirselas.

Su respuesta me alegra y sonrío, pero no dejo que ella lo vea.

—No tengo nada de ropa para cambiarme —susurro y hago una mueca.

—Yo tampoco, iremos a comprar algo.

Y lo hacemos, Moira arranca el coche y conduce durante media hora mientras yo miro por la ventana en un estado de relajación que me asusta. Cuando mete el coche en el aparcamiento del edificio, no sé dónde estamos, estaba tan perdida en mis pensamientos, que no me he fijado y la verdad es que me da igual.

No llegamos a subir al ático, Moira me presenta al vigilante y, tras recoger las llaves, nos vamos a la calle. Es entonces cuando me doy cuenta de que estamos en primera línea de mar. Moira me coge de la mano como si fuéramos una pareja y, en lugar de cabrearme, acepto encantada, me gusta pasear así con ella y la dejo guiarme por las calles.

Es evidente que ha estado más veces aquí y lo conoce todo. Me lleva a una calle donde hay varias tiendas y las dos nos compramos una muda de recambio, unas chanclas, algo de ropa interior y un bikini.

De camino al apartamento, damos un rodeo y se detiene frente a un restaurante. Cuando miro el menú, comienzo a salivar, no hemos comido nada desde que hemos salido de mi casa y estoy muerta de hambre. Todo parece exquisito, pero cuando veo los precios me atraganto.

—Yo invito —dice ella con una sonrisa.

—Es carísimo, Moira, podemos buscar otra cosa.

—No quiero otra cosa, quiero invitarte a comer aquí —dice pegándose a mí—, ¿ves ese balcón acristalado de ahí?

Miro hacia arriba y veo una baranda de cristal tintado impoluto y asiento.

—Es el comedor de la terraza, ¿y sabes lo único que se ve?

—El mar —susurro.

—El mar —confirma ella.

No me resisto más, entramos y tras hablar un instante con el encargado, nos llevan a la terraza y nos dan una mesa en un rincón. Tenemos nuestra propia sombrilla y todas las mesas están separadas por láminas de cristal oscuro para proporcionar intimidad a todos los comensales. Moira tiene razón, si miro a mi izquierda por la terraza, solo veo un mar de color azul que brilla intensamente con el reflejo del sol, y si miro de frente, la veo a ella con sus increíbles ojos verdes y una dulce sonrisa que me hace temblar. La dejo elegir el menú, tengo tanta hambre que todo me parece bueno y, si fuera por mí, me pediría cuatro platos en este momento.

—Mmm, qué bueno —digo mientras saboreo el segundo plato.

Moira me mira divertida mientras como, parece que ella disfruta más viendo cómo yo me alimento que comiendo ella.

—Parece que no hayas comido en meses —bromea.

—Te sale más barato comprarme ropa que invitarme a comer —sonríó divertida.

—Ya lo veo.

Cuando salimos, damos otro rodeo antes de llegar al apartamento, las dos nos hemos atiborrado y necesitamos bajar un poco la comida. Al llegar, cogemos el ascensor y yo me pego a la pared. Cuando arranca, las dos nos miramos y comenzamos a reír, ¿nos pasará esto cada vez que subamos a un ascensor? En el rellano, Moira saca las llaves de los dos apartamentos y, tal y como me dijo, me los enseña y yo escojo el que más me gusta, el de la izquierda. Es más pequeño y soleado.

—Ponte el bikini —me pide cuando voy a entrar en la ducha—, por la tarde el agua del mar tiene una temperatura estupenda, vamos a darnos un baño.

Tampoco protesto, he decidido dejarme llevar por mi particular guía y de momento no tengo queja.

Capítulo 25

Cuando llegamos a la playa colocamos las toallas y observo a Moira quitarse la ropa. Aunque nos hemos acostado, no había llegado a ver su cuerpo y la visión que me regala con ese bikini blanco, me hace desearla todavía más. Me ruborizo cuando me quito la ropa porque sé que me está observando igual que yo a ella y, cuando la miro, me sonrío satisfecha.

—Mirona —digo tirándole mi camiseta.

La guarda en la bolsa junto con el resto de la ropa y se acerca a mí peligrosamente, su mirada me está traspasando, sé que trama algo y me pongo muy nerviosa porque no sé qué es.

—Claudia —me dice muy seria.

—¿Qué?

—¡Corre!

Un hormigueo nervioso me recorre todo el cuerpo como una descarga y sin saber por qué le hago caso, empiezo a correr como si me fuera la vida en ello. Mientras corro, me giro y la veo perseguirme, me entra la risa y empiezo a gritar cuando veo que está a punto de alcanzarme. Clavo la vista al frente y me meto entre la gente que pasea por la orilla. Todos nos miran, pero no puedo dejar de gritar mientras me río y eso me vuelve tan lenta, que me acaba atrapando y arrollando con su cuerpo.

Nos adentramos y el agua me salpica provocándome un intenso escalofrío. Sin más, me agarro a su cuello con fuerza porque no quiero que me hunda, y si lo intenta, ella se hundirá conmigo.

Sin embargo, no es eso lo que ocurre. Moira deja de sonreír y, de repente, sus labios se estrellan contra los míos y nuestras lenguas se abren paso rápidamente. El beso es electrizante y me deja tan trastornada que, cuando nos separamos, me coge con la guardia baja y aprovecha para hacerme la zancadilla, desestabilizarme y hacer que termine sumergida por completo.

—Fresquita, eh —dice divertida cuando saco la cabeza.

Quisiera gritarle, pero su sonrisa me desarma. Moira se acerca y me preparo porque pienso que me va a hacer algo, mi pulso se acelera porque nunca sé sus intenciones y pienso que me la va a jugar otra vez, pero en lugar de eso, coloca sus manos en mi cintura y vuelve a besarme. Sus labios salados y su lengua cálida me devoran y yo respondo, rodeo su cintura con las piernas y me entrego a su beso hasta que la muy traidora se aprovecha de la situación y me vuelve a hundir. Así pasamos el resto de la tarde, jugando en el agua sin parar, persiguiéndonos entre besos fortuitos y caricias espontáneas.

Cuando regresamos al apartamento estamos exhaustas, y cuando digo exhaustas, es casi muertas, hacía tiempo que no me sentía tan agotada y, en cuanto me he duchado, he caído rendida en el cómodo sofá.

—Llevo todo el día deseando que llegue la noche para hacer el amor contigo —confiesa Moira desplomándose a mi lado—, y ahora que ha llegado el momento, estoy tan cansada que me cuesta mantener los ojos abiertos.

No le digo nada, sus palabras me alivian profundamente porque yo también soy incapaz de hacer nada. Me muero de ganas de sentirla de nuevo, pero ahora mismo lo único que me apetece es acurrucarme junto a ella y dormir hasta que mi cuerpo diga basta. Y así es como Moira y yo pasamos nuestra primera noche juntas, estábamos tan cansadas que ni siquiera hemos cenado, nos hemos abrazado sin decir nada más y nos hemos quedado profundamente dormidas en el sofá.

Cuando me despierto estoy en la cama, la persiana está subida y entra mucha luz. Me giro y veo a Moira despatarrada bocabajo en ropa interior y sonrío porque ni siquiera recuerdo el momento en el que nos vinimos a la habitación. La observo y sonrío porque está profundamente dormida y parece inofensiva. La veo tan relajada que me sabe mal despertarla, así que me visto y salgo sigilosamente de la habitación, bajo a la calle y busco una panadería, y como no sé lo que le gusta, compro un gran surtido de pastitas que acompaño de batidos de chocolate y zumos de varios sabores.

Mientras lo preparo todo en una bandeja me pregunto qué estoy haciendo, ella y yo no somos nada y, aun así, me apetece mucho llevarle el desayuno a la cama. Moira me hace débil y eso me enfada y me preocupa, no sé por qué ejerce ese tipo de efecto en mí, pero a la vez me gusta. Al entrar en la habitación la encuentro despierta, mirándome con sus increíbles ojos achinados por el sueño.

—Buenos días, perezosa.

—Hola, preciosa —dice y me sonrío.

—¿Intentas conquistarme? —pregunto con la bandeja en las manos.

—Un poco, ¿voy bien? —pregunta divertida.

—Digamos que progresas adecuadamente.

Sonríe y alza la cabeza un poco para ver lo que hay en la bandeja.

—Qué bien huele —dice aspirando el aroma—, ¿es para mí?

—Para las dos —matizo para que entienda que yo también tengo hambre.

Esto no es como en las pelis, no tengo una mesita con ruedas donde colocarlo, así que pongo la bandeja en el centro de la cama y las dos nos sentamos a cada lado en posición de loto. Cuando Moira ve todo lo que hay arquea las cejas y me mira sonriente.

—No sabía lo que te gustaba —digo encogiéndome de hombros.

—Basta con que tengas claro que me gustas tú —afirma dejándome sin aliento.

Sus palabras me ponen nerviosa, no me lo esperaba y noto todo mi cuerpo revolucionado. Ahora no sé qué debo hacer, no sé si he de contestar o meterme algo en la boca para esquivar el tema, pero como siempre, la morena impertinente me aturde más todavía cuando coge un croissant pequeño de chocolate y se lo mete entero en la boca.

—Mmm, buenísimo —dice ante mi cara de asombro.

—Joder, qué bruta eres —sonrío con las cejas arqueadas mientras ella mueve la mandíbula con exageración para masticarlo.

—Coge uno antes de que me los coma todos y te deje sin probarlos —me advierte cuando por fin se lo traga.

Mientras devoramos el desayuno y disfrutamos de miradas clandestinas que se van cruzando entre nosotras, he caído en la cuenta de que ya es domingo y mi tiempo al lado de Moira está llegando a su fin, esta tarde tendremos que volver a casa y no me apetece en absoluto.

—¿Qué piensas? —me pregunta.

—Nada, tenía la mente en blanco.

—Eso no te lo crees ni tú, no hay nadie que consiga dejar la mente en blanco.

—¿Y tú qué sabes? Hay gente que dice que lo consigue con la meditación.

—Todo es mentira —contesta convencida mientras sigue comiendo—, es imposible no pensar, si dejas la mente en blanco seguro que te pones contenta porque lo has conseguido, pero no es cierto, estás pensando que la has dejado en blanco, por lo tanto, no la has dejado.

Me da la risa, yo tampoco creo que haya nadie que consiga eso, pero su argumento es tan enrevesado que podría convencer a cualquiera.

—¿Qué pensabas tú? —le pregunto yo a ella.

—Que conozco una cala nudista a pocos kilómetros de aquí, podrías cumplir otro de tus deseos —dice mirándome fijamente.

—¿Quieres que cumpla mi deseo o quieres verme desnuda? —pregunto divertida.

Moirá se levanta, coge la bandeja y la deja en el suelo mientras yo la observo.

—No he acabado —me quejo.

Pero no dice nada y mi pulso se dispara cuando se sube de nuevo a la cama, se acerca a mí, agarra mi camiseta por debajo y comienza a subir hasta quitármela.

—Quiero que cumplas tu deseo y también quiero verte desnuda —susurra con suavidad sobre mi oído.

Cuando se inclina sobre mí y me empuja para que me tumbe, no puedo resistirme, y es ahí cuando me doy cuenta de que no puedo ni quiero negarle nada porque me estoy enamorando de ella.

—¿Qué me has hecho? —le pregunto aturdida tras un orgasmo feroz que todavía me tiene jadeante.

—Eso mismo podría preguntarte yo.

Ninguna de las dos dice nada más al respecto, está claro que no tenemos la respuesta, pero ha pasado. Nos gustamos tanto que no podemos separarnos. El silencio lo envuelve todo en la habitación, un silencio tranquilo y cómodo que Moira rompe mientras traza dibujos sobre la piel de mi hombro.

—Ahora que ya te he visto desnuda por completo, te propongo ir a la playa nudista solo para cumplir tu deseo —dice sonriendo.

—Está bien —acepto y le doy un beso en los labios antes de levantarme.

Cogemos el coche y Moira conduce varios kilómetros por la costa hasta que aparca en un lado de la carretera donde hay pocos coches. Nos bajamos y comenzamos a caminar por medio del bosque y las rocas durante varios minutos bajo un sol abrasador.

—¿A dónde me llevas? —pregunto agotada—, se supone que vamos a la playa —me quejo suspirando.

—Y ahí es donde te llevo, aunque no es una playa, es una cala —especifica—, está un poco escondida, pero te aseguro que merece la pena.

—¿Vienes a menudo? —pregunto socarrona.

—A veces —confiesa mirándome de reojo—. Me gustan la playa y la tranquilidad, y eso en las playas de fácil acceso no se encuentra, en cambio, las nudistas suelen estar más escondidas, viene menos gente y hasta puedes leer sin que nadie te distraiga.

—¿No te importa que te vean desnuda? —pregunto un poco preocupada.

La verdad es que pensar en quedarme en cueros ante gente desconocida, me inquieta un poco.

—No. La gente va a su rollo, Claudia, no vienen aquí para mirarte a ti ni a nadie,

vienen a disfrutar de un baño tal y como llegaron al mundo.

—Seguro que hay algún mirón —opino recelosa.

—Hay mirones en todas partes.

Cuando llegamos tengo que reconocerle a Moira que tenía razón, esta cala es una maravilla de la naturaleza, el agua es cristalina y todo está rodeado de rocas. Observo a mi alrededor mientras buscamos un sitio en el que colocarnos y, aunque al principio me ruborizo y siento algo de vergüenza, enseguida se me pasa. Moira vuelve a tener razón, aquí la gente va a lo suyo y nadie nos presta más atención que la de un primer vistazo a los recién llegados. Me quedo de pie mirando a Moira esperando a que se desnude para hacerlo yo.

—Ah, ah, señorita Martínez, tú primera —dice acercándose a mí.

Mi pulso se acelera otra vez, sobre todo cuando siento las manos de Moira en mi espalda y de pronto la parte superior de mi bikini desaparece dejando mis pechos al aire. Suelo hacer *topless* cuando voy a la playa, pero una cosa es quitarme el sujetador y otra las bragas.

—O te las quitas o te las quito —me dice divertida quitándose también la parte de arriba.

Clavo la vista en ella y me las quito mientras Moira me mira. Sonríe y se desnuda. Después me coge de la mano y me guía hasta el agua, donde nos adentramos hasta que nos llega por encima de la cintura, momento en el que Moira se detiene, me coloca las manos en las caderas y me mira muy seria.

—Eres preciosa —me susurra con la voz ronca.

Podría decirle muchas cosas, pero sus palabras han sonado tan sinceras, que solo puedo demostrarle lo que siento besándola de nuevo.

Hacemos el camino de vuelta igual que el de la ida, estoy tan cansada que solo deseo dormir, pero sé lo que molesta que alguien se duerma a tu lado cuando conduces y estás cansada, así que subo el volumen de la radio, bajamos las ventanillas y cantamos hasta que nos duele la garganta.

Cuando llegamos es tarde y en la mayoría de los restaurantes la cocina está cerrada, así que nos compramos unos bocadillos y unos refrescos y nos los comemos sentadas en un muro frente al paseo marítimo.

Este fin de semana que hemos pasado juntas de forma inesperada ha llegado a su fin y eso me produce una desazón que me tengo que esforzar por disimular.

Después de comer paseamos un rato para bajar la comida y volvemos al apartamento. Cuando voy a cerrar la puerta del baño para darme una ducha, me encuentro a Moira.

—¿Puedo entrar?

Me muerdo los labios y no contesto, simplemente dejo la puerta abierta y comienzo a quitarme la ropa. Cuando estábamos en la cala nudista me he quedado con las ganas tras contemplar su cuerpo desnudo durante tanto tiempo, pero ahora no pienso hacerlo, así que le sonrío y me acerco a ella.

Reconozco que no soy muy amante de hacerlo en la ducha, pero la conexión con Moira es tan intensa, que esperar a salir de ella sería insoportable.

—Puedes dormir si quieres —me dice cuando volvemos en el coche.

Pero no quiero, es cierto que no estoy hablando y tengo la cabeza apoyada en la ventanilla, pero no tengo sueño, estoy muy relajada y disfruto enormemente de los minutos que me quedan a su lado.

—No tengo sueño —contesto en un susurro.

Moira pone una mano sobre mi muslo, yo pongo la mía encima de la suya y entrelazamos los dedos para deshacer el camino de vuelta y volver al mundo real.

Capítulo 26

Me he pasado toda la semana como si flotara en una nube de algodón. Desde que llegué el domingo de nuestro bonito fin de semana juntas, no puedo quitarme a Moira de la cabeza, incluso las broncas de Silvia me han parecido más llevaderas. Es como si todo mi mundo se hubiera vuelto más bonito y apetecible y, cuando pienso estas cosas me enfado conmigo misma, sobre todo porque Moira tan solo me ha dejado un mensaje en toda la semana. Empiezo a pensar que mi teoría era cierta, toda su insistencia en quedar conmigo se basaba en acostarse conmigo otra vez, y como ya lo ha conseguido, ha perdido el interés.

Hoy es viernes, y esta vez son Adriana y Manuela las que se han venido a mi casa para cenar. Antes de que llegaran he bajado a comprar unas pizzas en la pizzería de abajo y me he encontrado con Carla. Al principio ha sido un poco raro, las dos nos hemos quedado mirando fijamente sin saber qué decir, pero de pronto hemos sonreído al pensar en el último día que nos vimos y nos hemos abrazado.

—Uy, parece que hoy tienes compañía —me dice sonriente cuando pido tres pizzas.

—Es una cena con amigas, y no —niego tajante cuando veo su sonrisa socarrona—, no están interesadas en una orgía.

—Lástima —bromea sin perder esa sonrisa tan jovial.

Cuando llega su turno, vuelve a pedir una pizza hawaiana y yo hago una mueca de asco al pensar en la piña.

—¿Sabes que ahora cada vez que como piña me lavo los dientes? —dice riendo.

—¿En serio? —contesto divertida.

—Sí, nunca se sabe cuándo una chica preciosa accederá a cenar contigo, y no quiero perder mis opciones por un trozo de piña calentorro.

Tras hablar un rato con ella, por fin me entregan mis pizzas y me despido de Carla con un par de besos. Adriana y Manuela no tardan en llegar y, en cuanto nos sentamos a cenar, me exigen que les cuente hasta el último detalle de mi fin de semana junto a Moira. Lo hago entusiasmada, empiezo por cómo me sentí cuando salté en paracaídas y a la pobre Adriana se le ponen los dientes largos, luego continúo explicando todo lo que Moira y yo hicimos durante el intenso fin de semana y, cuando digo todo; es todo, sexo incluido, aunque sin detalles.

—¡Joder! —dice Adriana de pronto.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

—Te has encoñado, Claudia, estás pilladísima por Moira.

—No es cierto —me defiende alarmada.

¿Tiene razón mi amiga? ¿Me he enamorado de Moira? La verdad es que tiene toda la pinta, y si no lo he hecho ya, poco me debe faltar.

—Ya lo creo que lo es —la apoya Manuela—, solo hay que verte la cara, Claudia, estás distinta, incluso tu mirada es diferente.

—No seas cursi, Manu —digo enfadada—, eso no es verdad, puede que me guste, pero de ahí a que me cambie la expresión —añado con los ojos en blanco, negándome a admitirlo.

—Reconozco que lo que ha dicho mi mujer es cursi, Claudia, pero es cierto, esa chica ha activado algo en ti que antes no tenías —corrobora Adriana.

—Pues esa chica es una gilipollas —bufo todavía más enfadada.

Ahí empieza el momento en el que les cuento lo indignada que estoy porque Moira lleva toda la semana pasando de mí. La verdad es que hasta ahora no había sido consciente de lo mucho que me está afectando, pero lo hace. Las dos intentan quitarle importancia al tema, pero tampoco me dan un argumento convincente que pueda justificar la aparente desaparición de Moira, por lo que mi teoría de que solo quería llevarme a la cama, va cobrando fuerza.

—Vale, parece que lo tienes muy claro y no te vamos a hacer cambiar de opinión —dice Adriana—, ¿qué te parece si en lugar de seguir hablando de ella, hablamos del viaje a Noruega?

—¿El viaje a Noruega? —pregunto extrañada.

—Sí, Manu y yo lo estuvimos hablando y hemos pensado que como nosotras viajamos muy poco y tú no quieres ir sola, tal vez podríamos ir las tres juntas.

Adri acaba de captar toda mi atención.

—Vale, pero no pienso dormir con vosotras.

—Ni nosotras contigo —se ríe Manuela—, cogemos una habitación doble y otra individual, que con lo activa que estás últimamente eres capaz de meterte en nuestra cama.

—Mmm, suena interesante —bromeo y ella se horroriza.

—Bueno, pues entonces, si te parece bien, yo me ocupo de todo, hablaré con mi amiga para que me recomiende cosas y podríamos ir en el siguiente puente.

Saco el móvil y miro mi calendario laboral porque la única que tiene las fechas marcadas de las tres soy yo, ellas pueden cogerse los días cuando quieran. Mi siguiente puente es en tres semanas, dispongo de cuatro días y son más que suficientes para ver la aurora boreal. Adriana se apunta las fechas y, cuando se van, contemplo mi lista en el espejo. Solo faltan dos deseos por cumplir, el de la aurora boreal ya está en marcha y solo me quedará el de mirar mientras alguien folla. Este último cada vez lo veo más complicado, a veces mi mente calenturienta piensa en hablar con Carla y explicarle mi problema, estoy segura de que no le importará que mire la próxima vez que Sara vaya a su casa. El único problema es que como ya me he acostado con las dos y recuerdo lo bien que me lo pasé, seguro que me entran ganas y acabo participando otra vez. No tiene nada malo, podría hacerlo, pero desde que me acosté con Moira esta última vez, no me apetece acostarme con nadie que no sea ella, y eso me irrita. Cierro la puerta del armario de mala manera, casi al mismo tiempo que cuando mi móvil comienza a sonar, sobresaltándome. Doy por hecho que mis amigas se habrán dejado algo en mi casa y me llaman para decírmelo, pero cuando miro la pantalla me sorprende y mi pulso se dispara al comprobar que es Moira.

—¿Qué quieres? —contesto de mal humor.

—Vaya, qué tono —dice con voz amigable—, ¿va todo bien?

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Me he perdido algo? —pregunta aturdida.

—Probablemente, muchas cosas... ¿Qué quieres Moira?

—Necesito que me hagas un favor.

—Qué morro tienes —me quejo—, te pasas toda la semana sin decirme nada y ahora solo llamas porque necesitas un favor.

—Oye, no sé qué te pasa, pero relájate, ¿vale? —dice también de mal humor—, te

recuerdo que la que se pasó meses dándome largas fuiste tú, y la que me llamó porque se había quedado tirada para saltar en paracaídas también —añade para rematar.

Me da mucha rabia que me eche cosas en cara, pero he de admitir que tiene razón. No ha dicho nada que no fuera cierto, así que me muerdo la lengua y, en lugar de atacarla con algo absurdo, intento ser cordial porque en el fondo, sé que me estoy pasando.

—Está bien, ¿qué quieres?

—Necesito que mañana vengas a cenar con mi familia.

Los ojos se me abren enormemente.

—¿Con tu familia yo? ¿A ti se te ha ido la olla o qué? —pregunto impactada.

—No se me ha ido, señorita Martínez, es el cumpleaños de mi abuela y no deja de decir lo contenta que está porque Marta y su novia irán a la cena.

—¿Tu prima tiene novia? —pregunto desconcertada.

—No tiene novia, tiene novio.

—Me estoy perdiendo, Moira —digo cada vez más descolocada.

—Joder, Claudia. Para mi abuela, mi prima Marta y su novia somos tú y yo, desde que nos vio juntas el otro día, no ha dejado de hablar de ti. Marta siempre ha sido su favorita y, por algún motivo, cree que eres tú, y lo que es más importante, te recuerda.

—A ver si me aclaro, pretendes que te acompañe a esa cena, me haga pasar por Marta y que a su vez finja que soy tu novia.

—Eso mismo.

—¿Tú estás loca o qué te pasa? ¿Has pensado en lo aturdida que se puede sentir tu abuela si me ve a mí y ve también a tu prima?

—Claro que lo he pensado, pero mi prima no va a ir, está de viaje con su novio en Dinamarca desde el martes. No lo hagas por mí, hazlo por la abuela —se burla.

—Qué graciosa.

—Venga, Claudia, solo es cenar, yo le explicaré a mi familia lo que pasa y todos nos seguirán el rollo para hacer feliz a la abuela. Eso es lo único que les importa, en serio.

—Está bien —acepto resignada—, pero que te quede claro que lo hago por ella, no por ti.

—Gracias. En serio.

—De nada. Ya me dirás a qué hora me recoges, buenas noches, Moira.

—Qué descanses, Claudia.

Cuando cuelgo y pienso en lo que voy a hacer, todo me parece una locura. La abuela me recuerda, pero me recuerda a veces, ¿qué pasará si mientras cenamos vuelve en sí? Es capaz de lanzarme un cuchillo por estar sentada junto a su maravillosa nieta.

Yo: Deberíamos comprarle un regalo.

Le digo a través de un mensaje.

Moira: no te preocupes por eso, mi padre y mis tíos se encargan de los regalos.

Yo: Sosa.

Moira: Borde.

Capítulo 27

Al día siguiente, Moira me pide en otro mensaje que me ponga un vestido elegante. Toda su familia viste de etiqueta y no quiere que me sienta incómoda. Por suerte, tengo uno precioso de la última boda a la que fui que me viene perfecto para la ocasión.

Moira me recoge a las ocho en punto de la noche y, cuando bajo —nerviosa como una adolescente— la encuentro frente a su coche con un vestido negro y un recogido que le sienta de infarto. Todo el enfado que tenía se me pasa cuando me sonrío al verme.

—Estás impresionante —dice dándome un repaso.

—Tú tampoco estás mal —respondo sonrojada.

Se acerca a mí y me droga con su exquisito aroma, pero no lo suficiente como para que no me aparte cuando intenta besarme.

—No te lo has ganado —digo tratando de sonar convincente, aunque lo deseo más que ella.

Se muerde los labios y sonrío con malicia.

—Tal vez —me susurra—, pero esta noche te besaré, tienes tantas ganas como yo —afirma abriendo la puerta del coche e invitándome a entrar.

No la soporto, cuando se pone así de prepotente me excita y me enfada a la vez. Moira conduce y yo no digo nada, pero ambas vamos intercambiando miradas de vez en cuando y eso me gusta. Estar sentada a su lado en el coche me recuerda nuestro fin de semana y, por mucho que quiero seguir enfadada, me resulta imposible. Me sorprende cuando veo que estamos llegando a su empresa.

—¿Qué haces?

—Vamos a cenar —dice aludiendo a la obviedad.

—¿Aquí?

—Sí, ya te dije que cuando sacamos a la abuela de la oficina siempre empeora, así que lo hemos organizado todo para que no salga de aquí, cenaremos en el comedor de los trabajadores.

La miro y sonrío, me parece un detalle precioso por parte de toda la familia. Puede que la abuela sea una bruja en su estado natural, pero es la abuela y todos la quieren, incluso yo estoy empezando a cogerle algo de cariño.

Cuando entramos paso mucha vergüenza. Moira me presenta a varios familiares suyos, entre ellos a su padre, y no puedo evitar pensar en lo que diría mi jefa si me viera aquí, sentándome en la misma mesa que uno de sus muchos amantes. Moira nota mi nerviosismo y me aleja de todo el mundo mientras el servicio de cáterin acaba de preparar la cena.

—Gracias por haber venido, ya has visto que somos bastante normales y nadie va a comerte —dice y me sonrío.

Asiento y acepto la copa que me ofrece. A ella le parece normal, pero a mí no, sobre todo porque me doy cuenta de que Adriana tenía razón; estoy muy pillada por Moira, cada vez que me mira me derribo, cuando me habla babeo y si me toca tiemblo. De pronto se oye algo de barullo, la abuela ha bajado acompañada por Aurora y todos la están saludando.

—¿Y si ahora no me reconoce? —le pregunto atemorizada.

—Pues te haces pasar por quien crea que eres y me dejas disfrutar de esta cena contigo.

—¿A ti qué te pasa, Moira? —pregunto enfadada—, no has querido saber nada de mí en toda la semana, ¿y ahora te apetece disfrutar de una cena conmigo? ¿Quieres cenar o te apetece más follarme? Porque si es lo segundo puedes ahorrarte el paripé, vamos a tu despacho, me follas y me voy, ya me llamarás cuando te apetezca echar otro polvo —escupo enfurecida.

Tras ser incapaz de contener todos mis reproches, me siento tan desesperada al ser consciente de lo que comienzo a sentir por ella, que solo tengo ganas de llorar.

—¿A qué viene todo esto, Claudia? —dice algo molesta, pero en voz baja—, me estás volviendo loca. Si te llamo dices que soy una pesada y si no lo hago te enfadas porque paso de ti, aclárate, joder.

Moira tiene razón, soy impertinente e insoportable. Lo cierto es que todo este torrente de sentimientos comienza a aterrorizarme y, en lugar de afrontarlo como una persona adulta, me comporto como una niña caprichosa y tóxica. Noto como las primeras lágrimas de impotencia empiezan a formarse en mis ojos y decido que lo mejor que puedo hacer es marcharme y hablar con Moira cuando esté más calmada, pero cuando estoy a punto de llegar a la puerta, la abuela me llama.

—Martita —dice abriendo los brazos.

Miro a un lado y a otro y todos me miran, pero la única mirada que me importa es la de Moira, que noto como me traspasa. Está enfadada y yo también, pero la abuela no tiene la culpa, así que cojo aire, camino hacia ella y la abrazo. La abuela me estruja como nunca, está claro que esa mujer adora a su nieta, pero yo recibo tanto cariño en su nombre que, en mi estado sensible, acaba por hacer que se me escapen algunas lágrimas.

—¿Qué te pasa, cariño? —dice mirándome fijamente.

—Nada, abuela, es que estoy muy contenta de verte otra vez, te echaba de menos.

Sueno tan convincente que hasta yo me sorprendo. La abuela me abraza de nuevo y no deja de besarme. Cuando abro los ojos, veo como todos me miran y el padre de Moira me guiña un ojo. No pensará tirarme la caña el muy cerdo, ¿no? Paso de él y me separo de la abuela, después miro a Moira y extendiendo una mano hacia ella.

—Abuela, ¿te acuerdas de mi novia, Moira?

—Oh, sí, cariño, es muy guapa —contesta guiñándome un ojo.

¿Qué le pasa en los ojos a esta familia? ¿Tienen un tic hereditario?

Moira se acerca con la mejor de sus sonrisas y se abraza también a la abuela. Siento mucho que no la reconozca, sé lo duro que es porque yo también lo viví con mi abuelo y me alegro de que al menos, por pensar que está conmigo, la deje acercarse a ella.

—¿Te quedas? —me pregunta Moira en voz baja.

—Sí, pero por ella.

—Me parece perfecto.

Odio esta tensión entre nosotras. Pienso en por qué hemos discutido y me parece absurdo, pero ya está hecho y no pienso retractarme, estoy dolida y me duele todavía más que ella no se dé cuenta de que lo único que me pasa, es que estoy loca por ella.

La mesa es alargada y la abuela ocupa una de las cabeceras. A uno de sus lados están todos sus hijos con sus respectivas mujeres y, por último, el padre de Moira, que está solo. Por suerte está lejos de mí, la abuela ha insistido en que me siente a su otro lado y la verdad

es que me siento muy cómoda aquí. Todos hablan sin parar, sobre todo del negocio, pero la tía de Moira parece que pasa del tema tanto como yo y se entretiene haciéndome preguntas que respondo con sinceridad. Lo único que finjo es que me llamo Marta y que Moira es mi novia por si la abuela nos escucha, pero todo lo demás no hace falta.

—Son unos pesados, Marta —me dice su tía Melisa—, siempre que nos reunimos es más de lo mismo, trabajo y más trabajo, tienes suerte de estar aquí de paso, esto aburre hasta los muertos.

Cuando me dice que estoy de paso siento un pinchazo en el pecho ante el golpe de realidad, pero no digo nada.

—No te pases, cariño —le dice su marido.

—¿Para eso si me escuchas? —le responde ella con recelo.

Está claro que esa mujer está hasta el gorro, aun así, me parecen una familia bastante unida. Moira parece nerviosa, lleva rato hablando con su padre y su primo y el ambiente comienza a caldearse entre ellos. No sé muy bien de qué va la cosa porque estaba hablando con su tía, pero parece que el enfrentamiento es con su primo, y su padre, en lugar de defenderla a ella, defiende al primo.

—Vale ya —interviene otra de sus tías—, estamos celebrando el cumpleaños de la abuela, dejad vuestras discusiones de trabajo para el día a día.

Tras las palabras de la mujer, que parece ser alguien a quien todos obedecen, su primo se levanta y se va hacia la barra improvisada, el padre de Moira coge su cerveza y lo sigue y Moira se muerde los labios y suspira profundamente.

—¿Estás bien? —pregunto cogiendo su mano por debajo de la mesa.

De pronto me mira, me sonrío ligeramente y me guiña un ojo.

—No te preocupes —susurra mientras yo me derrito.

Al cabo de un rato su padre y su primo vuelven a la mesa, pero ahora el tema de conversación lo dirige su tía y todo es apacible y divertido porque están contando anécdotas de cuando Moira y sus primos eran pequeños y me estoy riendo mucho.

—Espero que todo lo que oyes se quede aquí —me pide avergonzada.

—Umm, ya veremos, según como te portes.

No sé en qué momento nuestro enfado ha desaparecido y ha dado lugar a una cena en la que no dejamos de demostrarnos cariño mutuo.

—¿Que tu abuela no hable es normal? —le pregunto preocupada.

La pobre mujer lleva toda la cena sin decir una palabra, se limita a observar, escuchar y sonreír de vez en cuando. A veces dudo de si está en plan abuela adorable o si la arpía ha hecho acto de presencia y observa esperando el momento de atacar. De pronto se levanta y todos la miramos expectantes porque parece que va a decir algo, pero en lugar de eso, comienza a caminar con decisión hacia algún punto de la sala. Su hijo se levanta y la sigue.

—¿A dónde vas, mamá?

—A trabajar, sois todos un hatajo de vagos, no me extraña que en los últimos años hayamos acumulado tantas pérdidas —suelta enfadada.

Su nuera también se levanta y, Aurora, que estaba sentada al final de la mesa con una de las nietas, también acude en su ayuda. Tras un buen rato de charla en el que no sé qué le dicen para calmarla, finalmente vuelve y se sienta. Moira me aprieta la mano con más fuerza transmitiéndome su tristeza y yo me acurruco contra ella y le doy un beso en la mejilla que me agradece devolviéndome una sonrisa.

Cuando parece que todo está calmado, la abuela comienza a mirarnos a todos con

recelo, escrutándonos uno por uno, y su mirada es tan intensa que me asusta.

—Me siento como si hubiera cometido un delito —le digo a Moira entre dientes—, ¿qué va a hacer ahora?

—Ni idea —dice sonriente—, esto es nuevo, pero por si acaso, pégate a mí —dice acomodándose entre sus brazos.

—¿Utilizas a tu abuela como excusa para abrazarme? —pregunto divertida.

—¿Se nota?

—Solo un poco...

La abuela sigue con su escrutinio penetrante y yo no dejo de mirarla, expectante. Básicamente, porque si le da por escupir, quiero estar preparada, pero entonces su gesto cambia de golpe, pasa de una mirada amenazante a una sonrisa maliciosa y de manera repentina, comienza a cantar tan fuerte, que tanto Moira como yo saltamos en las sillas del susto. La abuela grita como una auténtica cantante de ópera, tiene un cuchillo en una mano y un tenedor en la otra, los alza al cielo y brama con fuerza palabras que no se entienden mientras toda la familia la mira entre alucinada y aturdida. Por puro respeto es por lo único que logro contener las ganas de reír.

De pronto se detiene y nos mira como si esperara algo, todos están pasmados y no reaccionan hasta que yo me entusiasmo y comienzo a aplaudirle como una posesa. Moira me sigue el rollo enseguida y pronto se unen todos los demás. A la abuela se le dibuja una amplia sonrisa de orgullo y comienza a dar las gracias y a hacer reverencias como si estuviera sobre un escenario. Moira silba con fuerza y yo no dejo de aplaudir y gritar con alegría, su tía me sigue y al final lo hacen todos y la abuela comienza a berrear otra vez llena de orgullo. Hemos convertido la cena en un concierto improvisado donde todos lo estamos pasando de maravilla. Ya no puedo aguantarme la risa, cuanto más canta ella, más aplaudimos nosotros y más se emociona, hasta que de pronto se calla, se sienta y comienza a mover la mandíbula.

—Mierda —digo serenándome de golpe.

—Ahora sí, Claudia —me advierte Moira divertida—. ¡Todo el mundo a cubierto! —grita para alertarlos a todos.

Parece que sea una palabra clave entre ellos porque al escucharla, todos abandonan sus sillas como una estampida y se alejan de la mesa dejando a la abuela sola. A ella no parece importarle, tiene la mirada fija en un punto concreto y lo único que mueve es la mandíbula. Moira me abraza por atrás y juntas esperamos desde una posición alejada a que la abuela dispare. Parece que este será gordo, la abuela lo mueve de un lado a otro como si lo estuviera amasando y engordando hasta que, finalmente, inclina la cabeza hacia atrás para coger impulso y, como una auténtica experta, lanza un escupitajo con tanta fuerza, que coge efecto. El esputo se eleva en el aire y va atravesando toda la mesa hasta que al final cae dentro de la copa de su primo.

—¡Guau! —exclama Moira junto a mi oreja.

—Qué pasada —digo alucinada—, ha volado cinco metros por lo menos.

—Si sigue a este ritmo, pronto no habrá dónde esconderse —se ríe su tía.

Aurora se acerca a su tía y oigo cómo le dice que la abuela necesita descansar, así que deciden sacar ya el pastel para que sople las velas y pueda retirarse. Todos volvemos a la mesa y veo como su primo coge la copa con asco y se la lleva para cambiarla por otra. En el fondo me alegro de que eso le haya ocurrido a él, no sé qué problema hay entre él y Moira, pero desde luego yo estoy a favor de la morena impertinente del cajero que ahora pasa de

mí. De pronto aparece su tío con un enorme pastel en las manos y las velas encendidas y, cuando todos nos disponemos a cantar cumpleaños feliz, nos sorprendemos al ver que la primera que comienza a cantar es la propia abuela. No solo canta, sino que, a la vez que lo hace, da palmadas con las manos como si el pastel fuera para un niño pequeño. Moira me mira divertida y rápidamente todos nos unimos a ella hasta que la canción termina. Entonces su tío coloca el pastel delante de ella y la abuela me mira sonriendo.

—Felicidades, Martita, sopla las velas, cariño.

Me quedo aturdida y no sé qué hacer, ella me mira con mucho entusiasmo y escucho cómo todos se ríen.

—Sopla, cariño —insiste ella—, ¿quieres que te ayude la abuela?

—Sí —respondo entrando en su juego.

—A la de tres —dice muy contenta—, una, dos, ¡y tres!

En cuanto dice tres, las dos soplamos a la vez con fuerza y apagamos las velas, la abuela aplaude como una loca de contenta y después me abraza mientras yo miro a Moira, que no deja de reírse y grabar con el móvil.

—De esta te acuerdas —la amenazo cuando la abuela me suelta.

Pero entonces ella se pone muy seria, se acerca a mí y me susurra al oído.

—Has hecho muy feliz a mi abuela hoy, te aseguro que me acordaré siempre.

La miro, ella me devuelve la mirada y nos besamos. No es un beso profundo porque hay mucha gente y no es apropiado, pero me parece suficiente para saborear sus labios otra vez. Aurora se lleva a la abuela después de que todos nos despedamos de ella y, tras comernos el pastel, le pido a Moira que me lleve a casa.

—¿No quieres que demos un paseo? Hay feria en el puerto...

—No me apetece, Moira, prefiero irme a casa.

—Venga, Claudia, hagamos como en Gerona, hemos comido hasta reventar y necesito bajar un poco la comida, sé que tú también, un paseo corto y nos vamos cuando tú digas —insiste.

Al final accedo, el único motivo por el que deseo irme a casa es porque necesito acabar cuanto antes con todo esto. Está claro que Moira no siente por mí lo mismo que yo por ella y que solo me llamará cuando necesite algo o tenga ganas de echar un polvo. Pensar eso me entristece mucho, pero la idea de dar ese paseo con ella me apetece, realmente estoy atiborrada y sé que no podré dormir si no bajo un poco la comida.

—Está bien, un paseo y me llevas a mi casa.

—Hecho —sonríe pletórica y tengo la sensación de que esta noche está más guapa que nunca.

Capítulo 28

Cuando llegamos a la feria, la música y el ambiente me animan un poco. Moira se detiene en una carpa y pide dos gin-tonics.

—Es digestivo —dice entregándome el mío.

La verdad es que entra de maravilla, y que esté tan frío con el calor que hace, resulta muy agradable. Cuando nos lo acabamos lo dejamos en otra carpa y Moira me convence para subirnos en el saltamontes. No me gustan mucho las atracciones, pero esta siempre me ha resultado especialmente divertida y me río mucho cuando Moira me hace cosquillas mientras el saltamontes sube y baja a toda velocidad. Cuando bajamos estamos eufóricas y me dejo convencer de nuevo, embriagada por su sonrisa. Esta vez subimos en una pequeña montaña rusa, después en un barco que se balancea como un martillo y, por último, en el tren de la bruja donde ambas salimos con el pelo lleno de paja.

—¿Podemos seguir paseando ya? Si subo en otra atracción al final me sentará mal la cena —le suplico.

—Claro, ¿qué te parece si vamos al otro lado de las carpas? Allí está el puerto y no habrá casi nadie porque todo el mundo está aquí, podemos pasear tranquilamente y disfrutar de la luz de la luna.

Qué romántica se me ha vuelto la chica, lástima que todo esto sea solo algo efímero. Su plan me parece estupendo y, además, tiene razón, cuando atravesamos la zona de carpas de la feria y llegamos al otro lado, no solo el ruido de la música disminuye hasta oírse solo de fondo, sino que las carpas tapan la luz de las atracciones y en el puerto de este pueblo casi no hay iluminación artificial porque no hace falta, el reflejo de la luna en el agua proporciona la luz suficiente como para que podamos pasear sin problema.

—Realmente es muy tranquilo, parece mentira que a pocos metros de aquí haya tanta gente —murmuro sorprendida.

Casi no nos hemos cruzado con nadie, tan solo hemos visto a un par de chicas fumándose un canuto a escondidas y a una pareja paseando en dirección contraria. Me agarro al brazo de Moira y paseamos lentamente, la temperatura comienza a bajar y el aire que corre es muy agradable a estas horas. Estoy cansada de caminar con los tacones, pero se está tan bien que no quiero irme todavía, así que Moira me ayuda a sentarme sobre la baranda de madera y ella se queda justo delante de mí, sujetándose por la cintura.

—¿No te fías de que no me caiga?

—No me apetece darme un chapuzón para rescatarte, la verdad. ¿Vas a contarme qué te pasa? —susurra de pronto, sacando de nuevo un tema que ya creía que estaba zanjado.

—No quiero discutir, Moira, creo que ya está todo hablado, ¿te importa si disfrutamos de este momento sin más?

Ella suspira tras clavarme la mirada, pero asiente.

—Claro —contesta resignada—, pero no disfrutaré si no te beso, Claudia.

Sus palabras me resquebrajan por dentro, soy incapaz de darle una negativa cuando sus labios se posan sobre los míos y me sumerge en un intenso y profundo beso. Su lengua me está electrocutando y cada vez que roza la mía, me excito irremediablemente. Moira

hace que la desee tan solo con un beso y no lo soporto, me siento muy vulnerable y muy a su merced cuando eso pasa, ahora mismo sería incapaz de negarle nada. Nuestro beso sigue y me desconecto del resto del mundo hasta que un ruido a nuestra izquierda nos alerta a las dos. El ruido son unas risas nerviosas y de pronto vemos aparecer a una pareja, ella se coloca de espaldas a la barandilla y él de frente, miran a un lado y al otro con prisas y comienzan a besarse con desesperación. Está claro que no nos han visto, nosotras estamos en una zona oscurecida por la sombra de una caseta y ellos se han colocado bajo la luz de una de las pocas farolas que hay.

—Creo que, si esperamos un poco, cumplirás otro de tus deseos sin proponértelo —me susurra Moira sin ocultar su asombro.

—¿Qué deseo? —pregunto como una boba.

El beso de Moira me ha dejado atontada y tardo en reaccionar. Pienso en los deseos que me quedan, son solo dos y está claro que no voy a ver la aurora boreal aquí, por lo que el único que queda es el de ver a alguien follar y el pulso se me acelera al pensarlo.

—¿Tú crees? —le pregunto en voz baja.

—Por supuesto, y al ritmo que van, no tardarán mucho —me dice convencida.

De pronto se hace el silencio entre nosotras, nos abrazamos sigilosamente y con mi cara pegada a la de Moira, ambas observamos a la pareja como dos auténticas pervertidas.

—Esto no está bien —susurro otra vez.

—Tal vez, pero son ellos los que se están exponiendo. ¿Quieres cumplir tu deseo o no?

—Sí.

—Pues no hagas ruido —dice y me coloca un dedo sobre los labios.

Seguimos observando y el beso de la pareja se vuelve hambriento, ambos comienzan a tocarse con desesperación y, cuando me quiero dar cuenta, ella tiene la falda en la cintura y él se está desabrochando los pantalones.

—Joder —susurro un poco acelerada.

—Ya te he dicho que no iban a tardar mucho —me contesta con la voz un poco ronca.

Seguimos mirando y, cuanto más cerca está el momento, más me excito yo y también Moira. Estoy que ardo por dentro, tengo muchas ganas de hacer lo mismo que hacen ellos, pero a la vez no puedo dejar de mirar.

—Somos unas cerdas —me lamento avergonzada.

—Quiero follarte —suelta sorprendiéndome.

—¿Aquí? —pregunto alarmada.

—Aquí y ahora —afirma.

Ni siquiera respondo, la excitación que ya siento mezclada con la seguridad que ella me muestra, me hacen perder la poca voluntad que me queda.

—Pues hazlo —concedo, y no puedo evitar pensar que, de nuevo, se ha salido con la suya.

Moira me arrastra hasta detrás de la caseta, donde nadie puede vernos cuando ambas nos levantamos el vestido y comenzamos a masturbar a la otra con una excitación diferente, la que se mezcla con la adrenalina de saber que, en cualquier momento, alguien podría aparecer y pillarnos.

—Estamos follando en plena calle —digo entre jadeos, todavía sorprendida.

Estoy tan alucinada que no acabo de creérmelo.

—Me tienes loca, Claudia Martínez —responde sin dejar de mirarme.

Yo la tengo loca y ella me volverá loca como siga así. Las oleadas de fuego recorren mi cuerpo como ráfagas y no puedo respirar de lo tremendamente cachonda que estoy, me encanta esta sensación de riesgo, pero me gusta mucho más que sea Moira la persona con la que estoy viviendo otra nueva experiencia.

Es mi orgasmo repentino y explosivo el que a su vez provoca el suyo. Acabamos al mismo tiempo y Moira no me suelta, aprisiona mi cuerpo contra la pared y apoya el suyo contra el mío hasta que nos recuperamos un poco. Nos colocamos la ropa rápidamente y a la vez asomamos la cabeza lentamente por el lado de la caseta, confirmando que no hay nadie, ni siquiera la pareja que follaba bajo la farola.

—¿Nos habrán escuchado? —pregunto aturdida.

—¿Qué más da? —contesta ella cogiéndome de la mano.

Volvemos a pasear satisfechas por el muelle y, cuando llegamos bajo la farola, me detengo y le aliso una arruga en el vestido. Moira me mira y me mesa el pelo con los dedos, después me da un dulce beso en los labios y nos vamos al coche.

—¿Quieres que te llame mañana? —pregunta cuando llegamos a mi portal.

—No, Moira, no quiero —digo tras meditarlo un instante, antes de darle un beso y bajar del coche.

Me he negado porque no quiero que me llame porque se lo he pedido yo, quiero que lo haga porque le apetece a ella, y con ese pensamiento que me atormenta la cabeza, me meto en la ducha y borro de mi cuerpo todo el rastro de su piel.

Capítulo 29

Los días comienzan a pasar. Moira me ha llamado en un par de ocasiones, pero he decidido no contestar con la esperanza de que tarde o temprano se dé por enterada y deje de llamarme de una vez. Necesito sacarla de mi cabeza cuanto antes y no puedo, desde el último día que nos vimos para el cumpleaños de la abuela, mis primeros pensamientos cuando me levanto son para ella, y los últimos cuando me acuesto, también. Me intento convencer de que esto es lo mejor. Moira y yo no queremos lo mismo y su presencia me hace más daño que su ausencia. Pero me equivoco, me ha llamado tantas veces en la última semana que ahora que de nuevo lo hace, me pilla un poco tierna y contesto.

—¿Hablo con la señorita Martínez? —pregunta risueña.

Me da la risa, en lugar de estar enfadada por los desplantes que le he dado, se lo toma con humor y su voz alegre hace que un intenso hormigueo me recorra el cuerpo al escucharla.

—Ummm, depende de quién sea usted —contesto divertida.

—Soy la pesada que está hasta las narices de que no le cojas el teléfono —se queja sin perder el humor.

—No recordaba que fuera usted tan mal hablada, señorita Bulcard.

—Conozco a una periodista con la lengua muy sucia, creo que me lo ha pegado.

—Pues debería usted elegir mejor sus compañías.

—Cierto, prepárate —dice cambiando de tema—, en media hora te recojo.

—¿Cómo dices? —pregunto sorprendida.

—Ya me has oído —dice en tono firme—, hoy cenas conmigo.

—Lo tienes claro, guapa. ¿Moira? No me habrás colgado el teléfono, ¿verdad? ¿Moira? ¡Serás gilipollas! —grito enfurecida mirando el teléfono.

Me ha colgado, me dice que va a venir sin tener en cuenta mi opinión y me cuelga. Después me pregunta que por qué no le cojo el teléfono, menuda cara tiene. Me siento en el sofá enfadada, ya puede plantarse en la puerta y llamar como una loca si quiere, porque no pienso bajar.

En serio que me desconcierta. Esta mujer acabará con mi cordura. A veces tengo la sensación de que solo me utiliza y otras de que de verdad le gusto. Empiezo a sentirme muy confusa y me pregunto si lo que debería hacer en lugar de esquivarla y esconderme como una cría, no sería hablar con ella y confesarle lo que siento. Un audio suyo me corta el pensamiento.

Moira: Ya estoy saliendo de casa.

Tengo ganas de romper algo. En serio, me gusta muchísimo, pero su prepotencia me desquicia.

Yo: Pues igual que has salido, vuelves a entrar.

No me dice nada más y sé que lo ha escuchado, eso me enfada, pero diez minutos después me llega otro.

Moira: Ya estoy llegando, espero que estés lista.

Yo: Si no me hubieras colgado el teléfono, sabrías que no quiero que vengas.

Un minuto después.

Moira: No me hagas subir a buscarte.

Yo: ¿Es una amenaza?

Moira: Es una advertencia, llego en cinco minutos. Si no estás abajo, llamaré al timbre de cada uno de tus vecinos y les diré que hemos quedado para echar un polvo y que no me abres.

La sangre me hierve mientras me levanto de un salto. Me arreglo en plan rápido, cojo el bolso y llamo al ascensor. Mientras espero, me llega otro audio.

Moira: Estoy aparcando en la puerta.

¿Intenta presionarme?

Cuando salgo a la calle no la veo, observo bien los coches por si ha venido con uno diferente, pero nada.

Yo: ¿Dónde demonios estás?

Moira: Sabía que bajarías, un minuto y llego, y habla bien o tendré que lavarte la boca con jabón.

La mato, en cuanto la vea la estrangulo con mis propias manos. Al cabo de un minuto exacto, aparece, se detiene en la puerta y se baja del coche con una sonrisa que estoy dispuesta a borrarle, pero conforme se acerca a mí, las hormiguitas me devoran el estómago y comienzo a temblar. Me muero de ganas de abrazarla y de besarla. Odio a Moira.

—Yo también me alegro de verte —dice cuando llega hasta mí.

No digo nada, no puedo, las palabras no salen de mi boca y me cuesta respirar, estoy loca por esta gilipollas.

—Eres una imbécil —digo con un hilo de voz.

—Tal vez —contesta al mismo tiempo que su mano se enreda por mi pelo y sus labios se juntan con los míos.

Me agarro a su cuello y entrelazo mi lengua con la suya, después bajo las manos a su camiseta y retuerzo la tela entre ella con rabia. Dejo de besarla y apoyo la frente en la suya, no sé qué hacer ni qué decir, solo quiero que me estreche entre sus brazos con fuerza y que no me suelte nunca. Moira parece leerme el pensamiento y me abraza fuerte, rodeo su cuerpo con los brazos y suspiro apoyando la cara en su pecho.

—Hoy cenas conmigo, Claudia —dice exigente.

No hay nada que me ponga más que una mujer segura de sí misma, y si hay algo que a Moira le sobra aparte de ego, es seguridad.

—Vale —susurro vencida.

Caminamos hasta su coche, me abre la puerta y me invita a entrar. La observo mientras rodea el coche hasta su puerta y me falta el aire, siento que Moira me arranca la vida con cada paso que da.

—Hoy no follaremos —suelta de pronto en cuanto se sube al coche.

En serio que me desconcierta mucho.

—¿Cómo dices? —pregunto sorprendida.

—Que hoy no vamos a follar, Claudia.

—No puedo con tu ego —contesto enfadada—, que haya accedido a cenar contigo no significa que piense dejar que me folles, pero ¿tú qué te has creído? —resoplo indignada.

Estoy muy cabreada y no es por su prepotencia, es porque sé con seguridad que si ella intenta algo, no podré resistirme porque no me veo capaz. Lo que siento por Moira es tan fuerte que para ciertas cosas anula mi voluntad, y el sexo es una de ellas.

—No te enfades —dice muy seria—, no doy por hecho que vayamos a follar, aunque me encantaría, pero no es eso lo que quiero hoy, Claudia. A partir de ahora quiero conocerte a ti, tú ya conoces a mi familia, pero yo no sé nada de ti salvo que eres amiga de las peluqueras.

No sé por qué, pero me calmo de golpe, que Moira sienta curiosidad por mi vida, es algo que me encanta.

—De acuerdo —vuelvo a claudicar.

¿Es que voy a decirle que sí a todo? Solo espero que esto de no querer sexo no le dure muchos días o me puede dar algo.

—Bien —dice sonriente.

Pone el coche en marcha, no sé a dónde me lleva ni se lo pregunto porque me da igual. Tiene el aire acondicionado puesto, aunque ya estamos en septiembre y el verano toca su fin, fuera todavía hace mucho calor. Aun así, bajo mi ventanilla y la miro para que baje la suya. Ella obedece y subo la radio, lo que oigo no me gusta, así que comienzo a cambiar de emisora sin su permiso hasta que de pronto doy con una canción que me encanta. Subo el volumen más alto todavía y grito de emoción. Moira me mira, sus ojos brillan con entusiasmo y sin pensarlo dos veces, ambas nos ponemos a cantar. Las dos movemos la cabeza hacia delante y hacia atrás a la vez y sonreímos sin parar mientras cantamos. Más adelante, nos detenemos en un semáforo y la gente nos mira, pero eso no nos detiene. Moira se viene arriba y los anima a cantar, la gente la ignora como si estuviera trastornada mientras yo me muero de la risa, pero la pareja que hay en el coche que está parado a nuestro lado no, también nos sigue el rollo y cantamos juntos hasta que el semáforo se pone en verde.

—Me encanta esta canción —dice colocando la mano sobre mi muslo.

Me río y cojo su mano para no soltarla hasta que llegamos. Cuando entramos en el restaurante, suspiro y miro a Moira.

—Invito yo —dice al ver mi cara de susto.

Es la pizzería con los precios más desorbitados que he visto en mi vida, eso sí, la pinta de los platos que veo mientras nos llevan a nuestra mesa me hace salivar. Moira pide una botella de vino para acompañar nuestra cena y me mira fijamente cuando el camarero llena nuestras copas y se marcha.

—¿Qué? —pregunto atontada.

—Estoy esperando —dice encogiéndose de hombros.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

—Todo. Padres, hermanos, familia, aficiones, novias... Lo que sea, Claudia, cuéntame algo de ti para que hoy me vaya a casa sintiendo que cada día te conozco un poco más.

—Muy bien, a ver... —digo haciéndome la interesante mientras ella sonríe—, mis padres siguen felizmente casados, o al menos eso es lo que nos hacen creer, pero yo no lo tengo tan claro. Mmmm, ¿qué más? Ah, sí, tengo una hermana, Laura, es dos años menor que yo y está estudiando medicina en Madrid. Me fui de casa a los veintiuno porque no me iba mucho eso de acatar normas y...

—No sé por qué, pero eso no me sorprende —dice interrumpiéndome.

—No seas maleducada y escucha mientras hablan los adultos —me burlo.

—Escucho —dice guiñándome un ojo.

—La carrera me la pagaron mis padres, pero yo me mantuve solita gracias a mi

trabajo, trabajé de camarera todos los fines de semana en un restaurante rústico hasta que me licencié y conseguí mi primer trabajo redactando artículos en el periódico local. Estuve allí hasta que Silvia me fichó para su revista. En cuanto a las novias no he tenido ninguna que merezca la pena nombrar, no ha habido ninguna mujer que me haya enamorado lo suficiente como para que quisiera quedarme a su lado.

Cuando digo esto último las dos nos quedamos en silencio. Ella no deja de mirarme y yo me muerdo la lengua para no decirle que eso era así hasta ahora, que estaría encantada de quedarme a su lado para siempre.

—Interesante —dice por fin—, independiente, autosuficiente y con las cosas claras, pienso ser esa mujer que conseguirá que te quedes a su lado, Claudia —afirma haciendo alarde de esa seguridad que derrocha siempre.

Me siento increíblemente tonta. En una ocasión normal le contestaría cualquier burrada o me metería con ella, pero hoy no puedo porque no me sale, sus palabras me han dejado la mente bloqueada y solo deseo que sea cierto. Nuestra charla continúa hasta bien entrada la noche, yo le sigo contando cosas de mi vida a Moira y ella me cuenta de la suya. No mentía en cuanto a lo del sexo, me ha llevado a casa y se ha despedido de mí con un solo beso, pero joder, vaya beso.

Capítulo 30

Desde ese momento todo cambia entre Moira y yo. Al día siguiente cuando me levanto, tengo un mensaje suyo solo para saludarme que me hace ir muy contenta a trabajar. A mediodía me llama, hablamos un rato y por la tarde volvemos a quedar, tampoco hay sexo y eso no sé si me preocupa o me gusta. Moira dice que quiere conquistarme como es debido y que no se folla en las primeras citas. Yo le digo que ya hemos follado y ella insiste en que eso no cuenta. Me está desesperando porque me muero de ganas de volver a estar con ella, si su objetivo es que la desee, desde luego lo está consiguiendo. Mis horas a su lado vuelan y sin ella se hacen eternas, todo mi mundo se ha vuelto color de rosa desde que sé que voy a ver a la morena del cajero cada día.

Cuando Adriana y Manuela me preguntan qué tenemos no sé qué contestarles porque ni yo misma lo sé, aunque tampoco me importa.

Hoy he venido a su casa para cerrar los últimos detalles de nuestro viaje a Noruega, el viernes por la tarde sale nuestro avión y regresaremos el martes por la mañana. Pensar en ese viaje es lo único que conseguía despejarme la mente hasta hace solo unos días, eso y escribir mi libro. Pero ahora que siento a Moira tan cerca, una parte de mí no quiere marcharse porque no me apetece hacer nada que me aleje de ella. El viaje no podía haber llegado en peor momento, pero tal y como me dice Adriana, es un viaje de amigas que servirá para cumplir el último de mis deseos, y estar con ellas siempre es algo que me gusta.

Ahora estamos mirando el tiempo que hará allí para decidir el tipo de ropa que nos llevamos. Esta mañana he pasado por el banco y he recogido el dinero que pedí que me cambiaran por coronas noruegas, pero cuando le voy a dar a Adri su parte, me dice que lo guarde yo y que ya lo repartiremos allí. Me parece bien. Estudiamos también cómo lo haremos para llegar del aeropuerto al hotel, contratar el viaje por agencia nos salía demasiado caro y hemos decidido hacerlo todo por nuestra cuenta.

—¿Ya se lo has dicho a Moira? —me pregunta Manuela.

—¿Decirle qué?

—Pues que te vas de viaje.

—No, no se lo he dicho —suspiro.

No es que no me haya acordado o que no quiera, es que me entristece tanto no verla esos días que no quiero ni pensarlo.

—Deberías —dice Adriana.

—Lo sé.

Estando en su casa recibo una llamada de Moira que me sorprende, ella sabe que estoy aquí y que nos veremos más tarde, así que me preocupo. Cuando contesto la noto un poco angustiada y a la vez me sorprendo por notar su estado a través de su voz, ¿hasta ese punto creo conocerla ya?

—¿Va todo bien?

—No —contesta preocupada—, la abuela se ha caído esta tarde.

—Madre mía, ¿está bien? —pregunto asustada.

—Sí, por suerte no se ha roto nada, pero los médicos la quieren tener unas horas en

observación y está muy inquieta, no reconoce el sitio y esos gilipollas no la quieren dejar marchar.

—Lo siento, Moira, si puedo hacer algo, dímelo.

—Creo que sí, me preguntaba si querrías venir un rato, eres la única persona a la que reconoce siempre, tal vez si te ve se sienta más tranquila, puede que no te reconozca tampoco, pero...

—Moira —la corto.

—¿Qué?

—Ven a buscarme.

En menos de media hora Moira ha venido a recogerme y ya estamos en el hospital. La abuela me reconoce de inmediato en el papel de su nieta Marta y somos Moira y yo las que nos quedamos con ella en el box.

Cuando está más tranquila, nos empieza a contar historias de su niñez mientras las dos la escuchamos anonadadas. Todo lo que dice es de lo más interesante, mi madre siempre me dice que escuche a los ancianos si quiero aprender cosas importantes y es cierto, estamos ante la voz de la experiencia y cada una de sus historias nos enseña algo nuevo. Poco a poco todo se comienza a volver más lento y relajado, Moira está sentada en el sillón y yo estoy a su lado, recostada contra ella. La voz de la abuela comienza a ser como una nana hasta que al final, se acaba durmiendo de cansancio.

—El viernes me voy a Noruega —susurro en voz baja para no despertarla.

Moira me mira con sorpresa y frunce el ceño.

—¿Con quién? —pregunta intrigada.

—¿Celosa? —pregunto encantada de la vida al notarlo.

—Sí —confiesa haciéndose la enfadada—, ¿con quién? —insiste otra vez.

—Con Adriana y Manuela.

—No me lo habías dicho.

—Lo sé, pero te lo digo ahora...

Sé que no tengo por qué darle explicaciones, pero por algún motivo siento la necesidad de hacerlo, quiero que tenga claro que, si ese viaje lo tuviera que planear ahora, sería teniéndola en cuenta a ella.

—Solo me falta ver la aurora boreal para acabar mi lista y Adri y Manu se ofrecieron a acompañarme hace unas semanas. Adriana lo ha planeado todo.

—¿Cuándo vuelves? —pregunta seria.

—El martes.

—Eso es mucho tiempo, no puedo pasarme cuatro días sin verte.

—Llevas dos semanas sin follarme, creo que podrás soportarlo —contesto resignada.

—¿Intentas decirme algo? —pregunta socarrona.

—¿Yo? No, para nada. Pero salvo que te cojas un vuelo a Noruega, te quedas sin verme estos cuatro días.

Lo que en realidad me gustaría decirle es que no poder sentirla físicamente me está matando. No entiendo a qué viene esa obsesión por esperar, puedo ver en su mirada lo mucho que me desea y, aun así, consigue mantenerse firme.

—Te aseguro que lo haría si pudiera, pero el lunes tengo una reunión importante y no sabes lo mejor, el domingo tengo que ir a casa de mi padre a conocer a su nueva novia.

Me separo un poco y la miro con los ojos como platos.

—¿Piensas contarme alguna vez qué es lo que te pasa con tu padre?

—Algún día —sonríe con una mueca divertida.

—No vayas si no te apetece conocerla, Moira —le aconsejo preocupada.

No sé lo que es, pero está claro que entre su padre y ella hay cierta tensión y no quiero que vaya si no se siente cómoda haciéndolo.

—No tengo ningún plan mejor, había pensado invitar a una chica a pasar el fin de semana en la playa, pero parece que prefiere irse más al norte a que se le congelen los mofletes —bromea pellizcándomelos.

—No es verdad —me quejo aturdida.

—Sí que lo es, uno de los apartamentos está vacío y había pensado que podríamos ir allí y rememorar algunos momentos.

Quiero darme cabezazos contra la pared. Pensar en un fin de semana a solas con ella me enloquece y me entran escalofríos. Sé lo que pasará si vamos, y la palabra sexo se repite en mi mente una y otra vez, ¿por qué me tortura de esta manera?

—No me hagas esto —lloriqueo apoyando la cabeza en su hombro.

Moira se ríe, está claro que disfruta con la tortura.

—Acaba con tu lista, Claudia. Ve a Noruega y disfruta de la aurora boreal, nos vemos a la vuelta —dice besándome la mejilla.

No protesto, no puedo negarme a ir, debo hacerlo y además sé que cuando esté allí con esas dos locas, me lo voy a pasar muy bien. Un par de horas después vuelven a examinar a la abuela y por fin le dan el alta. Moira me deja en casa y me da las gracias por ayudar a su abuela otra vez. Le digo que no lo haga, todo lo que sea para mejorar la vida de la abuela lo haré encantada, no necesito que me lo agradezca.

Capítulo 31

El jueves por la tarde, Moira me dice que no podrá ir al aeropuerto a despedirse de mí tal y como habíamos quedado.

—Lo siento, ya sabes cómo va esto de las reuniones, sé cuándo empiezan, pero no cuándo acaban —se disculpa.

—¿No la puedes cambiar? —le pido con un desconsuelo impropio de mí.

—Sabes que si dependiera de mí, la cancelaría directamente, Claudia —afirma con tono de fastidio—, pero te prometo que iré a recogerte al aeropuerto cuando lleguéis.

—¿Me esperarás en la salida con un cartelito que ponga mi nombre? —pregunto divertida.

—Tal vez, o quizá con uno que ponga borde... —bromea ella.

Levanto la mano haciendo ver que quiero pegarle y Moira me la coge y la utiliza para acercarme a ella y abrazarme, me inunda con su calor y me besa profundamente. Me acelero, todo mi cuerpo se pone tenso y tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para no suplicarle que me haga el amor en el coche.

Por la noche, me despido de Moira con un nudo en el estómago. Cuatro días sin verla me parecen una barbaridad. Cada vez que pienso en cómo han cambiado las circunstancias desde que la conocí hasta ahora, me sorprende mucho porque prácticamente he pasado de odiarla a enamorarme de ella sin darme ni cuenta. Para distraerme y dejar de sentirme una víctima de la inoportunidad, me siento en la cama y sigo escribiendo mi libro. No sé muy bien lo que encontraré aquí cuando lo lea por completo, he escrito todo lo que me ha pasado desde que comencé la lista y eso incluye todos mis estados de ánimo y mis sentimientos. No sabía que escribir esas cosas fuese tan terapéutico, realmente este libro me ayuda mucho a desahogarme, aunque sienta que, en realidad, solo estoy hablando conmigo misma. Antes de irme a la cama miro el móvil y compruebo que tengo tres mensajes de tres personas diferentes.

Moira: Te echaré mucho de menos, no olvides traerme un regalo o pensaré que no te has acordado de mí ningún día.

Yo: Yo también te echaré de menos, no olvides escribirme estos días o el regalo te lo tiraré a la cabeza cuando te vea.

Adriana: Loca, ¿ya tienes la maleta lista? Mañana a estas horas estaremos durmiendo en Noruega, bueno, puede que Manuela y yo estemos haciendo otra cosa...

Yo: Guarra, no me pongas los dientes largos que llevo demasiado tiempo a dos velas.

Manuela: No olvides el cargador del móvil ni el DNI, revisa bien la maleta para asegurarte de que lo tienes todo.

Yo: Sí, mamá.

Adriana: No jodas, ¿todavía seguís sin follar?

Yo: Sí, empiezo a tener un humor de perros.

Adriana: No me extraña, la verdad es que me das un poco de lástima.

Yo: Vete a la mierda.

Adriana: Nos vemos mañana, descansa.

Capítulo 32

Esta noche he dormido poco y mal. Los nervios por el viaje me han tenido dando vueltas en la cama y he tenido tiempo de pensar en mil cosas, aunque ninguna útil. He rezado mucho para que tengamos la suerte de poder ver la aurora boreal. Manuela se estuvo informando y al parecer la mejor época para verlas es de septiembre a abril, estamos en la tercera semana de septiembre, ¿será demasiado pronto? Me ducho y pongo la maleta encima de la cama, la abro y compruebo con mi lista en la mano que no me he dejado nada de lo que apunté que necesitaba llevarme. El vuelo sale a las cuatro y media de la tarde y no me da tiempo a pasar por casa, así que me toca llevarme la maleta al trabajo y desde allí cogeré un taxi para que me lleve al aeropuerto; donde me encontraré con Adriana y Manuela.

Esta primera noche la pasaremos en un hotel de Oslo y mañana por la mañana cogeremos otro vuelo que nos llevará al norte del país, concretamente a la ciudad de Tromsø, situada en la Laponia noruega. Según lo que estuvimos leyendo, es uno de los lugares con más posibilidades para verlas, así que cruzaremos los dedos para que se den las condiciones apropiadas.

Cojo mi maleta, mi bolso y las llaves, y después de echar un último vistazo en casa, cierro con llave y me voy con los nervios instalados en el estómago. Cuando salgo a la calle doy un grito de alegría ante la inesperada sorpresa; Moira está apoyada en su coche con una sonrisa enorme. Me lanzo sobre ella y me abraza como si fuera un peluche mientras le doy mil besos en la mejilla hasta que llego a sus labios con el corazón a punto de saltarme del pecho. Moira me recibe con la lengua haciéndome estallar por dentro porque cada vez que roza la mía, ardo y me quedo sin aire. Sus manos me acarician la espalda, el cuello, los brazos y finalmente acaban sujetando mi cara mientras me devora. Agarro las solapas de su chaqueta y la atraigo hacia mí con fuerza para intensificar ese beso que parece que deseo más que el aire que respiro. Moira chupa mi lengua y jadeo, vuelve a hacerlo y le doy un golpe en el hombro.

—No hagas eso ahora —susurro entre sus labios.

—¿Por qué no? —se ríe con malicia.

Me separo de ella y la miro enfurecida, tengo ganas de subirla a mi piso y arrastrarla hasta mi cama, pero me contengo, ella es quien ha decidido que estemos estos días que llevamos quedando sin sexo y ahora se va a comer otros cuatro, eso sí, o follamos cuando vuelva del viaje o me vuelvo loca.

—No me esperaba verte —digo cambiando de tema con una sonrisa.

—No pensarás que iba a permitir que te fueras sin darme un beso de despedida, ¿no? Venga, te llevo al trabajo —dice guiñándome un ojo.

Cualquier día de estos conseguirá que me derrita. Meto la maleta en el maletero y diez minutos después estamos besándonos en la puerta de mi trabajo para despedirnos. Cuando me bajo del coche, camino decidida hacia la puerta y antes de cruzarla me giro, le digo adiós con la mano y Moira toca el claxon un par de veces para despedirse.

—¿Esa era Moira Bulcard? —escucho de pronto.

Cuando vuelvo a girarme, me topo con mi jefa; Silvia.

—No, qué va, es una amiga —digo sin darle importancia.

—Pues desde aquí me ha parecido que era ella —dice sin mucho convencimiento mientras entramos en el edificio.

—Pues no se parece en nada, te lo aseguro —miento como una bellaca.

—No sabía que tenías novia.

Su comentario me altera. Moira no es mi novia, tampoco es mi amiga, ni siquiera es una folla amiga porque no hemos vuelto a hacerlo desde que estamos quedando estos últimos días.

—Y no la tengo, es solo una amiga —respondo un poco malhumorada.

En cuanto cruzamos la puerta, le digo que voy a recepción a que me guarden la maleta y me la quito de encima rápido. Silvia no es una mujer con la que me apetezca hablar sobre mi vida privada.

Encerrada en mi despacho, las horas comienzan a volar, pensé que se me haría el día eterno, pero estoy tan ocupada intentando adelantar trabajo para cuando vuelva, que no me estoy enterando. En menos de una hora estaré de camino al aeropuerto para intentar cumplir el último de los deseos de mi lista junto a mis dos mejores amigas. Parece que voy a tener un buen día hasta que mi móvil suena y veo que es Adriana quien me llama.

—Tenemos un problema, Claudia —dice en cuanto descuelgo.

—¿Qué problema?

—Un pequeño imprevisto, el aire ha cerrado de golpe la puerta de la entrada y se ha roto el cristal de la peluquería, ya hemos avisado para que vengan a cambiarlo, pero nos dicen que antes de las cuatro no pueden venir. No podemos irnos y dejar esto así, Claudia, he estado mirando y mañana a las siete de la mañana sale otro vuelo, pagaré la diferencia y Manuela y yo volaremos en ese.

—¿Me estás diciendo que tengo que ir yo sola a Noruega? —pregunto alarmada.

—Solo son unas horas, Claudia. Mañana llegaremos mucho antes de que salga el vuelo a Tromsø y ya estaremos las tres juntas.

—Ni hablar, cámbiame el vuelo a mí también y me voy con vosotras.

—Son cincuenta euros más y encima perderemos la noche en el hotel, que al menos una de nosotras la disfrute, Claudia, quédate nuestra habitación, ya viste las fotos, tiene bañera con hidromasaje —insiste mi amiga.

—No sé, Adri —digo dudosa.

—Venga ya, no seas boba, tienes el itinerario, solo has de ir del aeropuerto al hotel y para cuando termines de desayunar mañana, nosotras ya habremos llegado.

Adri tiene razón, es absurdo cambiar también mi vuelo, al fin y al cabo, hoy solo podría ver a Moira un rato porque ella saldrá tarde del trabajo y yo me tendría que acostar temprano. Pero no es eso lo que me hace decidirme, es pensar en el madrugón que tengo que pegarme para estar en el aeropuerto con tiempo si cambio mi vuelo.

—De acuerdo, nos vemos allí mañana —contesto con desgana.

—Así me gusta, llama cuando llegues y disfruta de la bañera con hidromasaje. Y sé buena.

—Yo siempre soy buena.

Capítulo 33

Cuando llego al aeropuerto y estoy esperando en la puerta de embarque, quiero llamar a Moira para contarle lo que ha pasado, pero como sé que está ocupada, le envío una parrafada por mensaje y se lo explico todo para que lo lea cuando pueda. Pienso que ya no podré hablar con ella hasta esta noche, pero cuando ya estoy en mi asiento y a punto de poner el teléfono en modo avión, me contesta.

Moira: Lo siento mucho, pero mira el lado bueno, te quedas con su habitación, no sabes lo que pagaría por estar en esa bañera contigo esta noche.

Mi sexo arde solo de pensarlo.

Yo: Te odio cuando me dices esas cosas.

Moira: Todavía no me explico cómo he aguantado estos días, ahora me arrepiento, prepárate porque cuando vuelvas no te voy a dejar salir de mi cama.

Creo que me estoy mareando, pensarlo me pone tan cachonda que me entran ganas de bajarme del avión y atravesar la pista corriendo como una loca igual que en las películas, pero entonces viene una azafata muy agradable y me devuelve a la realidad, pidiéndome que apague el teléfono.

Yo: Más vale que eso sea verdad o me vas a escuchar, tengo que dejarte, un beso.

Moira: Buen viaje, llámame cuando llegues al hotel para que sepa que estás bien, ya te estoy echando de menos. Espero que el beso sea en la boca, sosa.

¿Sosa yo? Se va a enterar la morenaza cuando vuelva.

Hago todo el viaje mirando por la ventanilla con una sonrisa bobalicona. Me había traído un libro para hacerlo más ameno y tenía pensado alternar la lectura con pequeñas cabezadas, pero no hago ni una cosa ni la otra, solo pienso en Moira y en las ganas que tengo de volver a verla. De verdad que estoy alucinada conmigo misma porque jamás me hubiera imaginado que me engancharía a ella de este modo.

En el itinerario, Adriana había puesto lo que teníamos que hacer para ir desde el aeropuerto hasta el hotel en transporte público, pero como estoy sola y no me apetece perderme en una ciudad que no conozco, me pido un taxi para que me lleve directamente. Por el camino le envío un mensaje a Moira, otro a mi madre y otro a Adriana y a Manuela para decirles que he llegado bien. Cuando me haya duchado y esté más tranquila, llamaré a mi madre para que compruebe que nadie me ha secuestrado y le ha escrito con mi móvil para que no sospeche, es un poco paranoica con estas cosas y no quiero que se preocupe más de la cuenta. Cuando haya contestado todo el interrogatorio de mi madre, entonces llamaré a Moira.

La habitación es una maravilla, la cama es enorme y muy cómoda, de esas que te tumbas y parece que te engulla hasta dejarte rodeada de ropa y perfectamente protegida. Mientras me estoy duchando, observo la bañera de hidromasaje y pienso en la tremenda sesión que me daré ahí dentro cuando termine de cenar, porque ahora mismo lo primero es lo primero, y mis tripas están rugiendo desde hace rato y como no coma algo de inmediato, me acabaré desmayando. Llamo a mi madre y la pongo en manos libres, así ella puede hacer su monólogo habitual y yo aprovechar el tiempo para secarme un poco el pelo y vestirme.

Me pongo unos vaqueros y una sudadera muy gruesa que me he traído para contrarrestar un poco el frío que hace aquí y bajo al restaurante del hotel. Me atiende un chico muy amable que, en ese idioma conocido como *spanglish*, me lleva amablemente hasta una de las pocas mesas vacías que quedan, toma nota de lo que quiero para beber y, tras dejarme la carta para que elija, desaparece. Cuando tengo tanta hambre siempre me pasa lo mismo, todo me apetece y me parece que estará delicioso, así que no sé qué elegir. Estoy concentrada leyendo y noto la presencia del camarero a mi lado que viene a tomar nota, pero cuando levanto la cabeza para mirarle y decirle que todavía no me he decidido, veo que no trae la libretita, trae un plato cubierto con una tapa plateada.

—Yo no he pedido nada todavía —le digo.

—Cortesía de la casa —dice con una amable sonrisa—, enseguida vuelvo para tomarle nota.

Sorprendida, le doy las gracias y se marcha. Clavo la vista en el plato con intriga y pienso que da igual lo que sea o la pinta que tenga, tengo hambre y pienso comérmelo. Al levantar la tapa, me llevo una desilusión tremenda, ¡no hay nada! Tan solo un papelito doblado en el centro del plato, ¿quieren que me coma el papel? Durante unos segundos mi cabeza no para intentando pensar o adivinar qué significa esto, ¿es algo habitual en este hotel? ¿Es una broma que gastan a todos sus clientes? Miro todas las mesas a mí alrededor y no veo a nadie con la cara de pasmada que tengo yo ahora ni con un papelito en el plato. Lo cojo y comienzo a deshacer los pliegues hasta que leo lo que pone y el corazón se me instala en la garganta.

“Hola, sosa”

Me pongo en pie y miro a un lado y a otro, me siento desubicada y aturrida. No entiendo nada, y al mismo tiempo tengo un hormigueo muy intenso recorriendo todo mi pecho. Inhalo tratando de calmarme hasta que de pronto, noto una presencia detrás de mí y me giro lentamente para encontrarme con la sonrisa chulesca de Moira, que está más guapa que nunca.

—Hola —saluda y alza las cejas con un gesto divertido.

Oír esa simple palabra me altera y hace que el hormigueo se intensifique por todo mi cuerpo. Mi reacción es rápida, me acerco y me abrazo a ella con todas mis fuerzas. Estoy tan contenta y emocionada que, en cuanto me siento pegada a ella, comienzo a llorar de felicidad. Moira se ríe y me da un beso en los labios.

—No llores —susurra y me limpia las lágrimas con los pulgares.

—¿Qué haces aquí? —pregunto emocionada.

—Ya te dije que cuatro días sin verte eran muchos —se ríe señalándome la silla.

Nos sentamos frente a frente y la miro mientras ella sonríe, todavía no me creo que la tenga delante.

—¿Cuándo has venido?

—A la misma hora que tú, en otro vuelo —dice encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

No salgo de mi asombro, no puedo dejar de preguntar y observar la parsimonia con la que me contesta. Se lo pasa bien a mi costa.

—Porque entonces no hubiera sido una sorpresa.

—Pero te he avisado de que Adri y Manu no venían desde el aeropuerto, ¿cómo te ha dado tiempo? —pregunto intrigada.

—Claudia, eres muy chulita cuando quieres, pero hoy no te enteras de nada —se ríe

—, todo estaba preparado. Adriana y Manuela no van a venir, después de lo de Gerona me pasé un día por su peluquería y les dije que me ayudaran a darte esta sorpresa, por eso Adriana te dijo que venían contigo...

—Espera —la interrumpo—, ¿me estás diciendo que en ningún momento tuvieron intención de venir conmigo? —pregunto alucinada.

—Así es.

—Pero ¿y la reserva de las habitaciones? Los billetes de avión, el dinero...

Moira se ríe otra vez y yo me siento muy tonta, han hecho lo que les ha dado la gana y yo no me he enterado de nada. Serán perras.

—Nunca ha habido dos habitaciones, Claudia, ni vuelos para ellas, la única habitación reservada es la que tienes y espero que me dejes quedarme contigo porque yo no tengo ninguna —dice socarrona.

Ya estoy temblando. Con toda el hambre que tenía y ya no me apetece comer, solo puedo pensar en la chica que tengo delante y las ganas que tengo de sentirla.

Cuando entramos en la habitación, Moira deja su maleta y yo me dirijo al baño con la clara intención de llenar la bañera, pero cuando entro, ya está llena, la luz es tenue y hay algunas velas encendidas alrededor.

—Joder —digo sorprendida.

—He pedido que la llenaran mientras cenábamos —susurra pegada a mi espalda.

Sus manos han agarrado el borde de mi sudadera y están tirando hacia arriba lentamente, cuando me la saca, me giro y sin decir nada, ambas comenzamos a desnudar a la otra entre suaves besos en los labios. Moira me da la mano y juntas entramos en el agua burbujeante. Al principio pasamos un largo rato simplemente sentadas, ella ha apoyado la espalda en la pared y yo estoy entre sus piernas. Hablamos un poco primero y después simplemente cierro los ojos y dejo que Moira recorra mi cuerpo con la punta de los dedos. Siento cómo me acaricia las orejas y masajea mis lóbulos haciéndome suspirar. Sus dedos trazan después un camino lento que baja por mi cuello y pasa por mis hombros erizándome el vello. Baja por mis costados hasta llegar a la cintura y después sube por mi barriga hasta llegar a mis pechos, que ya la esperan firmes y endurecidos. Cuando su mano se desliza y baja hacia mi sexo, cierro los ojos y suspiro de anticipación ante lo que viene.

No sé exactamente cuánto tiempo nos quedamos abrazadas en el agua después de darnos ese placer que tanto he ansiado últimamente, pero cuando salimos y nos metemos en la cama, las yemas de mis dedos parecen pasas.

Capítulo 34

Me despierto feliz, con Moira al lado mirándome con una sonrisa.

—¿Una ducha? —propone arqueando una ceja y yo también sonrío antes de darle un beso y saltar de la cama.

Después de la ducha, cogemos las maletas y bajamos al comedor a desayunar. A partir de ahí, me dejo llevar. Moira lo tiene todo planeado y yo estoy encantada de poder despreocuparme de los detalles. Un taxi nos lleva al aeropuerto, cogemos un vuelo que nos lleva al norte del país y desde ahí, un taxi que nos lleva a la ciudad de Tromsø. Durante el trayecto, me entra un mensaje de Adriana.

Adriana: ¿Qué tal la bañera de hidromasaje? ¡Que no cuentas nada, zorra!

Yo: La bañera no sé, lo que hice dentro de ella fue increíble.

Adriana: ¡De nada!

Yo: Muchas gracias a las dos, me ha encantado la sorpresa, en serio.

Adriana: Pues disfruta mucho, y ya sabes que cuando vuelvas quiero un informe detallado de la misión Moira.

Yo: ¿Cómo de detallado?

Adriana: Quiero que me hables de todo menos de las cosas indecentes que hacéis.

En cuanto llegamos, dejamos las maletas en el hotel y Moira me coge de la mano y me arrastra por las calles de la ciudad. Primero visitamos la catedral y después lo que todo el mundo conoce como la catedral del Ártico, pero que en realidad no es más que una simple iglesia. Todo esto no es que lo sepa yo, es que Moira, que ha hecho los deberes debidamente, me lo va explicando. Después de visitar un par de tiendas de souvenirs, comemos en un restaurante y salimos de nuevo a seguir nuestra ruta. Visitamos la biblioteca pública, un barco convertido en museo y el museo Polar hasta que, agotadas de tanto caminar, nos tomamos una merecida recompensa y entramos en una de las cervecerías más conocidas de la ciudad.

—¿Cuándo veremos la aurora boreal? —pregunto mientras saboreamos unas cervezas deliciosas.

Moira arquea las cejas y me mira con cara de circunstancias.

—Espero que hoy, he contratado a un guía local para que nos lleve esta noche y me ha dicho que cree que tendremos suerte, así que cruza los dedos.

—¿Y si no podemos verla? —pregunto alarmada.

—Probaremos suerte mañana, y si no lo conseguimos, no nos quedará otro remedio que volver cuando la época sea más propicia.

No sé si en el fondo estoy deseando no verla, porque pensar en otro viaje con Moira, es algo que me apetece, y mucho.

Llegamos al hotel, nos duchamos y nos comemos unos bocadillos hasta que por fin llega el ansiado momento. Un guía local viene a recogernos con un Jeep y nos dice que, según las condiciones meteorológicas, solo hay un punto en el que hay posibilidades de verlas esa noche, pero que está a casi tres horas en coche.

—Vamos —le dice Moira.

—¿Segura? —le pregunto.

—Si no lo intentamos, no lo sabremos —dice guiñándome un ojo.

Estoy de acuerdo, pero dudo que esta excursión con guía exclusivo cueste barata, seguro que Moira se está dejando una pasta y me sabe mal que pague para nada, pero como ella está convencida, yo me muestro encantada de ir. Compramos más bocadillos y una botella grande de agua por consejo del guía y nos montamos en el Jeep entusiasmadas. Nuestro guía habla español bastante bien y consigue que el trayecto se nos haga muy ameno contándonos anécdotas sobre sus múltiples viajes a la caza de auroras. Cuando están a punto de cumplirse las tres horas de viaje, veo algo a lo lejos y grito extasiada.

—¡Madre mía, Moira, mira! —le pido señalando con el dedo.

Moira pega su cuerpo al mío y observa con atención, de forma muy leve, vemos un rastro de color verdoso que serpentea lentamente en el cielo.

—Parece que están de suerte —sonríe el guía.

Conduce unos minutos más y tras aparcar y apearnos del Jeep, nos adentra en un sendero que recorro de la mano de la morena del cajero. Hace un frío tremendo, pero con la ropa de abrigo que hemos traído, es soportable. Caminamos unos minutos ocultas por las sombras de los árboles hasta que de pronto, se abre un claro y Moira y yo nos detenemos y alzamos la vista al cielo. Me cuesta describir con palabras la belleza de lo que estoy viendo, esa mezcla de colores dibuja formas extrañas en el cielo, se mueve lentamente y la sensación de estar en una nube nos envuelve. El guía nos comenta que no es de las mejores, aun así, a nosotras nos parece alucinante. Nos sentamos en el suelo y contemplamos ese espectáculo durante casi una hora.

—Es impresionante —dice Moira sin dejar de mirar.

—Gracias por esto, Moira —susurro.

No me dice nada, pero su gesto me lo dice todo cuando me rodea con un brazo y me atrae hacia su cuerpo hasta dejarme acurrucada contra ella. Me da sonoros besos en el pelo que me derriiten y, finalmente, yo levanto la cabeza y busco sus labios con los míos. Aunque es un beso suave, lento y con muy poca lengua, es sin duda uno de los más especiales y que más he sentido a su lado.

—Lista completada —susurro con una amplia sonrisa.

—¿Qué se siente? —pregunta achuchándome.

—Pues no lo sé, la verdad, creo que la palabra es satisfacción.

—Desde luego es la más apropiada para definirlo, ya que muchos de los deseos de tu lista te han dejado satisfecha —dice con una sonrisa burlona.

Le doy un codazo y las dos nos reímos antes de seguir contemplando la aurora hasta que el guía nos dice que es la hora de volver.

Cuando llegamos al hotel, estamos tan cansadas que nos damos una ducha rápida y caemos rendidas en la cama, pero no sin que antes le envíe un par de fotos de las que hemos hecho a Adriana y a Manuela.

Me despierto y me siento desolada, quisiera sentir el abrazo de Moira y, cuando me giro, la veo sentada, con la espalda apoyada en el almohadón. Qué guapa está con el pelo alborotado. Tiene una libreta pequeña en la mano y está escribiendo algo.

—Buenos días, dormilona —saluda mientras me estiro hasta que me cruje todo.

—Hola —respondo dándole un beso en el muslo.

—Mmmm, me estás provocando, pero no caeré hasta que no termine esto, haz el favor de no interrumpirme —dice sonriente.

—¿Qué es? —pregunto intrigada.

—Mi lista de deseos.

Los ojos se me abren mucho y rápidamente me incorporo y me siento a su lado, pero cuando intento leer lo que escribe, le da la vuelta a la libreta y no me deja ver.

—No seas cotilla.

—¿En serio estás escribiendo una lista de deseos? —pregunto divertida después de darle un beso en los labios.

—¿Qué pasa? —se defiende—, tú has cumplido la tuya y ahora yo quiero cumplir la mía.

—¿Has escrito una lista por si te mueres? —pregunto riendo.

—Exacto.

—¿Y no me vas a dejar leerla? —insisto empujando los ojos.

—Solo he escrito el primero y el segundo de mis deseos.

—Me parece estupendo, déjame leerlo, por favor —digo suplicando y poniéndole ojitos.

—Está bien —concede por fin.

Coge la libretita y vuelve una hoja hacia atrás para mostrarme lo que hay escrito, me acurruco y leo entre sus brazos con una intriga que me devora.

—Cero: follar mucho. ¡Serás copiona! —digo riendo.

—A ver si te piensas que follar solo te gusta a ti —dice riendo.

—Vale, a ver —sigo apartando su mano de un manotazo—, déjame leer el siguiente.

Cuando pasa la hoja, veo que hay bastante texto escrito en ella y, en lugar de sostenerme la libreta, me la entrega con gesto serio. Un nerviosismo extraño se instala en mi interior y me acomodo mejor para leer con atención.

“Sabía que querías leerlo, chismosa. El deseo número uno de mi lista es el más importante de todos y espero que me lo concedas ahora mismo.

Mi deseo es que salgas conmigo, Claudia Martínez, o dicho más claro para no dejar lugar a dudas, quiero que seas mi novia.

El resto de los deseos no los leerás hasta que no volvamos, no voy a perder tiempo escribiendo ahora cuando lo único que me apetece es disfrutarlo contigo y hacerte el amor durante el resto del día. ¿Qué te parece? Estoy tan loca por ti que estoy escribiendo este montón de palabras sensibleras en una hoja de papel, espero que lo tengas en cuenta para futuras discusiones que tengo claro que tendremos, porque menudo carácter tienes... En fin, ¿qué me dices? ¿Quieres ser mi novia?”

Tengo los ojos tan abiertos como dos ventanas y el pulso disparado.

—Sí que quiero, Moira —susurro de forma atropellada mientras le doy mil besos en los labios—, sí que quiero —repito sin necesitar pensarlo.

La que desde este momento es mi novia oficialmente, me tumba en un movimiento muy rápido y se estira sobre mí.

—Me hace muy feliz que hayas cumplido mi deseo número uno, ¿qué te parece si le dedicamos algo de tiempo al número cero? —pregunta socarrona.

—Te aseguro que es lo único que me apetece ahora mismo, Moira Bulcard.